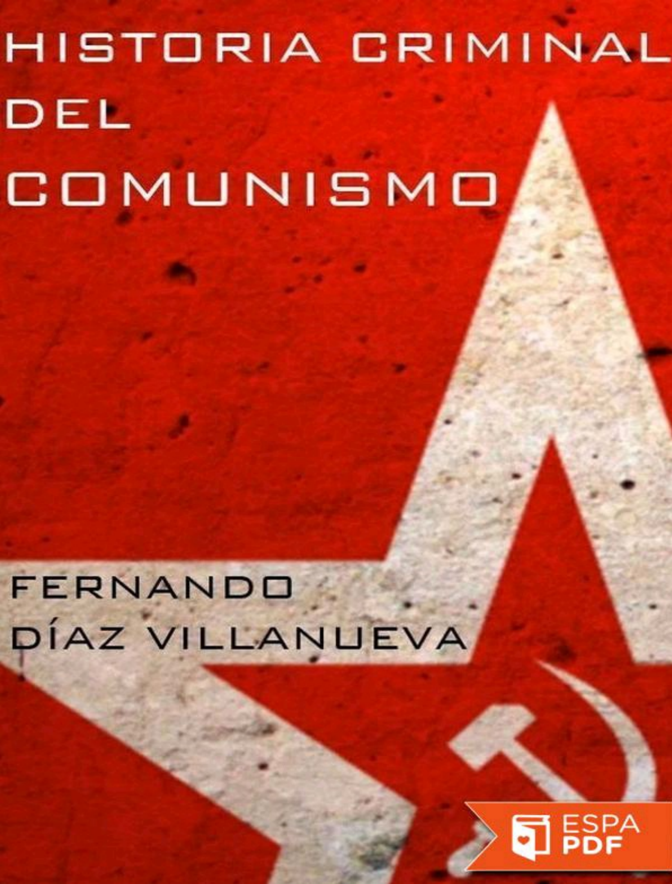

HISTORIA CRIMINAL
DEL
COMUNISMO
FERNANDO
DÍAZ VILLANUEVA
ESPA
PDF

La gran utopía del siglo XX fue pródiga en crímenes, la mayor parte de los cuales son completamente desconocidos para el lector del siglo XXI. Sobre la aplicación práctica del comunismo, el último y más persistente de los colectivismos totalitarios, se ha corrido un tupido velo de silencio. Apenas hay bibliografía en lengua española sobre la cara criminal de las grandes revoluciones comunistas y su posterior desarrollo. Este libro trata, a través de treinta y cuatro capítulos redactados en un estilo

ameno e instructivo, rescatar del olvido otras tantas historias que merece la pena conocer, tanto por su valor histórico como por las lecciones que la humanidad debe extraer de ellas para no volver a repetir la experiencia.

La narración va desde las checas del Moscú de Lenin a los *laogai* chinos, pasando por las grandes obras faraónicas de los déspotas soviéticos o las múltiples formas que adquirió la tiranía del Partido en Europa, América y Asia. Un libro que no dejará indiferente a nadie y que invita a la reflexión y al recuerdo de

los más de cien millones de víctimas que los diferentes regímenes comunistas provocaron a lo largo y ancho de todo el mundo.



Fernando Díaz Villanueva

Historia criminal del comunismo

ePub r1.0

Bacha15 07.12.13

Título original: *Historia criminal del comunismo*
Fernando Díaz Villanueva, 2013

Editor digital: Bacha15
ePub base r1.0

A mi familia materna.

Intelligentibus pauca

Prólogo
¿Es el comunismo una «secta» criminal?

HACE unos años, la izquierda local de un ayuntamiento de la Comunidad de Madrid, montó una sonora campaña contra Jesús Gómez, un concejal del Partido Popular que, una década antes, había escrito un artículo sobre los límites que el Estado nunca debe sobrepasar. El concejal, que cuando escribió el citado artículo

ejercía de periodista, argumentaba que bajo ningún concepto el Estado puede arrogarse la facultad de retirar la patria potestad a los ciudadanos por motivos ideológicos.

La polémica había surgido a raíz de una secta de cristianos fundamentalistas que, en los años noventa, vio como sus hijos les eran arrebatados por los servicios sociales de la Generalidad de Cataluña. Los padres recurrieron a los tribunales de Justicia, que terminaron por darles la razón obligando a la administración regional a devolver a los menores de edad a sus padres. Para apuntalar su argumento Jesús Gómez

puso como ejemplo el comunismo, que, como ideología, ha sido responsable de la muerte de cien millones de seres humanos y que, en ciertos momentos y lugares, adquirió la categoría de auténtica secta destructiva. ¿Tiene derecho el Estado a retirar la patria potestad a los padres comunistas?, se preguntó Gómez para, a continuación, responder que no, que en ese caso regía idéntico principio que con la secta cristiana.

La izquierda de ese ayuntamiento, formada a la sazón por el Partido Socialista y la coalición comunista Izquierda Unida, acusó al concejal

conservador de defender justo lo contrario de lo que decía amputando y descontextualizando una frase. La izquierda, una vez más, utilizaba la mentira como arma revolucionaria. La cuestión en aquel momento no era tanto lo que había dicho el concejal como organizar un escándalo político, airearlo en los medios y luego pedir su dimisión.

El caso de Jesús Gómez llegó a los periódicos y murió pronto porque la mentira era tan grosera que no se pudo sostener durante mucho tiempo más. A cambio se abrió un pequeño debate que, como era de esperar, vino acompañado de una formidable polémica. El debate

se resumía en una sola pregunta: a la luz de los hechos, de un siglo de barbarie en nombre del ideal, ¿debía o no debía el comunismo ser considerado una secta criminal?

Desde el punto de vista teórico evidentemente no. No delinquen las ideas sino las personas. Decir, por ejemplo, que la burguesía debe de ser borrada de la faz de la Tierra, guerra de clases mediante, no es ni debería ser delictivo bajo ningún orden político que se autodenominase libre. Las palabras pueden herir la sensibilidad pero nunca han matado a nadie. Desde este punto de vista alguien que se defina como

comunista y haga profesión de fe de marxismo-leninismo no es ni de lejos un delincuente, lo sería si decide aplicar por su cuenta y riesgo el manual revolucionario y tomar al asalto la casa de un burgués para después «socializar» toda esa riqueza incautada.

Si la ideología comunista en sí no es ni puede ser delictiva, ¿de dónde viene la fama criminal que arrastra el comunismo, especialmente en los países que han padecido sus excesos ideológicos en carne propia? De la experiencia, obviamente. Si al liberalismo lo caracteriza el intercambio libre y voluntario de bienes y servicios

entre individuos, al comunismo lo hace la revolución, objetivo máximo que se deriva inevitablemente de la teoría. En todo tiempo y lugar donde se ha impuesto o ha tratado de imponerse un régimen comunista se han cometido multitud de crímenes, algunos especialmente aberrantes como los de las tiranías de Stalin, Mao o Pol Pot. Esto es un hecho histórico, no una opinión.

Estos crímenes venían dictados por la ideología. El ideal comunista, que sobre el papel es inocuo, se convierte siempre en la práctica en una pesadilla totalitaria. Ejemplos históricos sobran.

Desde la primera revolución típicamente socialista —la bolchevique— hasta su epígono más reciente —la Venezuela bolivariana—, la praxis revolucionaria se ha cobrado la vida de unos 100 millones de personas en todo el mundo y en menos de un siglo. Eso siendo conservador con los números, porque puede que sean muchos más. Los responsables de todas estas muertes son quienes las infligieron, pero, y aquí está el quid de la cuestión, con toda seguridad sin el componente ideológico que motivaba a los verdugos esos asesinatos jamás se hubiesen cometido.

¿Hay, por lo tanto, que proscribir en

las leyes la ideología comunista? No y mil veces no. El comunismo ruso, por ejemplo, fue prácticamente inofensivo hasta que llegó al poder en 1917 y se redujo a idéntica condición tras la caída de la URSS en 1991. Lo mismo podría decirse de los comunistas españoles, muchos de los cuales cometieron verdaderas atrocidades durante la Guerra Civil y luego, cuarenta años después, contribuyeron de mejor o peor gana a la transición democrática. Algunos dicen que esto fue así porque entonces se sentían débiles. Tal vez sea cierto. Es una constante histórica que cuando las organizaciones comunistas se

ven en mermadas de apoyos piden un diálogo que luego niegan a sus adversarios cuando se han reforzado.

Sea como fuere, el hecho es que las ideas de Marx, Engels, Lenin, Mao o Enver Hoxa son intelectualmente erróneas, pero perfectamente inocuas si no salen del papel. Abimael Guzmán sembró el terror en Perú con una banda de asesinos conocida como Sendero Luminoso. Estos asesinos justificaban sus crímenes en la idea, pero, al cabo, eran ellos mismos los culpables no la idea, que por lo demás sigue por ahí, rondando de cabeza en cabeza sin que hayamos tenido que lamentar más

muertes desde la detención del carnicero Guzmán en 1992 y la desarticulación de la banda.

Si la experiencia, es decir, la Historia, nos enseña que el comunismo sólo tiene un modo, necesariamente violento, de alcanzar y conservar el poder, la teoría nos advierte de los riesgos que se corren al adoptar como propias ciertas ideas que recategorizan a los seres humanos entre buenos y salvables, y malos y condenables. El comunismo debería ser, por consiguiente, una ideología poco atractiva y con un fuerte estigma social como lo son otras de corte parecido

como el nazismo o el fascismo, ambas nacidas de la matriz socialista en los años veinte del siglo pasado.

El comunismo, sin embargo, mantiene una suerte de bula justificada en algo tan simple como las intenciones. La intención del comunista es construir una sociedad más justa. Punto. Eso les ha salvado de la quema. Bueno, eso y la ventaja de disponer de una técnica propagandística depuradísima y un transformismo político digno de encomio. Ese es el secreto de que la momia siga vivaqueando.

Esto en lo que toca a la parte «criminal» de la ideología. Para la

sectaria echemos mano nuevamente de la Historia. Si algo ha caracterizado a los partidos comunistas de todo el mundo es que se han comportado como sectas, en el sentido de organizaciones muy cerradas en sí mismas, en tensión con el resto de la sociedad y poseedoras de una verdad revelada y esotérica que sólo los iniciados —la vanguardia— conoce. El escritor Arthur Koestler, que fue un devoto comunista durante una parte de su vida, definía en estos términos su afiliación al Partido:

«Decir que uno había visto la luz es una pobre descripción del éxtasis mental que sólo el converso conoce. La nueva

luz parece brotar desde todas las direcciones del cráneo; todo el universo encaja con un patrón como piezas aisladas de un rompecabezas unidas de golpe por la magia. Ahora hay una respuesta para todas las preguntas, las dudas y los conflictos son cosa del pasado. A partir de este momento nada puede perturbar la paz interior y la serenidad del converso, excepto el temor ocasional de volver a perder la fe, perdiendo de este modo lo único por lo que vale la pena vivir, y cayendo de nuevo en la oscuridad exterior».

Si esto no es lo más parecido a una secta, que baje Dios y lo vea.

Los comunistas siempre han sido una minoría. El propio Lenin, fundador del primer partido-secta de la historia, el Bolchevique, tomó precisamente ese nombre para transformar la realidad mediante el uso de las palabras.

Bolshevik en ruso significa «mayoría», aunque el grupo de Lenin no era más que una minúscula escisión del Partido Socialdemócrata ruso. Esa minoría estaba formada por pocos militantes, pero, en palabras de Lenin, «obedientes, mentalizados y disciplinados». Esta vanguardia se encargaría de guiar a las masas para que se materializasen las tesis marxistas.

Para ello cualquier abuso estaba permitido. Así, mediante la conversión del partido en secta, una ideología que propugna la violencia terminó cristalizando en crímenes reales con muertos de verdad.

Partidos como el que fundó Lenin o el del citado Abimael Guzmán sí que eran sectas criminales a fuer de comunistas. Y a los hechos hay que remitirse. Otros, que se autodenominan comunistas, no son ni una cosa ni la otra. El comunismo, pues, sólo es secta y sólo es criminal cuando sigue al pie de la letra los dictados de Marx y Lenin. Y no es una opinión, es un hecho.

La Cheka, el brazo armado de la Revolución

La madrugada del 11 al 12 de abril de 1918 fue una noche de cuchillos largos en Moscú. Mil agentes de una desconocida agencia estatal irrumpieron en los domicilios de quinientos ciudadanos sospechosos de militar en organizaciones anarquistas. Se trataba de una agencia recién creada a la que llamaban Cheka y que dependía

directamente del camarada Lenin. La redada se saldó con la detención de todos los sospechosos y la ejecución sumaria de un pequeño grupo en las dependencias que la organización acababa de estrenar en la plaza Lubianka, junto al Kremlin.

La Cheka era el tipo de organismo represor que Lenin venía buscando desde su ascenso al poder unos meses antes. Las soflamas de liberación se habían apagado tan pronto como los bolcheviques se adueñaron del Kremlin. Lejos de colmar las aspiraciones de los trabajadores rusos, la revolución encarnada en Lenin estaba tornándose

muy impopular. Los comunistas ya no eran vistos como libertadores, sino como bestias vengativas y sedientas de sangre que robaban al proletario para después entregar el botín al Partido.

La creciente desafección hacia la camada bolchevique hacía temer lo peor. Pero Lenin no tenía ninguna intención de desalojar el poder que tanto tiempo y esfuerzo le había llevado conquistar. Nada menos que una vida entera dedicada a la conspiración política coronada por un inesperado éxito en las jornadas de octubre. Tras ellas, y con intención de mantener a raya a los díscolos, encargó a uno de sus

lugartenientes, el aristócrata polaco Felix Dzerzhinski, que formase una milicia dedicada a vigilar de cerca y reprimir los conatos de disidencia que fuesen apareciendo mientras el Partido se acomodaba en Moscú.

Dzerzhinski creo una «estructura ligera, flexible, inmediatamente disponible, sin un juridicismo puntilloso, sin restricción para tratar, para golpear a los enemigos con el brazo armado de la dictadura del proletariado». La «estructura» se escondió tras un nombre tan de aquel momento que nadie sospechó nada raro: «Comité Militar Revolucionario de

Petrogrado», se llamaba.

El Comité de Petrogrado era algo necesariamente temporal. Dos meses después de establecerse se vio superado por los acontecimientos. Sus setenta integrantes se quedaban cortos para atender los frentes de la contrarrevolución, que cada vez eran más numerosos e incontrolables. En diciembre Lenin llamó de nuevo a Dzerzhinski para encomendarle la creación de una «comisión especial» que luchase «con la mayor energía revolucionaria contra la huelga general de los funcionarios y determinara los métodos para suprimir el sabotaje».

Comisión especial en ruso se dice «Chrezvychaynaya Komissiya», es decir, Che-Ka.

Lenin andaba obsesionado con la Revolución Francesa, a la que consideraba precedente y madre nutricia de la rusa. Quería encontrar un «Fouquier-Tinville que nos mantenga en jaque a toda la canalla contrarrevolucionaria», un «sólido jacobino revolucionario» que supiese estar a la altura de una empresa tan ambiciosa como la de demoler hasta los cimientos la contrarrevolución. Ese jacobino iba a ser, por méritos contrastados, el propio Dzerzhinski.

A mediados de diciembre estaba ya todo decidido. La Cheka sería la espada del Partido, y así se hizo ver en el escudo de la organización, formado por una espada dorada de la que sobresalía, en relieve, la estrella de cinco puntas y el emblema de la hoz y el martillo. Trotsky anunció a los suyos que «en menos de un mes el terror va a adquirir formas muy violentas». La apelación a los jacobinos era continua. El comisario del Pueblo para la guerra, recordó que la pena ya no sería «la prisión, sino la guillotina, ese notable invento de la gran Revolución Francesa».

Días después Lenin en persona se

dirigió a un soviet de obreros fabriles para advertirles de que la Revolución se defendería con uñas y dientes. «¡A menos que apliquemos el terror a los especuladores —una bala en la cabeza en el momento— no llegaremos a nada!», les dijo llevado por el enajenamiento revolucionario que se apoderaba de él durante los mítines. Dzerzhinski, por su parte, iba ultimando los detalles de la nueva agencia que tendría dos tareas fundamentales. La primera «suprimir y liquidar todo intento y acto contrarrevolucionario de sabotaje». La segunda «llevar a los saboteadores ante un tribunal

revolucionario».

En marzo la Cheka quedó formalmente constituida. Estaba dividida en tres departamentos: información, organización y operación. Al principio sólo se le adjudicaron 400 funcionarios que pronto, en sólo tres meses, ya serían más de dos mil, a los que había que añadir un contingente de tropas especiales, militares debidamente entrenados en el contraespionaje que dependían directamente de la «Gran Casa», apodo que los chequistas pusieron al edificio de la plaza Lubianka.

Los efectivos de la Cheka

aumentaron exponencialmente cuando la guerra civil se recrudeció en enero de 1919. Esta organización tenía una ventaja fundamental: operaba total y absolutamente al margen de cualquier ley o convención. Los disidentes y los soldados blancos la temían mucho más que al Ejército Rojo. Los chequistas practicaban la tortura sistemáticamente y reservaban muertes atroces para los detenidos. Aplicaban el manual completo de tormentos medievales: desollamiento, crucifixión, empalamiento, lapidación, horca… no había especialidad que los agentes de Dzerzhinski ignorasen.

Para atemorizar a la población civil organizaban espeluznantes ejecuciones públicas en las que desplegaban gran creatividad homicida. En las provincias del norte solían desnudar a los presos y verter sobre ellos agua que, a 30 grados bajo cero, se congelaba rápidamente formando estatuas de hielo vivientes. En ocasiones colocaban un tubo en la boca de los reos y deslizaban una rata sobre él para que ésta, azuzada por un tizón que el verdugo ponía en el otro extremo del tubo, desgarrase la garganta de los condenados hasta provocarles una espantosa muerte.

El fusilamiento era quizá el más

benévolo de sus veredictos. Nadie estaba a salvo. Cualquiera mayor de ocho años era condenable al paredón. Las ejecuciones tenían que ser masivas y públicas para infundir un temor casi religioso entre los aldeanos. En aquella guerra sin cuartel iba a ser el miedo a una represalia siempre inhumana el mejor aliado de los bolcheviques. La prensa del régimen se hacía eco de las proezas que la Cheka iba perpetrando por Rusia en cuidadas historias de portada que ponían los pelos de punta a cualquiera.

A cualquiera menos al camarada Lenin, decidido a hacer de su invento la

columna vertebral de la nueva Rusia socialista. En enero de 1920, coincidiendo con algunas de las masacres más pavorosas, se reunió con un soviet de líderes sindicales y les dijo con vehemencia: «No debemos dudar si fusilamos a miles de personas, y no dudaremos, y salvaremos el país».

Los excesos de la Cheka cruzaron las herméticas fronteras de Rusia y llegaron a Occidente. Pero la Revolución bolchevique tenía aún crédito ilimitado, nadie movió un dedo para denunciar la degollina sin cuento que estaba teniendo lugar en Rusia tras las bambalinas de la guerra civil.

Dzerzhinski había cumplido. En 1922 la guerra terminó y, con ella, cualquier atisbo de disconformidad con los nuevos zares del imperio que, desde ese año, pasó a llamarse Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Había llegado la hora de convertir la «comisión especial» en algo más orgánico y propio de la nueva realidad posrevolucionaria. De la Cheka nació la OGPU, siglas en ruso de Directorio Político Unificado del Estado. La palabra —Cheka— y la profesión —chequista— se resistieron a morir. Los rusos siguieron conociendo a la temida policía política como la Cheka y hasta

exportaron la idea (y el miedo) al extranjero, incluyendo la España republicana, donde el modelo soviético de policía política se aplicó con rectitud aterradora durante la guerra civil. Se desconoce cuántas víctimas ocasionó la Cheka original en sus cuatro años escasos de vida, pero las estimaciones más moderadas calculan que la cifra asciende a las 200.000 personas.

Dzerzhinski nunca hubiera podido imaginar que su macabro invento pudiese llegar tan lejos y convertirse en un instrumento tan eficazmente mortífero. Murió pocos años después de un infarto mientras pronunciaba un

discurso. La URSS le supo agradecer los servicios prestados erigiendo una monumental estatua de 15 toneladas esculpida en hierro en la plaza Lubianka, delante de su verdadero hogar, la «Gran Casa», la de la Cheka.

El canal del fin del mundo

EN 1926 se publicó en Londres un revelador libro sobre las condiciones inhumanas de vida que imperaban en los campos soviéticos de trabajo esclavo. Su autor era un antiguo oficial del ejército blanco llamado Soserko Malsagov que había conseguido escapar del gulag de Solovki. El libro, que llevaba por título *An island hell*, era un sobrecogedor relato sobre los

excesos penitenciarios del bolchevismo que acababa de instalarse en el poder.

El testimonio de Malsagov caló hondo entre buena parte de la opinión pública. A lo industriales británicos, sin embargo, no les conmovía tanto la infamia de los campos como el hecho de que Stalin los estuviese utilizando para ganar una ventaja competitiva en el mercado mundial. La URSS, que acababa de salir de dos devastadoras guerras, estaba necesitada de divisas sobre las que pudiese asentarse y prosperar su despótico Gobierno. A falta de mejores productos, vendían lo que tenían a mano, básicamente madera,

muy abundante en Rusia, casi tanto como la mano de obra forzada con la que los planificadores contaban para talar los interminables bosques de Siberia.

Se extendió entonces por Europa y Estados Unidos la idea de promover un boicot a los productos rusos por razones humanitarias. En América la iniciativa pronto se vio bendecida por el éxito. En 1930 el Congreso aprobó una ley que impedía la importación de mercaderías provenientes de la Unión Soviética que hubiesen sido producidas por presos a trabajos forzados. Estados Unidos era el primer importador de madera del mundo, por lo que aquel incordioso

boicot suponía un importante perjuicio económico para las arcas del Kremlin.

Stalin, muy sensible a las campañas de propaganda adversa, ordenó que todos los presos políticos abandonasen de inmediato las explotaciones forestales. Para demostrar al mundo su buena voluntad organizó una expedición de periodistas occidentales para que lo comprobasen in situ. Y era cierto, los presos —al menos los políticos— ya no estaban allí. Habían desaparecido por completo, ¿acaso al ogro georgiano se le había reblandecido el corazón y los había liberado?

No, nada de eso. Una vez

recuperado el crédito internacional, el padrecito de los pueblos concibió un proyecto colosal, digno de un faraón egipcio, que le devolviese la buena prensa de la que disfrutaba sólo unos años antes. El pueblo soviético, es decir, él mismo, iban a hacer realidad un sueño centenario: unir el mar Báltico a la altura de Leningrado con el mar Blanco, un apéndice del océano Ártico donde se encontraba el activo puerto de Arjangelsk.

Era una obra realmente titánica. Entre los dos mares había más de 200 kilómetros de puro granito en varios niveles, lo que obligaría a construir

multitud de esclusas. A los inconvenientes geológicos se sumaban los climatológicos, la región donde habría de excavarse el canal, la Carelia rusa, es uno de los lugares más fríos y desapacibles del globo. Para colmo de males, no había ciudades intermedias. Todo se tendría que llevar desde fuera, empezando por los trabajadores. Hasta allí fueron a parar los esclavos de los bosques y los llamados «desterrados especiales», una categoría de presos políticos cuyo inevitable final era morir trabajando para la revolución.

En total unos 170.000 hombres fueron trasladados hasta la taiga de

Carelia. Una vez allí tuvieron que levantar con sus propias manos casas de madera para guarecerse y construir los caminos por donde transitarían las carretas con el material de obra. Porque el canal del Mar Blanco, que poco después de ser anunciado ya llenaba las páginas de los periódicos de todo el mundo, habría de hacerse de un modo casi artesanal, sin recurrir a los avances de la ingeniería moderna. Esto era así porque la flamante Rusia soviética, envidia y referente de la izquierda mundial, estaba en bancarrota. A cambio disponía de una reserva de mano de obra prácticamente inagotable, pero eso

en Occidente no se sabía… o no se quería saber.

La magnitud de la obra, lo inadecuado del lugar y la precariedad de medios indicaban que el canal del mar Blanco o Belomorkanal tardaría una década en concluirse. No era esa la idea de Stalin, que pretendía dar una lección sobre lo que era capaz de conseguir el denostado bolchevismo. En un discurso anunció al mundo que se concluiría en sólo 21 meses. Menos de dos años en los que una taiga granítica salteada por lagos y pantanos se convertiría en el canal más moderno del mundo. Eso implicaba asumir muertes, muchas más

de lo que era habitual en los gulags ordinarios.

Al final terminó siendo una auténtica matanza, aproximadamente 100.000 obreros, más de la mitad, perecieron durante su construcción. La mayor parte de frío y hambre, otros de agotamiento, por accidentes laborales o por enfermedades como el brote de escorbuto que arrasó buena parte de los campamentos durante el invierno de 1932. No importaba demasiado. Los cadáveres se enterraban y pronto había un sustituto recién llegado que se hacía cargo de un trabajo que trituraba a cualquiera. Debido a la falta de medios,

la excavación se hacía a pico y pala, los escombros se retiraban en carretillas de madera y los bosques se talaban con simples serruchos de mala calidad.

Los ingenieros no pasaban hambre ni privaciones, pero vivían con el miedo metido en el cuerpo. Tenían orden de que el canal estuviese operativo y abierto al tráfico en el verano de 1933. Si no lo terminaban para esa fecha su vida pasaría a no valer nada. Impelidos por la necesidad introdujeron elementos del odiado capitalismo para aumentar la productividad. El que más trabajase comía más y mejor. En los comedores se colocaron carteles encima de las mesas

de los más productivos que decían: «Para los mejores trabajadores, la mejor comida». Los que no llegaban a las cuotas marcadas se sentaban en mesas sobre las que pendía un amenazador cartel: «Aquí comen la peor comida: los refractarios, los haraganes y los vagos».

Muchos, por una simple cuestión de edad, iban de la mesa de los «vagos» directos al hoyo, porque el trabajo era tan exigente que la supervivencia dependía en gran medida de las calorías que se ingiriesen a diario. Muchos morían desnutridos en la misma obra o sucumbían ante la más leve enfermedad por tener el sistema inmunológico

devastado, por la suciedad en los barracones o por los malos tratos de los capataces. Pero el individuo no era importante, sino la inquebrantable voluntad del líder.

Conforme avanzaban las obras la campaña propagandística se intensificó. Una vez terminado, el canal iba a llevar el nombre del mismo Stalin. Los intelectuales del régimen, dirigidos todavía por Maxim Gorki, se volcaron con el proyecto sin escatimar alabanzas y parabienes poéticos que abundaban en la dicha del socialismo y la redención mediante el trabajo. Para que todos los rusos recordasen nítidamente esta obra

fundacional del espíritu soviético se lanzó una marca de cigarrillos llamada «Belomorkanal», que emponzoñó los pulmones de varias generaciones de rusos y que aún hoy sigue existiendo.

El canal del mar Blanco fue terminado en el plazo impuesto por Stalin, que lo inauguró con gran pompa en agosto de 1933. Se había hecho deprisa y mal, pero eso era lo de menos. El imperio soviético podía sacar pecho ante el mundo, mostrar los poderes de una revolución para la que no había desafíos imposibles. Pocos sabían que, debido a la tecnología empleada, el canal sólo calaba tres metros y medio,

lo que imposibilitaba que buques de gran tonelaje lo transitasen. Por su latitud extrema, de octubre a mayo permanecería cerrado a causa del congelamiento de sus aguas. Los acorazados de la flota del Báltico y los grandes mercantes no podrían internarse en él, por lo que tendrían que seguir circunnavegando Escandinavia para ir desde Leningrado al Ártico.

La propaganda soviética y los siempre solícitos repetidores de consignas con los que contaba en Occidente lo vendieron como uno de los grandes logros de la humanidad, pero lo cierto es que el canal servía de bien

poco. Durante mucho tiempo se pensó que sus defectos técnicos se debían a errores de planificación y a la premura con la que se construyó, pero no, el desdichado canal del fin del mundo nunca se hizo para ser navegado. La lógica soviética no era esa, sino la del trabajo esclavo y la propaganda como genuinos pilares de la sociedad. Pocas veces se vio tan claro como en este inmenso cementerio travestido de canal del que ya nadie se acuerda.

El infierno metálico de Magnitogorsk

EN 1928 Stalin dio por terminado el periodo económico especial que había seguido a la guerra civil. Anunció entonces con la trompetería acostumbrada el primer plan quinquenal. Eso de «plan quinquenal» era algo nuevo que los teóricos del Partido se habían inventado inspirándose en la teoría de las fuerzas productivas de Marx.

La economía iba a dejar de obedecer a las espontáneas e irracionales fuerzas del mercado, para depender exclusivamente de la planificación de un grupo de elegidos, que debían conocer de antemano las necesidades materiales que el país iba tener los siguientes cinco años. Ahí es nada. Si una persona a duras penas sabe lo que va a consumir en los próximos tres meses, estos ingenieros sociales sabían a ciencia cierta lo que iban a demandar 150 millones de soviéticos durante un lustro. Con razón Hayek bautizó al socialismo como «la fatal arrogancia».

En la URSS a este consejo de

ungidos lo llamaron Gosplan, acrónimo en ruso de Comité Estatal de Planificación. La realidad es que los técnicos del Gosplan no planificaban nada. Su trabajo se limitaba a poner sobre el papel —después de efectuar un sinfín de elaboradísimos cálculos—, los deseos de Stalin, que sabía más de economía y contabilidad que todos ellos juntos. En 1928 el padre de la patria estaba especialmente obcecado con colectivizar la agricultura y con industrializar aceleradamente el país. Las dos cosas a cualquier coste.

Lo primero tenía su lógica. La colectivización suponía el fin de último

resto de propiedad privada que quedaba en la Unión Soviética. Una vez consumada, todo: hombres, animales y plantas, pertenecerían al Estado. Lo segundo, la industrialización, era un empeño personal del titán de la revolución mundial. Estaba convencido de que, más tarde o más temprano, el Ejército Blanco se cobraría cumplida venganza y quería estar preparado para ese momento. Ante una audiencia selecta, los directores de las fábricas estatales, dejó clara su postura: «Llevamos un atraso de cincuenta o cien años con respecto a las naciones desarrolladas. Debemos eliminar esa

distancia en sólo diez años. Si no lo hacemos nos aplastarán».

Colectivizar la agricultura de un país rural implicaba incontables sacrificios humanos, pero los rusos ya sabían mucho de eso. Industrializar era otra cosa. A la URSS le faltaba algo fundamental: conocimiento y tecnología. Fabricar acero o extraer carbón no se podía hacer sólo a base de sangre y voluntad. Stalin estaba al tanto y aflojó las relaciones diplomáticas con Estados Unidos, donde el déspota, incomprensiblemente, tenía un considerable número de fans. El mismo año en que dio comienzo el plan

quinquenal una delegación soviética se desplazó a Cleveland para estudiar in situ el milagro industrial americano.

El Gobierno contrató a un consultor especializado, el ingeniero Arthur Glenn McKee, para que les guiase en los pasos que tendrían que dar para levantar en la URSS una ciudad inspirada en los grandes centros siderúrgicos del medio oeste. La ciudad modelo que querían transplantar a Rusia era Gary (Indiana), a orillas del lago Michigan, una ciudad de nueva creación (fue fundada en 1906) cuya razón de ser eran las acerías de la empresa US Steel Corporation.

Se decidió que Magnitnaya, una

remota aldea en la provincia de Cheliabinsk, iba a ser el Gary soviético. Estaba también junto a un lago de pequeñas dimensiones y habría de levantarse desde cero. Hasta ahí llegaban los parecidos. Magnitnaya, un apartado fuerte de tiempos de los zares bañado por el río Ural, se encontraba en mitad de ningún sitio, en plena estepa, a 1700 kilómetros y varios días de viaje en tren desde Moscú. Pero la decisión de edificar sobre aquel pantanoso herbazal un emporio siderúrgico, no fue, aunque lo parezca, en absoluto arbitraria.

Magnitnaya, que pronto mudó el

nombre por el de Magnitogorsk, estaba sobre una montaña compuesta enteramente de hierro, una singularidad geológica que Stalin pensaba esquilmar a conciencia para dar lustre a su plan quinquenal. La ciudad se refundó al año siguiente y empezó a llenarse de gente traída de toda Rusia, generalmente a la fuerza. Pero no todos estaban allí contra su voluntad. El Gosplan tentó a ingenieros norteamericanos con jugosas pagas en dólares para que se mudasen a la estepa para diseñar las plantas siderúrgicas.

Todo tenía que ser muy rápido porque el tiempo apremiaba. El plan

terminaba en 1933 y para entonces la URSS tenía que producir más de 8 millones de toneladas de acero al año, un objetivo francamente ambicioso en un periodo tan corto y sin personal entrenado. Se trazó una ciudad en damero con anchas avenidas flanqueadas por bloques prefabricados. En el otro extremo se levantaron grandes acerías copiadas tornillo a tornillo de las de US Steel en Indiana.

El proyecto original, que corrió a cargo del urbanista alemán Ernst May, preveía un cinturón verde que separase la ciudad propiamente dicha de los polígonos industriales. Pero el Gosplan

no estaba para exquisiteces y, apurado por los jerarcas de Moscú, fue podando el plan de May hasta dejarlo en nada. Lo prioritario no eran las viviendas, sino las fábricas, de manera que, según iban llegando los materiales de construcción, se desviaban al área industrial. El alemán terminó dejándolo por imposible y regresó con su equipo a Fráncfort después de discutir con los comisarios responsables de la obra de Magnitogorsk.

La ciudad quedó oficialmente terminada en 1931, pero sólo la parte industrial. A la residencial le faltaba aún mucho, pero no había dinero para

terminar las casas, así que se hacinó a sus 100.000 habitantes en barracones que, muchas veces, estaban junto a las humeantes plantas donde se fundía el acero a 1500 grados. Los niños correteaban de aquí para allá en un ambiente algo más que tóxico. Correteaban porque, con las prisas y las restricciones presupuestarias, no se habían terminado las escuelas. Sus padres tenían que soportar condiciones aún peores dentro de las fábricas, sin más derecho que trabajar de sol a sol y sometidos a brutales capataces que alargaban las jornadas para hacer méritos delante de sus jefes.

El drama de los primeros habitantes de Magnitogorsk, en su mayoría campesinos analfabetos obligados a trabajar en un alto horno, llegó a Occidente de la mano de John Scott, un idealista norteamericano casado con una rusa que trabajó varios años en Magnitogorsk. Sus vivencias, narradas en *Más allá de los Urales*, conmovieron el delicado alma de sus compatriotas y el mundo civilizado empezó a hacer incómodas preguntas. El panorama que pintaba Scott era sombrío aunque también heroico. Los obreros morían a diario en las fundiciones por la ausencia total de seguridad, la mala cuando no

inexistente formación de los operarios, y la ineficiencia intrínseca de un sistema en el que todo se hacía sin ganas y por complacer a un superior.

Stalin respondió a Occidente a su estilo: cerrando la ciudad a los extranjeros. Magnitogorsk se sumió en la penumbra durante medio siglo. Nadie sabía lo que pasaba allí a excepción de los burócratas del Gosplan y sus moradores, que vivían encadenados a la fábrica como antiguamente los siervos a la tierra. La ciudad siguió creciendo y llegó a rozar el medio millón de habitantes en su mejor momento. En los años 60 se levantaron grandes bloques

de hormigón de varias plantas como los que tapizaron todas las ciudades soviéticas. El pueblo motejó a aquellas colmenas humanas como «jrushovkas» porque fue Nikita Jruschov quien impulsó su construcción.

Las «jruschovkas» de Magnitogorsk se tiñeron pronto de negro a causa del humo, el hollín y las emanaciones sulfúricas provenientes de las ubicuas chimeneas que forman el skyline de la ciudad. Los vecinos terminaron aprendiendo a convivir con la suciedad, pero no con los continuos cortes de agua. Los residuos industriales se vertían sobre el río Ural y los lagos

circundantes envenenándolos de tal modo que lo normal es que, durante décadas, los grifos de la ciudad escupiesen un líquido tóxico y amarillento que era mortal de necesidad.

Hoy Magnitogorsk, el infierno metálico de Stalin, sigue existiendo. Los extranjeros pueden visitarla desde la época de Gorbachov, aunque son pocos los que se dejan caer por un lugar tan deprimente en el que, a pesar de todo, viven aún 400.000 almas en pena. La montaña de hierro que dio nombre a la ciudad se agotó hace tiempo y hoy tiene que importarse el mineral. La ciudad presenta un aspecto decadente y es fea

de solemnidad. A su alrededor ya no reina la estepa sino un desierto tóxico. El medio natural ha quedado devastado hasta tal punto que el Gobierno ruso lo declaró hace unos años como «zona de desastre ecológico».

Un mal menor al lado del tributo humano que la locura planificadora de los bolcheviques se ha cobrado. Según las autoridades locales sólo el 1% de los niños gozan de buena salud, de hecho, un niño con aspecto saludable es considerado una rareza. En 1992, al final de la pesadilla soviética, se hizo un estudio entre los recién nacidos y se descubrió con horror que sólo 3 de cada

10 nacen en condiciones óptimas, el resto están enfermos desde el alumbramiento. Magnitogorsk es algo más que una ciudad, es un crimen de lesa humanidad por el que, naturalmente, nadie ha pagado.

Las tres vidas de Pavlik Morozov

EL 4 de septiembre de 1932 aparecieron los cadáveres de dos niños en un bosque cercano a Gerasimovka, una aldea dejada de la mano de Dios en mitad de los montes Urales. Los niños, Fiodor, de nueve años, y Pavel, de trece, eran hijos de un campesino local que, poco antes, había tenido problemas con la policía por cuestiones ideológicas.

Pavel, un joven pionero de la Juventud Comunista, había denunciado a su padre, Trofim Morozov, por actividades contrarrevolucionarias. Al parecer el padre se oponía a la colectivización de tierras que estaban llevando a cabo las autoridades soviéticas en aquel momento y, no contento con eso, se había dedicado a falsificar documentación para entregársela a los enemigos del Estado. Esto le supuso la detención y un juicio sumario que le costó diez años de trabajo forzoso en un gulag.

Algunos familiares de los niños: sus abuelos, su tío y su primo, buscaron

vengar la memoria de Trofim y llevaron a los niños al bosque, donde los asesinaron a sangre fría cortándoles el cuello con una sierra. La policía les siguió la pista, les arrestó y, tras arrancarles la confesión, les condenó a morir en el paredón. Poco después compareció la madre, Tatiana Morozova, que aseguró ser una mujer tremendamente infeliz a quien el bárbaro de su marido golpeaba de continuo.

Las revelaciones de Tatiana cerraron el círculo. Trofim era, amén de un espía al servicio de los enemigos de la Unión Soviética que traficaba con información privilegiada, una mala persona de agrio

carácter y habituado a maltratar a los suyos. Esta última prueba aportada por su esposa transformó la benigna pena de diez años que las autoridades le habían impuesto por la de ejecución inmediata. Se había hecho justicia revolucionaria. El caso quedaba cerrado.

Pronto alguien en Moscú advirtió las infinitas posibilidades que ofrecía una historia como la de Pavel, rebautizado a toda prisa por su diminutivo Pavlik (Pablito), para aleccionar a las masas sobre lo perversa que podía llegar a ser la reacción antisoviética. Serviría también para ilustrar al país entero en las bondades y la oportunidad de una

denuncia a tiempo, incluso dentro de la familia. La Unión Soviética sería generosa con todos los que, sin importar su edad y condición, descubriesen a los contrarrevolucionarios que, emboscados dentro del paraíso socialista, tratasen de derribarlo mediante sucias mañas.

El joven Pavlik se convirtió en una celebridad nacional. El Gobierno le declaró mártir de la Unión Soviética y promovió su culto civil mediante estampas y carteles que tapizaron las paredes de todo el país. Se erigieron estatuas del niño héroe y muchos colegios y centros juveniles adoptaron su nombre. Se inauguró museo dedicado

a su persona en Sverdlovsk, la capital de la región natal de Pavlik, hasta donde peregrinaban grupos de jóvenes del Partido para comprar souvenirs y retratarse en una réplica del aula donde había estudiado Morozov.

Los niños de todas las escuelas le escribían poemas que luego competían en certámenes celebrados al efecto. Se llegó incluso a componer una ópera sobre la trágica epopeya de Pavlik que fue profusamente representada. Sergei Eisenstein rodó una película, *El Prado de Bezhin*, inspirada en la historia. Curiosamente nunca llegó a ser estrenada porque a las autoridades les

pareció que el director trataba a los personajes hostiles al régimen con una luz demasiado favorable.

El culto al camarada Pavlik fue intenso durante el estalinismo, especialmente entre la infancia. Se mantuvo durante los años de Jruschov y Breznev y luego, ya en la década de los ochenta, cuando el sueño soviético se había evaporado de las mentes de los rusos sin que el Partido pudiese hacer nada para remediarlo, fue perdiendo fuerza hasta prácticamente desaparecer.

Fue entonces cuando Yuri Druznikov, un escritor maldito que más tarde se exiliaría en Austria, investigó a fondo el

asunto para dar con la verdad del caso Pavlik. Fue un trabajo lento y costoso cuyos capítulos circulaban por la URSS mediante «samizdat», textos clandestinos que se pasaban de mano en mano para eludir la censura. Esos «samizdat» cruzaron el telón de acero y aterrizaron en el Reino Unido. Allí vio la luz, en 1988, la primera edición del *Informante 001: el mito Pavlik Morozov,* que no tardó en ser traducido a varias lenguas.

La tesis de Druznikov partía de la misma existencia de un único Pavlik, que bien podrían haber sido ser varios ya que en la propaganda soviética los

retratos del niño eran muy diferentes. Pese a todo el autor creía que sí, que hubo un Pavel Mozorov, natural de Gerasimovka que vivió a principios de los años treinta. Pero no fue asesinado por su familia, sino por un agente de la Cheka con quien el propio Druznikov había llegado a trabar contacto. Los abuelos existieron también, pero no fueron los asesinos, sino víctimas inocentes de un burdo montaje de la NKVD encaminado a fabricar un héroe campesino que sirviese de ejemplo a los aldeanos de aquella provincia, la de Tobolsk, muy reacia a adoptar la colectivización agraria.

Según la investigación, el abuelo, destrozado tras la desaparición de Pavlik, llegó a organizar una partida campesina para dar con el niño en los bosques aledaños. En esta segunda vida de Pavlik Morozov el niño ni siquiera militaba en la Juventud Comunista ni integraba las brigadas locales de pioneros por el socialismo. Druznikov, con una avalancha de datos inéditos, descartaba cualquier denuncia al padre y, por descontado, la subsiguiente venganza. Había sido todo mentira. Un simple y desgraciado asesinato de la policía política en una remota aldea de la Rusia profunda que fue sabiamente

reconvertido por la propaganda en una bella historia de heroísmo revolucionario, muy acorde, por lo demás, con los valores antifamiliares y antitradicionales que propugnaban los mandamases soviéticos.

Años después, cuando la historia de Pavel Morozov estaba prácticamente olvidada, Catriona Kelly, una profesora de ruso de la Universidad de Oxford la revivió con otro libro: *Camarada Pavlik: auge y caída de un niño-héroe soviético*. Kelly, basándose en gran parte en las investigaciones de Druznikov, alumbró una tercera vida. Morozov no fue asesinado por la

NKVD, sino que murió accidentalmente en una pelea callejera por la posesión de un arma. Kelly obtuvo autorización para meter las narices en los archivos de la FSB (sucesora de la KGB y de la NKVD) por lo que la polémica con los partidarios de la segunda vida de Pavlik Morozov estaba servida. La FSB no iba a aceptar un asesinato así como así, de manera que ocultaron la culpa de la agencia dejando el resto intacto.

Kelly tuvo muchos problemas para revivir al Pavlik histórico ya que, después de medio siglo de culto martirial, todo a su alrededor estaba distorsionado. Encontró una foto, la

única genuina, del verdadero Pavlik. No era, tal y como aparecía en los carteles propagandísticos, un niño de bellas y equilibradas facciones con un pañuelo de pionero anudado al cuello, sino un chiquillo malnutrido y de aspecto miserable. Es decir, el mismo semblante que en los años de la colectivización presentaban casi todos los niños del agro soviético.

Pavel Morozov, el camarada Pavlik, sigue siendo un enigma histórico. Sabemos a ciencia cierta que existió y que murió en extrañas circunstancias a finales del verano de 1932 en un olvidado rincón de Rusia. Sabemos

también que la policía política montó en torno a su muerte una morbosa historia de crimen familiar de la que luego se aprovechó el Partido para apuntalar ciertas verdades revolucionarias. Pavlik Morozov era el primer hombre nuevo, un individuo puro, sin tacha, sin resabios de la edad burguesa dispuesto a inmolarse por la causa del socialismo. Un producto tan atractivo que, como nunca existió, tuvieron que inventárselo.

El plan de los cinco millones de muertos

A su muerte en 1924, Lenin dejó un país comunista en ruinas que, paradójicamente, se había visto obligado a adoptar ciertas formas de capitalismo para evitar la hecatombe. A esa excepción se la llamó NEP, siglas en ruso de «Nueva Política Económica», una ley que obligaba a los granjeros a entregar al Gobierno una cuota de producción a cambio de que pudiesen

vender los excedentes en el mercado.

La NEP, propuesta en origen por Trotsky para paliar los estragos de la guerra civil, se había adoptado a pesar de que Lenin no creía demasiado en ella. Al final, hubo de rendirse ante hechos tan determinantes como la hambruna de 1921 y la rebelión de los marinos en la fortaleza de Kronstadt que casi dan al traste con su experimento bolchevique. Los resultados, como era de esperar al devolver parte de la economía a la sociedad civil, fueron excelentes. La agricultura rusa se recuperó soprendentemente rápido y la gente volvió a comer a diario. Los productos

agrícolas fluían raudos por todo el país gracias a que los propietarios podían comerciar con el fruto de su trabajo, lo que les incentivaba a ser más eficientes.

El modelo sobrevivió a Lenin, pero poco después de su muerte entró en crisis. Aunque el campo estaba parcialmente privatizado, la industria era estatal y estaba malgobernada gestionada por hombres del Partido. Con la renta que les proporcionaba sus pequeñas explotaciones los campesinos compraban bienes manufacturados. Pero la industria, poco incentivada en producir más y mejor, era tremendamente ineficaz. Los bienes

industriales subieron de precio durante toda la década al tiempo que bajaban los agrícolas. A aquella coyuntura tan extraña los economistas la conocen como la «crisis de la tijera», por la forma gráfica de ambos índices de precios.

El campo se replegó sobre sí mismo. Los agricultores se protegieron de la inflación guardando cereales en los silos con idea de provocar una escasez que hiciese subir su precio. Entonces intervino el Gobierno, ya presidido por Iósif Stalin, el hombre de acero que se había impuesto a todos en la sucesión de Lenin. En 1928 tenía ya, junto a su

camarilla, pergeñado el sustituto del NEP. Éste iba a consistir en un ambicioso plan estratégico que, a su culminación, habría de convertir a la atrasada Rusia en una potencia industrial comparable a las de Europa Occidental. El plan duraría cinco años exactos, y todas las fuerzas de la Nación irían encaminadas al objetivo trazado por el Gobierno sin ahorrar sacrificios para alcanzarlo.

Lo primero que hicieron los hombres de Stalin fue acabar con la crisis del grano requisándoselo por las bravas a los campesinos. Si no lo entregaban por las buenas, las milicias. Entre 1928 y

1932 el Gobierno saqueó a conciencia los pueblos de toda la federación. Se calcula que, en ese periodo, se requisaron 35 millones de toneladas de grano, lo que ocasionó, como primer efecto, la paralización de las pequeñas y productivas granjas cuyo nacimiento había estimulado la NEP. Como es lógico, nadie en su sano juicio iba a plantar una nueva cosecha sabiendo de antemano que un funcionario iba a arrebatársela de las manos el mismo día de la recogida.

Stalin, naturalmente, contaba con ello, contaba hasta con la oposición de Bujarin, a quien tuvo que expulsar del

Politburó y posteriormente ejecutar en la Gran purga. Con todo el poder en sus manos acometió la parte principal del plan, que consistía en transformar por decreto el inmenso sector primario de la no menos inmensa URSS para financiar el raquítico sector secundario heredado de los zares. Transformarse en una gran potencia requería divisas para comprar en el extranjero los bienes de capital imprescibles que necesitaba la industria… calderas, turbinas, maquinaria pesada, tecnología de todo tipo que, tanto ingleses como norteamericanos, venderían encantados a la Unión Soviética. Previo pago, claro.

Pero lo único que podía vender fuera la arrasada república de los soviets eran materias primas, especialmente cereales de las próvidas llanuras del sur. Como casi todo en la URSS, el primer plan quinquenal estaba muy mal planificado y se fue improvisando sobre la marcha. Los campesinos fueron colectivizados forzosamente en granjas estatales de dos tipos: los koljoses y los sovjoses. Stalin prefería los segundos, que eran granjas gestionadas sobre la misma base que las fábricas estatales; pero, por sentido práctico, consintió los primeros, granjas cooperativas donde, al menos sobre el

papel, los trabajadores podían aspirar a una parte de los beneficios.

Las regiones más productivas de la URSS eran Ucrania y el sur de Rusia, inagotables graneros que habían dado de comer al imperio de los zares desde tiempos inmemoriales. Y fue allí donde se produjo el repudio a la colectivización. Existía en Ucrania una próspera y numerosa comunidad de pequeños propietarios que el Politburó se apresuró en rebautizar como «kulaks», que en ruso significa puño. Sobre este chivo expiatorio se cargó la culpa de la penuria económica y su liquidación física, la llamada

“deskulakización», se convirtió en el símbolo de la nueva Rusia soviética.

A través de un decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo, se les dividió en tres categorías en función de su peligrosidad. La primera, la de los más renuentes a la colectivización fue trasladada a campos de trabajo forzado donde la esperanza de vida se medía en meses. La segunda fue deportada a provincias distantes. A la tercera, la menos sospechosa de estorbar los planes del Gobierno, se la dejó en Ucrania a su suerte con diminutas parcelas que apenas daban para comer a una familia.

La OGPU, la policía secreta del Estado creada por la Cheka en 1922, formó una milicia de 25.000 jóvenes del Partido para imponer la colectivización mediante una violencia desatada que convenciese a los kulaks de que cualquier oposición era inútil. Cuando «los 25.000» llegaron a Ucrania emplearon una represión sin miramientos. En las aldeas se organizaban fusilamientos diarios y luego se arrojaban los cadáveres a fosas comunes. Los niños desnudos con el vientre hinchado vagaban por los campos comiendo raíces y cortezas de árbol. A tal extremo llegó la

degradación genocida de los hombres del PCUS que, el propio Stalin, en un alarde de cinismo, firmó un artículo en *Pravda* en el que reprendía a los milicianos por su excesivo celo. El artículo se titulaba «El vértigo del éxito».

Cuando se acabaron los kulaks de verdad, los pequeños propietarios, el Gobierno la emprendió con cualquiera que tuviese una simple parcela de tierra, un par de gallinas o un cerdo. A estos infelices les llamaron «subkulaks», una categoría especial creada al efecto que el propio Stalin reconocía que eran pobres, pero hostiles al Gobierno y, por

lo tanto, perfectamente sacrificables en aras del socialismo.

El coste en vidas humanas del primer plan quinquenal fue enorme. En sólo un año, entre 1932 y 1933 murieron ejecutados o de inanición unos cinco millones de personas. A estas habría que sumar todos los que murieron a causa de las requisas de trigo por todo el país. Nunca se sabrá la cifra exacta, porque los criminales se encargaron de ajustar las cuentas a sus víctimas tras un espeso telón de silencio que, en Occidente, tejía laboriosamente la *intelligentsia* del mundo libre.

A diferencia de lo que ocurrió con

los campos nazis, que fueron un secreto hasta para los propios alemanes, la matanza del plan quinquenal podía visitarse si se llegaba a Moscú con las credenciales adecuadas. El Politburó organizaba por aquellos mismos años para su clientela occidental viajes de descubrimiento del paraíso soviético que, en algunas ocasiones, cruzaban en tren los campos de la muerte ucranianios. Ninguno de los pasajeros, todos admirados intelectuales occidentales, dijo ni mu de lo que estaba pasando allí. Era la indeseada —e intrascendente— consecuencia que acarreaba la construcción de la utopía.

Luego la guerra cubrió de olvido las tumbas y de aquellos kulaks, casi tantos como judíos exterminó el Tercer Reich, nunca más se supo.

Fosas sin nombre en Madrid

EL 18 de julio de 1936 un grupo de militares acaudillado por un veterano general monárquico se pronunció contra el Gobierno de la república española, que, desde febrero de ese año, se encontraba en manos de una coalición de partidos izquierdistas. El levantamiento militar fue simultáneo en todo el país pero fracasó en las principales ciudades. Los sublevados no

consiguieron imponerse en la capital ni en las áreas industriales de Cataluña y el País Vasco. Tampoco consiguieron hacerse con la mayor parte de Andalucía ni con la costa levantina.

A cambio se apoderaron desde el primer momento de vastas regiones agrícolas como la Castilla septentrional o Galicia y, lo que resultó decisivo, del protectorado español en Marruecos. En África se encontraban las tropas mejor adiestradas del Ejército y uno de sus mejores generales, Francisco Franco, que se había desplazado desde Canarias en secreto para ponerse al mando de las mismas.

Los sublevados, que pronto tomaron el sobrenombre de «nacionales», solicitaron ayuda a Benito Mussolini y a Adolf Hitler. Ambos dictadores se encontraban en el momento álgido de su poderío y se mostraron generosos. Gracias a este apoyo Franco consiguió trasladar las tropas africanas hasta la península y enlazar allí con las del general Queipo de Llano, que había logrado controlar la ciudad de Sevilla y acantonarse en ella.

En agosto, cuando el Ejército de África comienza a cruzar el estrecho de Gibraltar, España ya se había partido en dos mitades irreconciliables cuyas

diferencias solo podrían redimirse en una guerra civil a cara de perro. En la parte republicana el Gobierno legítimo salido de las urnas pronto cedió a las presiones de los más radicales, en especial de comunistas y anarquistas, que formaron milicias paramilitares gracias a las armas que les había entregado el propio Gobierno.

Pero poco podían hacer esas milicias capitaneadas por comisarios políticos o sindicalistas, y formadas por civiles entusiastas mal armados y peor preparados, contra un ejército colonial. Desde Sevilla las tropas nacionales ascendieron rápidamente adueñándose a

su paso de Extremadura y de una parte de la Castilla meridional. A finales de septiembre la columna nacional ya estaba en Toledo, a sólo 70 kilómetros de Madrid. El asalto final sobre la capital se dejó para el mes de noviembre.

En Madrid el Gobierno dio por perdida la ciudad y decidió trasladarse a Valencia, cosa que hizo el 6 de noviembre. A partir de ese momento la capital quedó en manos de una Junta de Defensa presidida por el general José Miaja, que trataría de impedir que los sublevados tomasen la capital. La Junta de Defensa contaba con ocho

conserjerías, repartidas entre los distintos partidos que formaban el Gobierno. Las dos consejerías principales, la de Guerra y la de Orden Público, se las reservaron los comunistas. La primera fue ocupada por el sindicalista Antonio Mije, la segunda por Santiago Carrillo, un joven de 21 años de edad sacado de las juventudes del Partido.

Este Carrillo era una versión española químicamente pura de los revolucionarios profesionales que tanto abundaban por Europa en aquellos años. Sin más estudios que los primarios, se afilió a las juventudes del Partido

Socialista a los quince años. En ellas escalaría hasta el puesto de secretario. Desde ahí participó en la llamada «revolución de Asturias», un revuelta que, auspiciada por socialistas, comunistas y anarquistas, tuvo lugar en octubre de 1934. Tras su bautismo revolucionario viajó a la URSS, donde continuó con su formación, esta vez bajo la protección directa de la Comintern. La estrategia marcada por Stalin en aquella época para los comunistas occidentales era la de constituir grandes frentes de partidos izquierdistas. En España la iniciativa estalinista se materializó en un Frente Popular que

ganó por un apurado margen las elecciones de 1936.

Las credenciales moscovitas vinieron muy bien a Carrillo cuando estalló la guerra civil. Hasta España viajaron infinidad de agentes de la NKVD cuya prioridad era fortalecer a los comunistas locales. El principal informante de Stalin en Madrid era Mijail Koltsov, un bolchevique ucraniano que, oficialmente, ejercía como corresponsal de Pravda en la capital de España. Koltsov tenía fijación con la denominada «quinta columna», un grupo, supuestamente muy numeroso, de fascistas y otros enemigos de la

república que vivían camuflados en Madrid esperando el momento idóneo para salir de sus madrigueras y propinar el golpe de gracia al Gobierno.

Madrid era, aparte de la capital, la segunda ciudad más poblada del país, por lo que en su interior residía un número significativo de personas no afectas a la república y, mucho menos, al régimen revolucionario que se había apoderado de ella tras el levantamiento. Eso no significa que fuesen abiertamente hostiles ni, mucho menos, que estuviesen dispuestos a jugarse la vida por sus ideas políticas. Con esta coartada se encarceló a millares de personas. A

otros se los condujo a centros de detención informales que pasaron a conocerse como «checas», por analogía con las que operaban en Rusia. En las checas se torturaba a los detenidos, a veces utilizando refinados métodos importados de las URSS, y se procedía a su juicio sumario, casi siempre culminado con la ejecución.

Los «delitos» de los detenidos eran tales como ser de derechas, monárquico, ir a Misa o, simplemente, pertenecer a la burguesía capitalina. Las prisiones madrileñas se llenaron de presos políticos, algunos de cierto renombre como el escritor Ramiro de Maeztu, el

dramaturgo Pedro Muñoz Seca o el político Melquíades Álvarez, que había sido presidente del Congreso de los Diputados durante el reinado de Alfonso XIII.

La cercanía de las tropas nacionales aumentó el nerviosismo de los cabecillas de la Junta de Defensa. Asesorados y vigilados de cerca por Koltsov, Carillo y su adjunto, José Cazorla, empezaron plantearse la idea de evacuar a los presos. Por evacuar en lenguaje soviético había que entender liquidar. Una evacuación, por ejemplo, fue la que se realizó en la cárcel de Ventas el 30 de octubre. Se «evacuó» a

los presos a las afueras de la ciudad y allí un batallón de milicianos les fusiló sin mediar juicio alguno.

La saca del 30 de octubre no fue más que la obertura de la pieza principal, que llegaría una semana más tarde con motivo del traslado del Gobierno a Valencia. Kotsov y sus aliados comunistas de la consejería de Orden Público decidieron evacuar a todos los presos de los presidios madrileños. Éstos se encontraban repartidos por toda la ciudad. De la cárcel Modelo, situada en Moncloa, a corta distancia de donde se fijaría el frente días más tarde, había que evacuar a unas 1000 personas. De la

de San Antón otros 1000. De la de Porlier, un antiguo hospicio reconvertido en prisión, algo más de 500. La de Ventas ya había sido evacuada.

El mismo 6 de noviembre, coincidiendo con la salida de los ministros y su cohorte de funcionarios, comenzó la matanza. En la cárcel Modelo un grupo de milicianos se presentó en la puerta con un puñado de autobuses incautados a la empresa municipal de tranvías. El director de la prisión dejó pasar a los milicianos sólo después de que estos le mostrasen una autorización de la dirección general de

Seguridad. Una vez dentro seleccionaros a los evacuados valiéndose de unas listas previamente confeccionadas por Ángel Galarza, ministro de Gobernación, que esos momentos se encontraba camino de Valencia junto al resto del Gobierno. Las órdenes eran simples y terminantes. Había que sacar a los presos indicados, subirlos en el autobús y conducirlos hasta el paraje de Paracuellos del Jarama, a las afueras de Madrid. Una vez allí los milicianos formarían hileras de presos y los fusilarían sin más.

Las sacas continuaron durante los días siguientes hasta convertirse en una

rutina. El cuerpo diplomático empezó a sospechar que algo turbio estaba pasando. Felix Schlayer, un alemán que ejercía de cónsul de Noruega en Madrid, se enteró de lo que estaba pasando a través de uno de los detenidos que había sido abogado de la legación escandinava antes de la guerra. Schlayer pensó que aquello era un error, tal un exceso por parte de los milicianos del que la Junta de Defensa no tenía noticias. Se dirigió personalmente al general Miaja y a Santiago Carrillo para denunciarlo. Ambos negaron que eso estuviese ocurriendo y le prometieron ocuparse del asunto.

La realidad, sin embargo, era muy otra. Los viajes nocturnos a Paracuellos no cesaban. Era un secreto a voces en toda la ciudad que se estaba realizando una «limpieza» a fondo en las cárceles. Schlayer no desistió de su empeño. Movilizó a otros diplomáticos para que, juntos, diesen la voz de alarma en el extranjero. Gracias a los buenos oficios del propio Schlayer y del embajador de Chile, Aurelio Núñez Morgado, que había abierto su embajada a todos los perseguidos que quisiesen refugiarse en ella, la Cruz Roja se interesó por el tema y envió a Henry Henny, uno de sus hombres, a Madrid.

Henny investigó sobre el terreno y pudo comprobar que lo que contaban Schlayer y Núñez era cierto. Reunió una copiosa documentación y se dispuso a volver a Ginebra. La embajada de Francia le proporcionó un avión que, al poco de despegar del aeropuerto de Barajas, cuando se encontraba sobrevolando Guadalajara, fue ametrallado por dos cazas. Henny sobrevivió al ataque, no así la documentación. La prensa republicana se hizo eco del ataque, pero culpando del mismo a la aviación enemiga. Era mentira. Los cazas atacantes eran soviéticos, así lo atestiguó Henny una

vez se puso a salvo en Suiza.

En Madrid, entretanto, la matanza proseguía y no se detuvo hasta principios de diciembre. Para entonces la ofensiva nacional se había detenido en los barrios periféricos de la ciudad, que quedó partida en dos durante el resto de la guerra, presagiando lo que le sucedería a Berlín una década después. Y no sería la única analogía con la guerra mundial que estaba a punto de estallar. Paracuellos se había convertido en un inmenso cementerio sin lápidas. La evacuación había costado la vida a más de 2500 personas que fueron enterradas precipitadamente en fosas

comunes. Lo mismo que sucedería en el bosque polaco de Katyn en 1940. Esas fosas se convirtieron también en la morada última de otras 2000 personas que habían sido fusiladas en distintas partes de Madrid y luego trasladadas hasta allí.

Paracuellos se convirtió así en un lugar maldito que supuso un coste inmenso a la causa republicana. La desconfianza internacional hacia una república secuestrada por comunistas y sólo nominalmente democrática se acrecentó. En 1939 la guerra civil española tocó a su fin. Atrás quedaba un país devastado por las bombas y,

especialmente por los odios. Los comunistas responsables de la matanza de Paracuellos salieron en estampida. Koltsov regresó a la URSS, donde fue purgado años después por Stalin. Galarza moriría en París veinte años más tarde. Carrillo, por su parte, llegó a presidir el Partido Comunista de España y a ocupar un escaño en el Congreso de los Diputados a la muerte de Franco. Murió en 2012 a los 97 años de edad en el mismo Madrid donde se había perpetrado el crimen. Siempre negó su participación en el mismo. De un comunista no se puede esperar menos.

Pasión y muerte del POUM

EL 21 de febrero de 1936 la Comintern, organización fundada por Lenin para coordinar a los partidos comunistas de todo el mundo, celebró una reunión ordinaria en Moscú. De entre los muchos temas que se trataron uno tenía que ver directamente con España, un país lejano y no muy importante que acababa de estrenar un Gobierno de concentración de diferentes

partidos de izquierda.

Los frentes populares eran también una idea de la propia Comintern que, sabedora de lo impopular del comunismo soviético en Occidente, ordenó a los suyos que promoviesen y se integrasen en coaliciones con otros partidos a los que denominaban «compañeros de viaje». Así, el maximalismo revolucionario quedaría diluido en un programa reformista moderado. Era el perfecto caballo de Troya para tomar la Europa occidental sin esperar a que estallase una improbable revolución proletaria.

La sucursal española de la

Comintern era el PCE, un partido de pequeño tamaño pero muy ruidoso y extremadamente fanático. Los comunistas españoles, acaudillados por el sevillano José Díaz, recibieron aquel día de febrero la orden de «luchar enérgicamente contra la secta trotskista». Aparentemente eso no significaba nada. En España apenas había comunistas (unos 30.000 a principios de 1936), y todo lo relacionado con Trotski era prácticamente desconocido para los militantes y, no digamos ya, para las masas obreras que los 17 diputados del PCE decían representar.

Pero en Moscú no daban puntada sin hilo. En España sí que había trotskistas. Un año antes el POUM, una diminuta formación comunista radicada en Barcelona, había solicitado formalmente a las autoridades el traslado de Leon Trotski a España. La historia había pasado desapercibida para los comunistas españoles, pero no para Stalin, que, engolfado en la enésima purga interna, no quitaba ojo a su antagonista favorito, a quien suponía en una perpetua conspiración para derrocarle.

Para colmo de males el POUM —acrónimo de Partido Obrero de

Unificación Marxista—, dirigido por Andreu Nin, había osado poner en duda públicamente los métodos de Stalin durante el primer gran proceso que, por aquellas mismas fechas, se estaba celebrando en Moscú. De no haber estallado la guerra civil el 18 de julio todo esto sería intrascendente. En un país más o menos democrático como era la República hasta su secuestro por los comunistas, las posibilidades de eliminar al POUM y acabar con su líder eran remotas. Pero la guerra estalló y los acontecimientos se aceleraron.

Conocedor de su debilidad, Díaz fijó como prioridad aislar al POUM de

cualquier órgano de decisión. Sólo tenía un diputado en Cortes, Joaquín Maurín, a quien el alzamiento militar había sorprendido en Galicia, una región donde los nacionales se impusieron desde el primer día. Con Maurín fuera de juego en una prisión franquista, sólo quedaba Nin para soportar la acometida de sus «hermanos de sangre».

La campaña difamatoria fue intensa. Se acusó a los poumistas de trabajar secretamente para Franco y de calumniar a la URSS, que empezaba a ser la fuente de toda la legitimidad en la zona republicana. Nin había sido nombrado consejero de Justicia de la Generalidad

de Cataluña, cargo que perdió en diciembre a instancias del PCE. El Gobierno tenía que escoger: o Nin, o el suministro de armas de la Unión Soviética. Lógicamente, Nin fue sacrificado.

A partir de ese momento el cerco fue cerrándose. La emisora de radio del POUM y su periódico *La Batalla* fueron hostigados sin pausa y más tarde clausurados a la fuerza. Difundieron la especie de que sus militantes espiaban para los nacionales y acusaron a los milicianos del partido que luchaban en el frente de colaborar con el enemigo. Todo, naturalmente, eran insidias sin

ningún fundamento. Tanto Nin como su menguante y asediada tropa eran comunistas ejemplares cuyo único pecado era no rendirse a los dictados de Moscú. El POUM resistió la primera embestida, se organizaron grupos de autodefensa y su líder se colocó bajo las faldas del Gobierno. Para finales de abril lo más duro de la crisis ya parecía haber pasado, pero no, lo peor estaba por llegar.

El 3 de mayo de 1937 un batallón de guardias de asalto tomó el edificio de la Telefónica en Barcelona que se encontraba bajo control de milicias de la CNT y la UGT. Era el aperitivo para

una purga al soviético modo. Tres días después la ofensiva contra los disidentes se recrudeció. Todo aquel que no mostrase su adhesión inquebrantable al PCE era fusilado en el acto o trasladado a una cheka, infames centros de detención, tortura y ejecución que proliferaron como hongos en la España republicana.

El POUM estaba en el punto de mira, es más, se trataba del plato principal de toda la campaña de intimidación orquestada por el PCE a instancias de Alexander Orlov, enlace de la NKVD en España. Pero antes había que deshacerse de un obstáculo:

Francisco Largo Caballero, socialista que ostentaba desde septiembre del 36 la presidencia del Gobierno. Largo se negaba a ilegalizar POUM y sin ese decreto los comunistas poco más podían hacer que intensificar la campaña de desprestigio y organizar antiestéticas algaradas callejeras.

El 15 de mayo Largo fue obligado a dimitir después de que los comunistas le echasen en cara los disturbios de Barcelona que el propio PCE había instigado y capitaneado. Pero el partido de José Díaz no tenía suficiente envergadura para hacerse con el poder, un movimiento, por lo demás, que no

hubiese sentado demasiado bien en las cancillerías de Europa occidental, así que buscaron a un hombre de paja en el PSOE, vencedor de las elecciones de febrero. Se trataba de Juan Negrín, un médico canario del ala prietista, el perfecto tonto útil para vender en el extranjero una república burguesa y moderada que había dejado de existir mucho tiempo antes.

Negrín actuó como estaba previsto. Semanas después de ser nombrado ilegalizó al POUM desatando una caza de brujas que se cobró centenares de víctimas. Al reputado anarquista italiano Camillo Bernieri le enviaron un pelotón

de doce hombres que lo acribillaron a balazos sin mediar palabra. Lo mismo le sucedió al austriaco Kurt Landau y a los alemanes Hans Freund y Erwin Wolf, este último ex secretario personal de Trotski. Durante el verano del 37 ser simpatizante del POUM era sinónimo de arresto, ser militante, un pasaporte directo al hoyo. George Orwell, a la sazón voluntario en una columna del POUM, lo retrató todo y a todos en su libro *Homenaje a Cataluña*.

Nin era el premio gordo. Desposeído de la consejería de Justicia, fue apresado y trasladado al interior del país, a Alcalá de Henares, donde los

comisarios soviéticos tenían preparado un plan idéntico a los que se aplicaban en la URSS a los altos cargos a quienes se pretendía purgar. Para consumar la farsa y para que los dirigentes comunistas tuviesen una coartada con la que responder las preguntas incómodas que les harían los miembros del Gobierno, era necesaria una confesión autoinculpatoria.

El secretario del POUM, que oficialmente se encontraba desaparecido, fue sometido a una batería de espeluznantes torturas para que cantase. El encargado de todo el proceso fue el Orlov en persona que,

días antes, se había reunido con el comité central del PCE para informar a sus vasallos españoles de lo inevitable de aquella intervención quirúrgica. Esos vasallos eran Dolores Ibárruri, conocida como La Pasionaria, y Pedro Checa.

Como buenos comunistas, lo tenían todo planificado menos la inquebrantable voluntad del reo. Fue primero privado de sueño y obligado a estar de pie durante días. Orlov y sus hombres le practicaron interrogatorios de hasta cuarenta horas ininterrumpidas. Pero Nin seguía sin firmar la confesión que le habían preparado. Pasaron entonces a la siguiente fase, la tortura

física en la más dolorosa de sus variedades: el desollamiento. Nin no se doblegó y a Orlov no le quedó otra que asesinarle a golpes con una llave inglesa para luego enterrar el cadáver en una cuneta de la carretera que va de La Roda a Albacete.

La República y, especialmente, el Partido Comunista corrieron un tupido velo sobre el asunto. Dijeron a la opinión pública que Nin se había pasado al otro bando, versión que apoyaron con una fantasiosa historia inventada por Orlov según la cual un comando de la Gestapo había liberado al traidor para ponerlo a salvo en la zona nacional.

Mientras, organizaron un proceso moscovita contra los miembros del POUM del que todos salieron condenados.

Se cerraba así un círculo que había empezado a trazarse un año antes con una simple nota de la Comintern. Todos los ingredientes del bolchevismo se dieron cita en esta truculenta historia, una auténtica guerra civil dentro de otra guerra civil, que encierra la esencia misma del comunismo en su máxima pureza.

Katyn

EL 17 de septiembre de 1939 el Ejército Rojo dio comienzo a su Danzig particular invadiendo a sangre y fuego el este de Polonia. La parte del país que los alemanes habían respetado y que, por eso mismo, se había convertido durante las tres primeras semanas de la invasión en lugar de refugio para los restos del ejército polaco. Pretendían los muy ilusos reorganizarse en los bosques de la Pequeña Polonia, en torno a Bialystok y

Lemberg, para emprender desde allí el contraataque. No hubo ocasión. La nación polaca sucumbió miserablemente aplastada entre nazis y soviéticos, representantes preclaros de las dos ideologías más perversas que ha parido el alma humana.

La ofensiva rusa fue acorde al tamaño del país. Stalin, que no estaba para sorpresas, envió dos gigantescos ejércitos formados por casi un millón de hombres a cobrarse la presa. La conquista fue coser y cantar. Emparedados entre los cuatro generales; Bock y Rundstedt por parte alemana y Kovalev y Timoshenko por parte

soviética, los polacos se rindieron en los dos frentes. La derrota, bochornosa por absoluta e inesperada, fue solo el anticipo de la humillación que estaba por llegar.

En el oeste, los alemanes crearon el llamado Gobierno General, a cuyo frente situaron a Hans Frank, aristócrata nazi de la primera hora y abogado personal de Hitler. Bajo su mando las principales ciudades de la ya extinta república polaca se convirtieron en el escenario, frecuentemente improvisado, de las mayores atrocidades de la guerra que acababa de empezar. Los alemanes con Frank como director de orquesta

aspiraban a incorporar Polonia al Reich. Pero antes había que germanizarla. Los judíos, transformados en pestilentes ratas por la propaganda nazi, debían desaparecer. Los polacos, por su parte, en tanto que raza inferior pero no abominable, habrían de resignarse a servir como esclavos de sus nuevos amos alemanes por toda la eternidad.

Los soviéticos no disfrutaban de un plan tan bien delimitado. De hecho, no disponían siquiera de un plan digno de tal nombre. Se conformaban con anexionarse sin más el trocito de Polonia que Hitler había tenido a bien dejarles implantando, de paso, su odioso

y liberticida régimen en los territorios conquistados. Éstos consistían en una franja de varios cientos de kilómetros, desde Lituania hasta Rumania, poblada por cerca de 13 millones de habitantes. Para Moscú la invasión no había sido tal pues consideraba toda la región propiedad suya enajenada tras la Guerra del 14. Por esa razón hasta el nombre de Polonia fue borrado de los mapas y su zona de ocupación se integró a dos repúblicas soviéticas ya existentes: el norte a la de Bielorrusia y el sur a la de Ucrania.

Reorganizado administrativamente el botín, Stalin dio órdenes de sovietizarlo

a marchas forzadas. La propiedad privada quedó abolida y los pueblos y aldeas se llenaron de comisarios del pueblo, agentes de la Checa y consejos de soviets teledirigidos desde Moscú. El recetario íntegro del comunismo cuando se pone a gobernar: confiscaciones, detenciones nocturnas, delaciones anónimas, trenes de ganado para las deportaciones en masa, ejecuciones sumarias… y silencio, toneladas de ese silencio que nace del miedo. En los dos años de ocupación soviética se produjeron 100.000 arrestos y más de 300.000 personas fueron deportadas, la mitad de ellas

murieron.

Para transformar un país rápidamente sin necesidad de esperar una generación, es preciso privarlo de sus principales cabezas, de todos los que, en un momento dado, pueden resistirse o rearmar moral e ideológicamente a la sociedad. En la Polonia soviética esas cabezas eran los oficiales del ejército apresados durante la rendición y los presuntos contrarrevolucionarios que habían sido detenidos en los pueblos por los agentes de la NKDV. Eran más de 20.000, de todas las edades y oficios, el último reducto de lo que un día había sido la

Polonia libre.

En un principio las autoridades rusas no sabían muy bien que hacer con ellos. Si los liberaba, aunque fuese a los de menor graduación, podrían reconstruir y acaudillar células aisladas de resistencia. Si los traspasaba al Gobierno General nazi cabía la posibilidad de que, en un futuro, se revolviesen contra sus antiguos captores animados por sus aliados de ocasión. Si los liquidaba se enfrentaba al siempre incómodo qué dirán. Stalin y su banda; la de los Beria, los Kaganovich, los Molotov, los Mikoyan y los Voroshilov, optaron, como era previsible en ellos,

por la peor pero la más revolucionaria opción: ejecutarlos uno a uno al borde de una fosa común.

Después de tenerlos durante meses en diferentes campos de concentración, a principios de marzo de 1940 Lavrenti Beria, un comunista fanático, asesino en serie dedicado a la política y a las perversiones sexuales más repugnantes, transmitió la orden para que todos los «nacionalistas y contrarrevolucionarios» polacos, enemigos necesarios del proletariado, fuesen ejecutados con la mayor brevedad posible. La máquina de matar soviética, engrasada ya con la sangre de millones de víctimas, se puso

en marcha.

La masacre se llevó a cabo al estilo ruso que, a diferencia del alemán, era mucho más desarreglado y caótico. Nadie había previsto el modo de asesinar a 20.000 personas de una tacada, así que hicieron lo que otras veces. Buscaron un bosque apartado e hicieron excavar unas fosas comunes cerca de la línea férrea que comunica Minsk con Moscú, en las inmediaciones de Smolensk. La macabra operación se llevó a cabo discretamente. Los trenes llegaban de noche al bosque de Katyn, se bajaba a los prisioneros, se les despojaba en una caseta de sus

pertenencias de valor y se les conducía en camionetas hasta el interior del bosque. Allí, junto a la fosa se sacaba uno a uno a los presos y, mientras dos soldados soviéticos les sujetaban, otro por detrás les descerrajaba un único y mortal tiro en la nuca. Así 22.000 veces, 22.000 balas, 22.000 paseos de la camioneta a la fosa. Escalofriante.

El crimen permaneció en secreto hasta que los alemanes invadieron la URSS. Se cuenta que los jerarcas nazis supieron de las ejecuciones en el momento de producirse y cuando, tres años más tarde, necesitaron un buen golpe propagandístico para ganarse la

simpatía de Occidente, buscaron las fosas y las desenterraron. Es sólo una hipótesis, el hecho es que, lo conocieran o no previamente, en abril de 1943 Goebbels anunció al mundo vía Radio Berlín el hallazgo fortuito de la Wehrmacht. Acudió la Cruz Roja y fotografió el horror, un cura católico traído desde Cracovia celebró una misa de difuntos y se imprimieron carteles conmemorativos sobre el que ya se conocía como «bosque de los muertos» que se repartieron por toda la Europa ocupada. Polonia se estremeció, sus soldados perdidos, sus padres, hijos y esposos, habían aparecido bajo tierra

con el cráneo agujereado en un desangelado bosque ruso junto a la carretera de Moscú.

La conmoción duró poco tiempo. A lo largo de 1944 los soviéticos invadieron el resto de Polonia —decir que la liberaron es una ironía de mal gusto— impusieron primero la versión inversa y a luego el silencio. Katyn era cierto pero habían sido los alemanes los responsables de la matanza. Punto. Para apuntalar su versión y hacerla más creíble buscaron un chivo expiatorio, un tal Arno Diere, que fue juzgado en Leningrado después de la guerra y condenado a trabajos forzados. En

Polonia investigar sobre Katyn quedó proscrito y los que trataron de averiguar la verdad se las tuvieron que ver con la policía política.

Al final, exactamente medio siglo después de la masacre, en la primavera de 1990 el Gobierno de Mijail Gorbachov reconoció la culpa, lamentándolo y pidiendo perdón a Polonia. Los documentos desclasificados de la KGB en 1991 y 1992 hicieron el resto. Con mucho retraso e incontables sufrimientos ha prevalecido la verdad, requisito siempre ineludible para que triunfe la Justicia.

Rebelión en el Gulag

EN la larga y criminal historia del Gulag sólo se produjo un gran motín, que además fracasó dejando solo 19 supervivientes de los más de 100 que lo protagonizaron. Tuvo lugar en 1942, en Lesoreid, un subcampo del terrorífico complejo de trabajo esclavo de Vorkutá durante los meses en los que el Ejército Rojo se batía en retirada por el avance alemán. La Wehrmacht nunca llegó hasta allí, pero un grupo de prisioneros, alentados por esa posibilidad, se echó la

manta a la cabeza y se rebeló contra sus carceleros.

Se la conoce como la rebelión de Ust-Usa, por el pequeño pueblo siberiano donde los rebeldes trataron, en vano, de refugiarse tras la fuga del campo de concentración, una prisión forestal donde los prisioneros se dejaban la vida talando árboles en condiciones brutales a cambio de un plato de gachas. No fue la primera ni la única evasión de un Gulag, pero sí la que más aterrorizó a las autoridades soviéticas. Los prófugos ni se dispersaron ni se escondieron en la taiga, muy al contrario, se armaron y

plantaron cara a las milicias del NKVD.

El cerebro del levantamiento fue un prisionero común, Mark Retyunin, condenado a trabajo forzado tras haber robado un banco. Cuando se produjo la rebelión llevaba diez años en Siberia y gozaba de una situación relativamente privilegiada dentro del campo. Los guardias le apreciaban y le habían encomendado la labor de dirigir las cuadrillas de trabajadores. Retyunin era de los pocos presos comunes que se dejaban la vida en los bosques, casi todos sus compañeros de presidio eran presos políticos provenientes de la Rusia occidental y condenados a la

reeducación por la vía del trabajo.

Los políticos eran la peor categoría de presos posible en un Gulag. Los capitostes del sistema de campos les asignaban los peores trabajos en los campos más insufribles, los situados por encima del círculo polar ártico, un lugar donde la esperanza de vida se cifraba en meses. En invierno la temperatura bajaba hasta los 30°C bajo cero y una oscuridad penetrante que duraba varios meses se ceñía sobre la región. En verano la tundra se convertía en un intransitable cenagal plagado de insectos. En sitios así las alambradas no eran necesarias porque, simplemente, no

había posibilidad de escapar con vida.

Retyunin, sin embargo, tenía un plan que, a pesar de su buena disposición para con los amos, había ido madurando con los años. Primero liquidaría a los guardias rojos apoderándose de sus armas, luego tomaría el cercano pueblo de Ust-Usa y allí se atrincheraría con el resto de presos. En aquellas condiciones el ejército no podría intervenir porque se encontraba en plena desbandada, además, su plan era rebelarse en pleno invierno, cuando las comunicaciones de Ust-Usa con el resto de Rusia quedaban interrumpidas.

La noticia del levantamiento no

tardaría en ir saltando de campo en campo a través del inmenso archipiélago de Vorkutá. Como había muchos más prisioneros que guardias era una cuestión de tiempo que toda la provincia de Komi se declarase en rebeldía sin que Moscú, sitiada por los alemanes, pudiese hacer nada para impedirlo.

El 24 de enero dio comienzo la rebelión. Se eligió ese día porque caía en sábado y los guardias acostumbraban a bañarse todos juntos en un barracón. Uno de los conjurados, un chino de nombre Lu-Fa que trabajaba en los baños, cerró la puerta y avisó al resto para que se hiciesen con las armas y los

uniformes, que incluían botas de invierno sin las cuales era impensable adentrarse en la taiga. Retyunin coordinó la operación. Ya debidamente armado asaltó el almacén principal y se hizo con provisiones y munición. Una hora después el campo de Lesoreid había caído. La mitad de los prisioneros, unos cien, se unieron al motín.

El grupo caminó hasta Ust-Usa. Una vez allí tomaron la estafeta de correos —donde se encontraba la estación de radio— y cortaron las comunicaciones. Ese fue el primer error que cometieron. Acto seguido tomaron al asalto la cárcel del pueblo y liberaron a sus prisioneros

después de matar a los guardias que la custodiaban. Ese fue el segundo error. Quedaba por apresar el cuartel de la milicia, bien pertrechada y cuyos miembros sabían que, de rendirse, lo que les esperaba era un tiro en la nuca. Los milicianos resistieron toda la noche en una batalla que se cobró varias víctimas mortales entre los amotinados. Los rebeldes carecían de artillería y no eran suficientes para copar el cuartel y tomarlo al asalto.

Los aldeanos, espantados por la fiereza de los rebeldes y temerosos de la reacción de la Cheka, huyeron al bosque y avisaron a las autoridades desde una

emisora que el ejército tenía escondida en el bosque. Una vez al corriente de lo sucedido la NKVD puso toda la carne en el asador y envió un nutrido contingente militar para retomar Ust-Usa. Retyunin ordenó abandonar el pueblo y buscar refugio en el bosque. Los rebeldes llegaron a un pequeño asentamiento maderero equipado con radio donde se enteraron de que la milicia les seguía los pasos. Se internaron de nuevo en la taiga y buscaron refugio en una granja de caribúes.

El NKVD les encontró allí tres días después. Se produjo entonces un sangriento duelo entre los abetos

nevados. Una treintena de insurrectos consiguieron salir con vida del enfrentamiento con los milicianos, que llegaban en manadas, bien comidos y provistos de munición. La única opción era internarse aún más en los bosques congelados, donde tendrían alguna oportunidad de sobrevivir, aunque fuese comiéndose los unos a los otros, como solía ocurrir en ciertas fugas de los campos siberianos. La técnica consistía en formar un grupo de tres para escaparse. Uno de ellos, sin saberlo, sería la comida de los otros dos. En el argot del Gulag al tercer hombre se le llamaba «suministro andante». Así de

brutal e inhumano llegó a ser el paraíso comunista soviético.

Los supervivientes de la sublevación de Lesoreid consiguieron esquivar a los milicianos durante meses e incluso ganaron nuevos adeptos huidos de los campos, pero las fuerzas flaqueaban y el cerco se estrechaba. Con la llegada de la primavera la NKVD redobló sus esfuerzos llenando la región de Vorkutá de hombres armados con la orden de disparar. Durante días fueron abatiéndolos uno a uno como animales. Si los cogían con vida los milicianos se entretenían mutilándolos hasta la muerte y luego los ponían en piras de leña y les

metían fuego.

Con la idea de obtener información, los agentes de la Cheka ordenaron capturar vivos a algunos. Los detenidos fueron sometidos a meses de torturas y eternos interrogatorios que solían terminar en el paredón. En agosto la rebelión se dio por sofocada. El que la originó, Mark Retyunin, se suicidó de un tiro en la sien antes de entregarse. El resto murieron de hambre, frío y privaciones en la taiga o fueron presa de los milicianos. Sólo sobrevivieron 19, que fueron machacados en las celdas de castigo y luego enviados de vuelta a los campos, donde morirían poco después.

Ninguno vivió para contarlo. No se supo nada de la rebelión de Ust-Usa hasta la desclasificación de los archivos de la KGB medio siglo más tarde. Casi nadie ha mostrado interés en esta increíble historia de heroísmo y lucha por la libertad. Los rusos, con toda lógica, se avergüenzan de episodios como este. Los occidentales miramos para otro lado no vaya a ser que se ponga en duda la honorabilidad de la hoz y el martillo, símbolo imperecedero del crimen de Estado, el culto a la ideología y el asesinato premeditado y sistemático de gente inocente. Una amnesia colectiva que hace buena

aquella respuesta que el infame Bertolt Brecht le dio al filósofo Sydney Hook: «cuanto más inocentes son, más merecen morir».

Las fotos que nunca existieron

LA primera misión de un tirano es reinventarse la historia y adaptar el pasado al presente. Durante siglos la reinvención sistemática de los hechos pasados funcionó a la perfección. Borrar a alguien de la memoria colectiva no era demasiado complicado. Bastaba con destruir sus representaciones artísticas y retirar su nombre de las crónicas. Luego ya el tiempo se encargaría del resto.

Esto fue así hasta, exactamente, mediado el siglo XIX, cuando una revolucionaria técnica permitió capturar imágenes, fijarlas de manera fiel e indeleble, copiarlas infinitas veces y distribuirlas en cantidades nunca antes vistas. Esta técnica es la fotografía. Las tiranías del siglo XX sacaron gran provecho de ella, pero, como todo paraíso tiene su serpiente, las mismas fotos con las que la propaganda oficial hacía de las suyas, se volvían contra el Gobierno cuando alguno de los retratados a perpetuidad caía en desgracia.

Caer en desgracia era algo bastante

común en la Rusia soviética, sobre todo en los aciagos tiempos de Stalin. Aunque caídos y malditos, las fotografías de los desdichados seguían ahí, generalmente acompañados por sus antiguos camaradas devenidos súbitamente en verdugos. La perdurabilidad de las fotografías se convirtió en todo un problema de Estado que, por órdenes directas del Kremlin, hubieron de resolver los mejores fotógrafos del país. El líder quería conservar la foto, pero purgada —y nunca mejor traído un participio— de los elementos molestos.

Retocar fotografías en aquellos

tiempos no era tan sencillo como se nos puede antojar hoy, acostumbrados como estamos a la inmediatez de la fotografía digital y la magia de los programas informáticos de edición de imágenes. Quitar a una persona de un positivo llevaba semanas, a veces meses, de arduo trabajo de laboratorio. Requería, asimismo, que a la faena contribuyesen diestros dibujantes que reconstruyeran la zona recortada hasta lograr que nadie notase que ahí faltaba alguien. Los fotógrafos soviéticos, azuzados por la necesidad, se convirtieron de este modo en auténticos amos del retoque.

La primera víctima fotográfica del

régimen fue, como no podía ser de otra manera, Leon Trotski. El padre del Ejército Rojo había contribuido de tal manera a la revolución que su imagen estaba por todas partes. Los retratos exentos y las fotografías en las que no salían ni Lenin ni Stalin fueron retiradas de la circulación y su posesión —y no digamos ya exhibición— significaba arresto y tormento en las dependencias de la Cheka. Pero ¿qué pasaba con las otras que, además, eran muy numerosas?

A Stalin no se le ocurrió mejor idea que modificarlas, y así lo transmitió a sus fotógrafos de cámara. Todas las fotos en las que Trotski aparecía junto a

Lenin fueron debidamente expurgadas del inquilino incómodo que nunca debió estar ahí. Muchas de esas fotos habían salido de Rusia para ser publicadas en periódicos extranjeros. Tan lejos Stalin no podía llegar, pero eso no le importaba por la simple razón de que sus súbditos jamás tendrían la oportunidad de leer nada publicado fuera de la Unión Soviética.

Al vozhd sólo le interesaba lo que podía verse de puertas adentro, de manera que el asesinato fotográfico de Trotski se perpetro muchos años antes que su asesinato físico. En los años treinta encontrar una foto de Trotski en

la URSS era más difícil que hallar una aguja en un pajar. Semejante éxito inspiró a Stalin su siguiente gesta de laboratorio: sacar del álbum de la gran familia soviética a todos los afectados de la Gran Purga.

Uno a uno fueron cayéndose de las fotos como poco antes lo habían hecho de la nomenclatura. Salir retratado junto a alguno de ellos era motivo de sospecha y antesala de la detención, así que muchos echaban al fuego álbumes completos de fotografías comprometedoras. Fue el caso de Lev Kamenev, ajusticiado en 1936 después de un juicio amañado. Kamenev lo había

sido todo en la revolución. Bolchevique de la primera hora, era presidente del Politburó y había ejercido como primer jefe de Estado de la Rusia soviética tras consumarse el golpe de Octubre.

El fusilamiento de Kamenev desató el pánico fotográfico. Aunque ya estuviese muerto, nadie quería una foto con él. Pero, caprichos de la historia, el ángel purgado había compartido fotos con el mismísimo Lenin, elevado a los altares y que ya poco podía hacer para salvaguardar su buen nombre. Stalin resolvió que Kamenev desapareciese por completo de la historia oficial. Se llegó al extremo que fotos ya retocadas

de Kamenev en las que se había retirado a Trotski hubieron de pasar nuevamente por el laboratorio para suprimir quirúrgicamente la efigie del maldito.

La fotográfica era quizá la más dura de las condenas porque presagiaba lo peor. Situarse al nivel del Trotski, enemigo público número uno, implicaba que la ira del padrecito se abatiría implacable sobre la familia que, por el bien de la revolución, tenía también que desaparecer de la faz de la tierra. La mujer de Kamenev fue ejecutada, así como sus dos hijos mayores. El menor, que aun era un niño, fue deportado y condenado de por vida en un campo de

trabajos forzados. Kamenev, su imagen y toda su estirpe se desvanecieron en la bruma de la historia. No es que hubiesen sido unos traidores es que, simplemente, nunca habían existido.

El destino de Kamenev pronto lo compartieron muchos de los camaradas que le buscaron la ruina mediante intrigas y acusaciones falsas. El caso más famoso fue el de Nikolai Yezhov, comisario del Interior, director del NKVD y miembro del Presidium supremo. A Yezhov le dieron el tiro de gracia en 1940 después de que éste hubiese participado activamente en la purga de todos los altos cargos durante

los años anteriores. El muerto al hoyo y los fotógrafos al laboratorio.

Las primeras en ser tratadas eran siempre las que tenían a Stalin como protagonista. Había una foto muy célebre en la que aparecía el amo acompañado de Yezhov paseando junto a las obras del canal Moscú-Volga. Yezhov, de baja estatura, camina satisfecho y sonriente con las manos a la espalda. A su derecha el líder y más allá Voroshilov y Molotov vestido de civil. Esta fotografía, que se había utilizado profusamente con fines propagandísticos, fue declarada no apta para el pueblo y luego debidamente

manipulada. Yezhov, entonces responsable de la construcción del canal como comisario de aguas, se evaporó de la escena. Los fotógrafos reconstruyeron la parte del murete y la porción del canal que tapaba Yezhov con su cuerpo. Conclusión: el comisario de aguas, cuyas cenizas reposaban para siempre en el fondo de una fosa común del cementerio moscovita de Donskoi, nunca estuvo allí.

La costumbre de retocar fotos echó fuertes raíces en la prensa soviética, cuyos directores se valían de esta sofisticada técnica de un modo sistemático. Si se podía reinventar el

pasado, ¿por qué no hacerlo con el presente? Hasta la caída del imperio rojo las fotos oficiales tenían más de cuadro que de fotografía. Se podía, además, conseguir que un hecho trágico o luctuoso nunca hubiese ocurrido. En 1961 murió en un accidente mientras entrenaba uno de los primeros astronautas del programa espacial soviético. Se llamaba Valentin Bodarenko y, lejos de comunicárselo al país y rendirle los honores pertinentes, las autoridades ocultaron el suceso y lo borraron de todas las fotografías en las que aparecía con el resto de astronautas, entre los que se encontraba Yuri

Gagarin.

Las fotos perdidas fueron saliendo a la luz tras el colapso del experimento soviético. Los rusos, víctimas involuntarias de todo aquel disparate, asistieron impávidos a como una parte de su historia iba tomando forma sobre el papel fotográfico. La verdad, por una vez, se impuso sobre la barbarie de un sistema cuyo pilar más principal era el imperio absoluto de la mentira.

El ferrocarril a ninguna parte

TRAS la inesperada y aplastante victoria soviética en la guerra mundial, Stalin salió refortalecido y con un extra de crédito internacional en la cartera. El mundo entero le aclamaba y dentro del campo socialista su adoración adquirió tintes casi místicos. Incluso los capitalistas caían rendidos ante su genio y valentía que, combinados con el heroísmo del pueblo soviético,

habían obrado el milagro de parar los pies a Hitler.

Las imágenes de los soldados del Ejército Rojo izando la bandera roja sobre las humeantes ruinas del Reichstag eran todo un símbolo. Con gestas de ese calibre el comunismo se terminaría imponiendo en todo el planeta. Era algo inevitable. Más tarde o más temprano el ejemplo ruso alumbraría a todas las naciones del orbe. Stalin, conocido como el «padrecito» por los socialistas del mundo, marcaba la senda a seguir. Los partidos comunistas, más crecidos que nunca antes, harían el resto.

Poco importaba que la victoria

sobre la Alemania nazi hubiese costado 20 millones de vidas, muchas entregadas inútilmente, que la guerra la hubiera ganado realmente el capitalismo americano, o que la URSS fuese el país más tiránico de la Tierra. La inquebrantable voluntad del líder había triunfado y eso dio al inquilino del Kremlin renovados bríos para apretar dos agujeritos más en el cinturón de sus súbditos. El país estaba devastado pero nadie osaba ni de lejos a oponerse al caudillaje mesiánico del georgiano, libre ahora de todas las cuitas de imagen exterior que le habían atormentado durante sus tres primeros lustros al

frente del Gobierno soviético.

Los rusos no tenían pan pero sí una cantidad considerable de presos de guerra —muchos de ellos alemanes— a los que urgía reubicar en tareas aproximadamente productivas. En la mentalidad de Stalin eso significaba campo de concentración y obras faraónicas. Tras la epopeya proletaria del canal del mar Blanco que tan buena prensa le había proporcionado, ordenó a la oficina del Gulag en Moscú que trazase un plan de grandes proyectos sólo realizables con cantidades ingentes de mano de obra esclava.

Los funcionarios concibieron un plan

ambiciosísimo que incluía varios canales, —algunos muy esperados como el que uniría los ríos Don y Volga—, megacentrales eléctricas, grandes carreteras y algunas líneas de ferrocarril. Entre estas últimas existía una que le tenía especialmente obsesionado: la del norte de Siberia. Una especie de transiberiano septentrional que correría paralelo a las siempre congeladas costas del océano Ártico. Cualquier ingeniero en sus cabales hubiese desaconsejado construir allí, tan al norte, otra estructura que no fuese una cabaña de madera, pero Stalin era testarudo, quería su ferrocarril polar,

y lo quería antes de morirse.

La cuestión era complicada porque el «padrecito» tenía ya casi setenta años y una salud muy machacada por la mala vida, las preocupaciones, las noches sin dormir, el tabaco y el trasiego de botellas de vodka en su dormitorio. Probablemente sospechaba que, tirando largo, no le quedaban más de veinte años de vida, así que aceleró los trámites para el ferrocarril del norte que, en una primera fase iba a ir de Salejard, en la desembocadura del río Obi, a Igarka, en el curso del río Yenisei. En total 1300 kilómetros a través de la tundra más inhóspita que se

pueda imaginar.

Aparte de las dificultades técnicas, la línea no tenía justificación económica más allá de la que los burócratas pronto le buscaron para alimentar la propaganda. Decían que iba a llevar el desarrollo industrial hasta los confines del país que, en el caso de Rusia, son los del globo. El camino de hierro permitiría la creación de nuevos polos industriales y abriría el Ártico central a los convoyes venidos desde el oeste. Nada de eso era necesario. En aquellas latitudes no había más pobladores que los condenados al gulag, y nadie quería mudarse allí, al menos por voluntad

propia. El clima de esa zona de Siberia es tan extremado que no crecen ni las coníferas. Los inviernos son largos, los veranos insignificantes y la tierra no se puede cultivar porque permanece helada en forma de permafrost todo el año.

Pero a los designios de Stalin nada ni nadie se oponía. En el verano de 1949 dieron comienzo las obras atacando desde los dos extremos de la línea. Desde Salejard partió el llamado «Ferrocarril 501», desde Igarka el «Ferrocarril 503». La idea era que se encontrasen en la mitad del camino. A cada uno de los ferrocarriles se le asignaron 50.000 trabajadores traídos al

efecto desde los campos cercanos.

Nada más empezar se toparon con el primer imprevisto. Por falta de materiales y de tecnología adecuada era imposible cruzar los ríos Obi y Yenisei. Para ambos hacía falta tender puentes de más de dos kilómetros de largo con pilares cimentados sobre el profundo lecho fluvial. En espera de encontrar una mejor solución los sustituyeron con transbordadores y continuaron por la tundra. Las condiciones de vida de los trabajadores eran infrahumanas. Los presos caían como chinches víctimas del hambre, las enfermedades y el esfuerzo. Pero ese no era el factor que más

preocupaba a los burócratas de Moscú, sino el tiempo. Stalin quería resultados rápidos para inaugurar cuanto antes la línea a bordo de un lujoso tren y vender luego la proeza al mundo en los noticieros de los cines.

Los ingenieros se las veían y se las deseaban. La tundra es una de las superficies más inestables que existen. La capa superior se funde en los meses estivales formando pantanos que deshacían el tendido, lo que obligaba a reconstruirlo constantemente. Los materiales de obra escaseaban. Las acerías del plan quinquenal no producían suficientes vías pero, como el

ferrocarril de Igarka era una obra prioritaria, se arrancaron raíles en mal estado de otras partes de la URSS y fueron enviadas hasta Siberia, donde eran soldadas de nuevo las unas a las otras sobre el permafrost.

Tramos enteros quedaban paralizados durante meses por problemas logísticos, falta de maquinaria, o porque las epidemias propias de las zonas pantanosas infestadas de mosquitos acababan con partidas enteras de trabajadores. Luego, cuando la noche perpetua del largo invierno ártico se echaba encima las obras tenían que parar de golpe. Todos,

empezando por los jerarcas del Gulag y terminando por el último preso de guerra alemán aquejado de difteria, sabían que aquello era absurdo, que levantaban una vía férrea que conducía a ninguna parte. Jamás se terminaría, y si lo hacía difícilmente tren alguno podría circular por ella.

En el invierno de 1953 las obras afrontaban su cuarto año y sólo se había construido la mitad del trayecto, unos 650 kilómetros de vía única en un rincón olvidado del polo norte. Entonces, el 5 de marzo de aquel año, sucedió un milagro. El padre Stalin, Koba el temible, murió en su dacha de Kuntsevo.

Mientras sus deudos del Partido se apresuraban a beatificarle pública y ruidosamente, en algún despacho de la dirección general de campos se suspendió la construcción del ferrocarril de Igarka. Nadie, ni los más fieles cortesanos del zar rojo, se quejó.

Los supervivientes fueron devueltos a los gulags de los que habían salido años antes. De las víctimas nadie se acordó. No se tomaron ni el trabajo de contarlas. Habían sido miles, muchos miles, un insignificante cero más a sumar a la inmensa carnicería que, durante los últimos años de Stalin, se perpetró en los campos soviéticos a

mayor gloria del comunismo.

La infraestructura: sus vías, estaciones, locomotoras y puestos de abastecimiento quedaron allí, silenciosos, como testigos mudos de la estupidez congénita del homo sovieticus. La obra había costado cerca de 10.000 millones de dólares en un país que pasaba hambre y cuyos habitantes se hacinaban en cabañas y edificios semiderruidos que aún se lamían las heridas de la guerra. Nunca circuló un solo tren por el ferrocarril 501, el último capricho criminal de Stalin.

Lysenko y la biología proletaria

EN 1928 Stalin, que ya se había hecho con el control absoluto de la recién nacida URSS, dio un discurso en el que advirtió a sus conmilitones del Partido que la Unión Soviética arrastraba un retraso de entre 50 y 100 años con respecto a las potencias occidentales.

Si Rusia no avanzaba deprisa muy pronto sería invadida y el Gobierno

bolchevique derrocado, a lo que le sucedería la más que probable restauración de la odiada monarquía. La confederación necesitaba abandonar cuanto antes su condición de país rural productor de materias primas baratas y sin elaborar. Tenía también, tal y como había prometido Lenin, que electrificarse y aumentar la producción agrícola hasta convertir la república de los soviets en un país autosuficiente que no necesitase para nada el mercado, ni siquiera el externo.

La primera víctima de aquel discurso fue la Nueva Política Económica de Lenin, que permitía, con

grandes restricciones, la pervivencia de pequeñas explotaciones y una pizca de libertad de comercio. La segunda fue el campesinado soviético, obligado desde aquel momento a colectivizarse a la fuerza en granjas estatales sometidas a las cuotas del plan quinquenal.

Lo cierto es que nadie quería ser colectivizado. Los pequeños campesinos porque ya tenían su parcela con la que, mejor o peor, sobrevivían. Los jornaleros porque aspiraban a tenerla. Sabían que, cuanto más trabajasen, más probabilidades tendrían de mejorar sus condiciones de vida. A esos, por lo demás, siempre les había quedado la

válvula de escape de las ciudades, donde poder empezar desde cero una nueva vida a la sombra de la industria o los servicios.

Existía, además, la sospecha generalizada de que esas explotaciones estatales iban a ser muy ineficientes dado el bajo nivel de capitalización de la economía soviética y las condiciones de semiesclavitud en las que habría que trabajar en ellas. Entonces, como caído del cielo, apareció un joven jardinero ucraniano destinado en una estación agrícola de Azerbaiyán. Se llamaba Trofim Lysenko y decía haber encontrado el modo de obtener

milagrosas cosechas en invierno. La realidad es que Lysenko no había descubierto nada. Se había limitado a constatar que si se enfrían y humedecen semillas de trigo pueden germinar rápidamente a finales del invierno y obtener así una cosecha extra.

La «vernalización», que es como se llamaba aquello, ya la conocían los agricultores rusos y, en los veranos malos, la ponían en práctica para no morirse de hambre durante el duro invierno. Pero Lysenko, aparte de jardinero, era un bolchevique convencido y, como tal, un mentiroso sin remedio. Justo un año antes de que se

anunciase la colectivización del campo, escribió un artículo en Pravda, anunciando que conocía la manera de cosechar guisantes en pleno invierno y, mejor aún, que había descubierto un sistema para abonar la tierra de cultivo sin emplear fertilizantes. Si eso era cierto los planes agrícolas del Politburó iban a salir bien aunque los planificadores lo hicieran muy mal.

Stalin, muy dado a creer en la milagrería revolucionaria, apadrinó al ucraniano, se lo llevó a Moscú y le convirtió en presidente de la Academia de Ciencias Agrícolas de la URSS. Allí, sobrado de medios y de personal, con

fastuosos invernaderos a su disposición, comenzó a elaborar una teoría tras otra, a cada cual más delirante. Lo primero que hizo fue romper con la genética mendeliana, que pasó a considerarse como una «teoría reaccionaria». Lysenko elaboró su propia teoría genética basándose en los estudios de Lamarck, un naturalista del siglo XVIII pionero en enunciar la evolución de las especies. Lamarck creía que la necesidad creaba el órgano y la inactividad de éste originaba su atrofia y desaparición. Así podía explicar, por ejemplo, la extraordinaria longitud del cuello de las jirafas, imprescindible

para alcanzar las hojas de los árboles de la sabana.

A Lysenko, un simple jardinero sin estudios universitarios, le sedujo una elaboración teórica tan limpia. Si todos los organismos se adaptan al ambiente y luego transmiten estas peculiaridades a su descendencia, no había más que someter a la biología a los dictados del marxismo para que ésta respondiese adaptándose a las necesidades del plan quinquenal. La ciencia y la política por fin unidas gracias al socialismo. Una vez tuvo listas las líneas generales de la nueva biología revolucionaria se las llevó a Stalin, que alabó los postulados

lysenkianos y los convirtió en dogmas ante los que no cabía apelación posible por muy errados que estuviesen.

Las teorías de Lysenko eran, en realidad, un engrudo lleno de disparates en el que agronomía, genética, citología, y teoría de la evolución quedaban oficialmente fusionadas. El régimen se encargó de bautizar el invento como «agrobiología», una ciencia exclusivamente soviética y de curso obligatorio para todos los agrónomos, genetistas y citólogos de la URSS. A Stalin le gustaba hasta el estilo que su pupilo científico tenía de moverse por el mundo. A diferencia de otros científicos,

Lysenko era, como él, un comunista fanático, un anti intelectual que abogaba por la práctica, por salir al campo a «hacer cosas» en nombre de la revolución.

El Kremlin dio a Lysenko un laboratorio en el centro de Moscú e infinidad de ocupaciones. La principal era visitar granjas estatales para hacer experimentos in situ de unas descabelladas teorías que nunca funcionaban. De los guisantes de invierno nunca más se supo y todos sus intentos por «vernalizar» otras semillas diferentes al trigo fueron en vano. Conociendo la importancia del

personaje nadie en su sano juicio se atrevía a denunciar el timo. Lysenko no sólo era un protegido de Stalin, sino que llevaba muy mal que se le criticase.

Desde la academia que presidía llevó a cabo una auténtica caza de brujas dentro de la biología. El que osaba, aunque fuese tímidamente, poner en duda la obra y las teorías de Lysenko tenía que vérselas con la NKVD. El biólogo más importante la URSS, el genetista Nikolai Vavilov, fue detenido y condenado a muerte por «derechista», «enemigo del pueblo», «saboteador» y «espía británico». Nada de eso era cierto, Vavilov militaba en el Partido y

su compromiso político estaba fuera de toda duda. La condena se debió únicamente a sus críticas públicas de las teorías de Lysenko. Vavilov, que había dedicado su vida a investigar la genética de la semillas para mejorarla y aumentar la producción de alimentos, murió de hambre en un gulag mientras su enemigo recibía el Premio Stalin de manos del gran líder.

Conforme avanzaban los años las especulaciones teóricas de Lysenko se iban extraviando cada vez más. Metido de hoz y coz en su «biología proletaria» negó taxativamente la existencia de los genes y los puso fuera de la ley. A la

genética la bautizó como «pseudociencia burguesa» y «criada del ministerio de Goebbels». Al no existir diferencias entre el fenotipo y el genotipo una semilla de trigo podía convertirse en una de cebada, de maíz o de lo que Lysenko quisiese creando artificialmente las condiciones adecuadas para que obrase la magia. La propaganda se encargaba del resto anunciando súper cosechas y todo tipo de maravillas agrícolas, solo posibles gracias al talento del camarada presidente de la Academia de Ciencias Agrícolas.

Lo que este «genio de la Unión Soviética» perpetraba en la biología era

algo parecido a lo que Stalin estaba haciendo con el propio ser humano. Cambiando el entorno podía alumbrarse una nueva generación de hombres nuevos, forjados en el socialismo real, dejados del interés propio y concentrados solo en el colectivo, un ejército de trabajadores perfectos labrados a imagen y semejanza del obrero modelo Stajonov. A partir de 1948 el «lysenkoismo» pasó a ser la doctrina oficial soviética en todo lo relativo a la biología. Desde las alturas su padre y fundador vigilaba para que nadie se saliese ni un milímetro del estrecho carril por donde discurrían sus

absurdas supercherías pseudocientíficas.

El coste para la Unión Soviética fue altísimo. Los experimentos costaron un sinnúmero de cosechas perdidas y, con ellas, la muerte de cientos de miles de personas. El país se quedó, además, sin biólogos dignos de tal nombre. Nadie se atrevía a entrar en un terreno minado donde la disidencia se castigaba duramente. Tras la muerte de Stalin, Lysenko y sus falacias pervivieron durante más de una década prolongando la agonía de la ciencia soviética. Luego cayó en desgracia y murió solo, abandonado por todos, pero sin tener que responder de ninguno de sus muchos



crímenes.

La salvación que vino del aire

EN febrero de 1948 lo que quedaba de Alemania sobrevivía a duras penas en un régimen de mera subsistencia. Los que, hasta pocos años antes, eran amos de toda Europa vivían de la mendicidad. El país estaba ocupado militarmente por las cuatro potencias vencedoras de la guerra y sufría una auténtica parálisis económica. Los niños morían de desnutrición y las

mujeres vendían su cuerpo a los ocupantes por un cartón de leche o un pedazo de pan. Nada funcionaba en aquel desdichado país que pagaba ahora con recargo las deudas que el nazismo había contraído en su nombre.

Uno de los principales problemas de la Alemania de la inmediata posguerra era la moneda, el Reichsmark, que se había seguido utilizando tras el fin de la contienda. Los que la acuñaban eran los soviéticos, dueños de la capital, Berlín, y de los restos del banco central. Los militares soviéticos se pusieron a imprimir marcos como locos hasta que la moneda se devaluó tanto que fue

repudiada por la población. En el oeste del país los alemanes de a pie empezaron a usar dólares y libras esterlinas. Pero en el este y, en particular, en el gran Berlín, sólo existía la posibilidad de sustituir el devaluado marco por el no menos fiable rublo, de modo que los cigarrillos pasaron a convertirse en dinero.

Un país que comercia y libra sus deudas con cigarrillos no va a ninguna parte, y eso lo sabían los aliados occidentales, empeñados en devolver a Alemania su antiguo esplendor industrial para que no cayese en las manos del bolchevismo. Los planes de Stalin iban

por ahí. Enfrentados a tanta necesidad y miseria, alemanes del este y del oeste no tardarían en caer en sus manos. Eso le entregaría toda Alemania en bandeja de plata y pondría las fronteras exteriores de la URSS a unos cientos de kilómetros de París.

Los británicos se percataron de la jugada y convencieron a sus socios para crear una nueva moneda respaldada por el plan Marshall que Washington acababa de anunciar. Un nuevo marco, el Deutsche Mark, que generaría confianza y sería la base de una economía estable y próspera. La nueva moneda fue creada y se acordó introducirla el 21 de mayo

de 1948 en las zonas controladas por Estados Unidos, Inglaterra y Francia. La Unión Soviética, visiblemente enojada, había rechazado el ofrecimiento de incorporar a su zona temiendo que, con el Deutsche Mark y el desarrollo económico que traería aparejado, sus esfuerzos militares se quedasen en agua de borrajas.

Todo parecía ir bien cuando el día 18 de aquel mes un tren americano que se dirigía a Berlín con cargamento, fue detenido y obligado a retroceder por un control militar al entrar en la zona soviética… A lo largo del día se fueron cerrando todas las carreteras y las vías

férreas y fluviales de acceso a la capital. Los sectores occidentales de Berlín quedaban de este modo bloqueados. A sus habitantes les quedaba la posibilidad de comerciar con sus vecinos del sector soviético, pero eso fue prohibido taxativamente y se interrumpió el suministro de comida de un lado a otro de la ciudad.

Stalin pretendía matar literalmente de hambre a los berlineses del oeste para que se apuntasen voluntariamente al programa soviético de racionamiento. Así toda la población civil dependería de él y las fuerzas occidentales tendrían que abandonar la ciudad. El general

Lucius D. Clay, gobernador de la zona americana, envió un memorándum urgente a Washington explicando la nueva e inquietante situación. Rogaba al presidente Truman sostener el pulso organizando un puente aéreo masivo que garantizase los suministros de la ciudad. Aquella era, por muy descabellada que pareciese, la única posibilidad legal que tenían para mantener su presencia en Berlín. Stalin había cortado las carreteras y los ferrocarriles porque podía hacerlo ya que, hasta el momento, no se había firmado acuerdo alguno sobre el tránsito a través de la zona soviética. Los convoyes aliados pasaban

de su zona en Alemania occidental a su sector en Berlín por un acto de buena voluntad soviética no porque les obligase tratado alguno.

Lo que no podían evitar eran los vuelos, para los que sí había un acuerdo firmado en noviembre de 1945 entre las cuatro potencias. Stalin accedió a él porque no consideraba que supusiesen un problema. Por aire se podía transportar muy poca carga y era materialmente imposible alimentar y calentar a una ciudad de dos millones de habitantes mediante aviones. Clay se puso a hacer cálculos y los números que le salieron eran para asustar al más

optimista. La ciudad necesitaba diariamente un mínimo de 5000 toneladas de suministros, 1500 de las cuales alimentos tales como cereales, tocino, patatas o leche, y el resto combustible, básicamente carbón.

Los aviones de los que disponían en aquel momento, los C-47 Skytrain (versión militar del DC-3) acarreaban algo más de tres toneladas por viaje, por lo que harían falta miles de vuelos diarios. Aunque pronto se incorporasen otras aeronaves más capaces, el tamaño de la operación estaba muy por encima de todo lo que se había hecho antes en materia de transporte aéreo. Pero no

quedaba otra opción, o eso o perder Berlín y todo su componente simbólico. La decisión había que tomarla, además, con rapidez porque a la ciudad le quedaban provisiones para unos cuarenta días.

El 24 de junio comenzó el puente aéreo desde las bases americanas y británicas de la Alemania occidental. La primera semana fue un fracaso, sólo consiguieron transportar noventa toneladas, insuficiente para mantener la ciudad funcionando y a los berlineses con vida. Durante las siguientes semanas el tonelaje fue creciendo aunque no alcanzaba ni de lejos la cifra de las

5000 toneladas al día. En el este los comunistas hacían chistes y animaban a los berlineses occidentales a pasarse a su lado pidiendo las cartillas soviéticas que, al menos, les garantizaban lo básico. Para colmo de males el 13 de agosto se produjo un aparatoso accidente en la pista de Tempelhof que obligó a cerrar el aeropuerto.

Parecía todo perdido pero entonces apareció como caído del cielo un experto en carga aérea, el general William Tunner. Reorganizó de arriba abajo todo el puente implantando un sistema integral de carga, despegue, aterrizaje y descarga que hizo caer

dramáticamente los accidentes y multiplicó la carga transportada en sólo unos días. Se inventó también un efectivo truco propagandístico ordenando que todos los días uno de los aviones se cargase sólo con chocolatinas y caramelos, que dejaría caer sobre los grupos de niños que se arremolinaban junto a la cabecera de la pista de Tempelhof para ver aterrizar a los aviones. Los pequeños terminaron motejando a ese avión como «el tío del chocolate» y «la chocolatina volante». Este avión repleto de dulces hizo que las berlinesas, que no sabían como dar de comer a sus hijos, mirasen al cielo con

una sonrisa. En una ciudad abarrotada de madres jóvenes aquello fue mano de santo.

Tunner se las ingenió para que un cargamento de diez toneladas de carbón se descargase en sólo diez minutos con un equipo de doce personas, todos alemanes que, motivados por el afán de los aliados, acudían en manada hasta el aeropuerto para colaborar gratuitamente en las labores de descarga. A finales de agosto se alcanzaron las 5000 toneladas diarias y Berlín consiguió la autosuficiencia. Los soviéticos, entretanto, redoblaron sus esfuerzos para quitarle importancia a un puente aéreo

que, según ellos, duraría lo que el verano. Luego, cuando el intratable invierno berlinés impidiese volar, sus habitantes se las tendrían que ver a solas con el frío y el hambre.

Tunner no se amilanó. Subió la apuesta hasta las 6000 toneladas diarias y buscó por la ciudad prados aptos para construir nuevas pistas. Así nació el aeropuerto de Tegel, hasta hace no mucho el principal de la ciudad, levantado en sólo noventa días por berlinesas que se presentaron voluntarias. La maquinaria pesada necesaria para allanar el terreno fue desmontada y trasladada por piezas. El

invierno llegó y aquel año fue especialmente duro. En noviembre y diciembre los envíos empezaron a ser semanales. La suerte de Berlín dependía de los frentes fríos que, caprichosamente, provienen siempre de las llanuras rusas.

Enero, sin embargo, fue soleado. Ese mes se casi se llega a las 6000 toneladas diarias, en marzo ya se habían superado. Tan sólo faltaba la traca de fin de fiesta. El 15 de abril, para celebrar el domingo de Resurrección, Tunner se propuso batir todos los récords regalando a la ciudad 13.000 toneladas de carbón en 24 horas. En abril se entregaron de

promedio unas 7500 toneladas diarias, lo que significaba que ya se transportaba por aire más que por ferrocarril antes del bloqueo. Stalin, una vez más, había perdido.

Las autoridades soviéticas pidieron sentarse a negociar. No podían aguantar tanto descrédito. El sector occidental comía y se calentaba mejor que el oriental a pesar de llevar un año bloqueado. Sus súbditos hablaban de la proeza americana y comerciaban con chocolatinas y cigarrillos *Made in USA* que habían llegado por vía aérea hasta sus manos. Había que poner fin a la sangría. Tras unos acuerdos

preliminares la vía férrea fue reabierta el 12 de mayo. Como los aliados no se terminaban de fiar mantuvieron el puente aéreo hasta el 30 septiembre.

700 aviones de 18 modelos diferentes habían transportado dos millones y medio de toneladas de alimentos y combustibles durante 15 meses en casi 300.000 vuelos. 25 aparatos se estrellaron matando a 71 aviadores americanos y británicos. El coste total de la operación ascendió a los 224 millones de dólares (unos dos mil millones actuales). A cambio, Berlín sobrevivió a la codicia soviética y sus dos millones de habitantes se salvaron

de una esclavitud segura.

Pero el fruto más duradero que dejó el bloqueo de Berlín fue el nacimiento de la República Federal de Alemania, fundada dos semanas después de que éste tocase a su fin. La nueva Alemania adoptó el nuevo marco y se convirtió en un poco más de una década en el país más rico y poderoso de Europa. El bloqueo de su ciudad más emblemática les enseñó que por la libertad siempre hay que pagar un alto precio, y que ante la servidumbre que representa el comunismo no se debe ceder nunca un palmo.

El complot de los médicos

A finales de enero de 1952 murió, por causas enteramente naturales, Khorlogin Choibalsan, un oscuro y fanático comunista mongol que, tras una sucesión de purgas internas, Stalin había colocado al frente de la República Popular instaurada a sangre fuego en su país. Cuando la noticia de la muerte de Choilbasan llegó al Kremlin nadie le dio mayor importancia. La mala vida y los

excesos de toda índole provocaban que la esperanza de vida entre los jerarcas soviéticos no fuese demasiado alta.

Iósif Stalin era la excepción a la regla. Pasaba ya cómodamente de los setenta años, veinticinco de los cuales los había pasado al frente de la Unión Soviética en una suerte de magistratura vitalicia no muy diferente a la de los antiguos zares. El vozhd estaba achacoso pero mantenía el nervio de los mejores tiempos. De hecho, era en aquellos momentos crepusculares de su reinado cuando estaba matando más y mejor.

Frío como un témpano, insensible

como un leño, la muerte de sus más allegados no hacía mella alguna en su ánimo. Con la de Choibasan se limitó a hacer un inocente comentario ante su corte de aduladores: «Van muriendo uno detrás de otro… Scherbakov, Zdanov, Dimitrov, Choibalsan… ¡mueren tan rápidamente! Deberíamos cambiar los viejos médicos por otros nuevos».

El silencio se hizo en la sala. Poco importaba que muchos de los nombres que había citado de memoria hubiesen muerto hacía años. Scherbakov, por ejemplo, había muerto en el 45 y Zdanov en el 48. Nada vinculaba una muerte con la otra salvo el hecho de la muerte

misma. Pero no, el miedo que inspiraba Koba era tal que una palabra suya por inocente que fuese constituía la antesala del terremoto más devastador. Había nombrado a los médicos y, aunque de un modo un tanto satírico, había sugerido la posibilidad de cambiarlos. Todos tomaron buena nota de lo ocurrido.

Aquel verano del 52 el amo y señor de un tercio del mundo pasó las vacaciones en su dacha de la soleada Sochi, una localidad balneario a orillas del mar Negro, no muy lejos de su Georgia natal. Su aspecto era lamentable. La hipertensión no le dejaba vivir, agotaba las veladas fumando y

bebiendo hasta que, rendido por el sueño y la borrachera, se recogía en su habitación de donde salía horas más tarde resacoso, blanco como una tiza y con un humor de perros. Padecía arterioesclerosis, tenía mareos y apenas podía concentrarse. Pero no se quería dar por enterado. Él, que había vencido a todos sus enemigos, se consideraba inmortal y eterno, como los emperadores locos de la antigua Roma.

A su vuelta a Moscú uno de sus médicos privados, Vladimir Vinogradov, le sometió a un reconocimiento y le pidió encarecidamente reposo absoluto. Debía, durante un tiempo prudencial,

abandonar el trabajo diario y retirarse a su dacha de Kuntsevo, en las afueras de la capital, para descansar. Stalin tomó la recomendación del galeno como una ofensa y le destituyó fulminantemente. La caída en desgracia de Vinogradov sorprendió a todos. Era un médico muy competente por cuyos servicios los dirigentes del Partido se peleaban.

Lo que no sabían los sorprendidos es que una nueva purga acababa de dar comienzo. Ese otoño Mijail Ryumin, secretario del ministro para la Seguridad del Estado, Viktor Abakumov, había hecho llegar un informe a Stalin en el que se acusaba de graves negligencias

al cardiólogo de Choibalsan, Yakov Etinger, que, casualmente, era el mismo que había atendido a Zdanov hasta su muerte. Y no sólo eso, al parecer Ettinger era la cabeza visible de una gran conspiración de médicos, todos judíos, que se habrían conjurado para ir eliminando uno a uno a todos los líderes soviéticos con la idea de adueñarse del poder.

Ryumin pretendía con esto hacer méritos y ocupar el puesto de su jefe apelando a lo que más adoraba Stalin: una buena conspiración. El viejo, por su parte tenía otros informes —como el que le había hecho llegar la doctora Lydia

Timashuk— y otros planes. Quería, aprovechando esa vulgar coartada, hacer una nueva limpia entre los altos cargos. El camino podía aprovecharlo para enviar algunos mensajes dentro y fuera de casa, especialmente hacia el recién nacido Estado de Israel, que se había desvinculado de la URSS y anudaba firmes alianzas con las potencias del oeste.

Cargar contra los judíos era, además, algo popular en Rusia desde tiempo inmemorial. El 1 de diciembre todo estaba listo para que diese comienzo el espectáculo. En una reunión del Politburó Stalin se dirigió a los

congregados con unas aparentemente incomprensibles palabras: «Todo sionista es agente del espionaje americano. Los nacionalistas judíos piensan que su nación fue salvada por los Estados Unidos. Los judíos creen que tienen una deuda con ellos. Entre los médicos hay numerosos sionistas».

Tres días después, ante el Presidium del PCUS, insistió en el asunto haciendo hincapié en su clarividencia: «Sin mi el país estaría ya destruido porque sois incapaces de reconocer a nuestros enemigos».

Quien quisiera entender, que entendiese. La cacería había empezado.

El Pravda publicó con gran alarde tipográfico la noticia de la megaconspiración que amenazaba a la cúpula soviética. La agencia TASS recibió órdenes de informar en el extranjero dando los nombres de los cabecillas de la conjura. Entre ellos se encontraba lo más granado de la intelligentsia judía, incluyendo, naturalmente, a los médicos hebreos más famosos de la capital. Los arrestos comenzaron de inmediato. Al principio fueron unas pocas decenas que pronto se convirtieron en centenares.

Los GAZ Pobeda negros de la policía secreta iban y venían a toda

velocidad por las avenidas moscovitas en un frenético trajín de detenciones. En enero de 1953 ser judío y médico en Moscú era sinónimo de estar detenido y a expensas de algún comisario sin escrúpulos del NKVD, la temida Cheka, de donde se sólo se salía de dos modos: a hombros en un ataúd o hacinado en un tren camino del gulag siberiano.

Se les acusaba de complot para derrocar al legítimo Gobierno de la URSS. La lista de presuntas víctimas había crecido desde aquel primer esbozo que Stalin daba un año antes con motivo de la muerte de Choibalsan. Muchos eran militares de alto rango que,

aunque vivos y coleando, habían padecido las malas prácticas de los doctores judíos. La prensa bombardeaba a diario con nuevas revelaciones creando un ambiente de antisemitismo digno del más cruel de los pogromos zaristas. La habitualmente comedida prensa del régimen no escatimaba adjetivos para referirse a los conjurados, a quienes llamaba «bestias inhumanas», «grupo terrorista», «saboteadores», «criminales en bata blanca» o «banda de médicos envenenadores».

En un ambiente extremadamente caldeado un pequeño artefacto explotó

en la embajada de la URSS en Israel. Sin siquiera investigarlo, Stalin ordenó que se cortasen las relaciones diplomáticas y que Maria Weizmann, hermana del expresidente de Israel y residente en Moscú, fuese arrestada. En los países del bloque del este la cruzada antijudía se intensificó desatándose una persecución en toda regla entre comunidades ya diezmadas por los nazis y de probadísima lealtad al comunismo.

Una vez en el calabozo lo que los comisarios de la NKVD querían eran confesiones autoinculpatorias. Pero las acusaciones eran tan delirantes que los detenidos no sabían ni de lo que tenían

que inculparse. Para abreviar los trámites Stalin trasmitió al ministerio que la tortura no sólo era válida, sino que constituía el mejor de los métodos: «golpeadles hasta la muerte», dijo a Ryumin, que se tomó al pie de la letra la recomendación y mató con sus propias manos a Yakov Ettinger, autoridad mundial en el campo de la cardiología.

En plena vorágine antisemita Stalin dio paso a la siguiente fase de su plan: limpiar por dentro el ministerio para la Seguridad de Estado. Abakumov, jefe de Ryumin, fue detenido acusado de traición por no haber visto venir la conspiración judía. Después de él habría

de venir el todopoderoso Beria, superior inmediato de Abakumov y de quien Stalin sospechaba desde hacía años. Mientras el exministro se encontraba sometido a las infames torturas de la Cheka, el causante de su desgracia se retiraba a dormir tras una noche de vodka, tabaco y cine en su dacha. No volvería a despertar. Era 5 de marzo de 1953. La Rusia oficial se sumió en el llanto. La jerarquía, entretanto, paraba en seco el pogromo y corría un tupido velo sobre el asunto. El complot de los médicos había terminado. Nadie, ni en oriente ni en occidente (con la honrosa excepción de

Winston Churchill), dijo ni pío. El comunismo tenía bula para eso y para mucho más.

El jardinero de la felicidad humana

LOS tiranos han sido siempre muy dados a mirarse el ombligo y a forzar a todo el mundo a admirarlos. Por eso lo que hoy llamamos culto a la personalidad —expresión extraída directamente del marxismo— se ha dado en todas las civilizaciones, con independencia de la época y el lugar.

Los antiguos egipcios divinizaron a los faraones, que, más que reyes, eran

dioses en carne mortal que estaban de paso en la Tierra. En Roma los gobernantes empezaron a investirse de divinidad tan pronto la antigua república dio paso al Imperio. Incas, aztecas, tibetanos y chinos convirtieron a sus gobernantes en algo muy parecido a dioses, cuando no directamente en dioses. En China la filosofía política que prevalecía era la del mandato del Cielo, que era muy similar a la que, en Europa, legitimaba a la monarquía desde Arriba.

Pero, aunque parezca mentira, fue durante el siglo XX cuando el culto a la personalidad alcanzó su máximo

esplendor, en buena medida gracias a la aparición de nuevas tecnologías y medios de expresión como la fotografía y el cine y, sobre todo, a la irrupción de los totalitarismos tras la Primera Guerra Mundial. Los fascistas, los nazis y los bolcheviques perdieron la cabeza con el culto al líder y a los poderosos. Sus averiadas ideologías llevaban tal veneración en el código genético, y los avances técnicos de la época hicieron realidad sus idólatras ensoñaciones.

El fascismo italiano, como en muchas de las formas externas del socialismo, fue el pionero. Mussolini se revistió de una autoridad inspirada en el

culto de los antiguos césares. Los uniformes, los desfiles, el paso de la oca, los saludos romanos, todo ello marcó un estilo que los nazis no tardaron en adoptar. Los bolcheviques se distanciaron ligeramente de la estética fascista, aunque reforzaron la veneración al mandamás. Lo hicieron ya en tiempos de Lenin, pero como no vivió lo suficiente para culminar su obra, fue en la era de Stalin cuando el culto a la personalidad llegó a su máxima expresión.

La locura comenzó con los nombres del innombrable. Nadie en su sano juicio se refería a él como Iósif, su

nombre de pila, sino como Stalin, su apodo revolucionario, que en ruso significa algo así como «hecho de acero». Los aduladores pronto empezaron a buscarle sobrenombres grandilocuentes, como Padre de los Pueblos, Líder y Maestro de los Trabajadores del Mundo, Titán de la Revolución Mundial, Corifeo de la Ciencia, Jardinero de la Felicidad Humana, Brillante Genio de la Humanidad, Gran Arquitecto del Comunismo o Sabio Timonel. Se utilizaban unos u otros epítetos grandiosos dependiendo de la época y la ocasión.

Al principio, el que más le gustaba utilizar para ganar legitimidad era el de Discípulo Predilecto del Camarada Lenin; luego, cuando su poderío se hizo incontestable, prefirió el de Padre de los Pueblos, que fue muy utilizado fuera de la URSS después de la Guerra Mundial, o el especialmente cómico Amigo Benevolente de Todos los Niños.

No paró ahí la cosa megalómana. Hasta dieciséis ciudades de varios países cambiaron de nombre en homenaje al líder de acero. La mayor y más famosa fue Stalingrado, a la que la Historia luego reservó un papel especialmente heroico. En Rusia, otras

tres ciudades fueron estalinizadas: Staliniri, en Osetia del Sur; Stalinogorsk, a orillas del Don, y Stalinsk, en la Siberia meridional. Muchas repúblicas soviéticas se apresuraron a honrar al gran hombre regalándole una ciudad: así, Armenia le ofrendó Imeni Stalina; Tayikistán, Stalinabad; Ucrania, Stalino, y su país natal, Georgia, Stalinisi. Europa del Este no fue ajena a la moda. En 1950 la rumana Brasov fue rebautizada Orasul Stalin, y la albanesa Kusove como Qyteti Stalin. Al año siguiente el Gobierno húngaro emuló a sus vecinos fundando Sztalinvaros. En 1953, cuando

el Padrecito ya había pasado a mejor vida, los alemanes del Este y los polacos impusieron su nombre a sendas ciudades: en Polonia, Katowice, una vieja ciudad prusiana, pasó a llamarse Stalinogrod; en la RDA, el Gobierno de Ulbricht le entregó una localidad de menos fuste, fundada de hecho para la ocasión, Stalinstadt. Años después, a todas hubo que buscarles nombres menos comprometidos.

Las cordilleras, en especial las soviéticas, se llenaron de picos Stalin, algunos en lugares tan distantes del Telón de Acero como la Columbia Británica canadiense, que homenajeó a

Koba en plena guerra mundial. Toda ciudad consagrada al georgiano tenía su parque Stalin y su buena colección de estatuas de los revolucionarios de Octubre. Los fotógrafos inmortalizaban las inauguraciones en vistosas postales que luego circulaban de mano en mano por toda la URSS.

Por su parte, los pintores del realismo socialista retrataron mil veces la bigotuda y circunspecta estampa de Stalin. Los artistas del pincel tuvieron que reescribir a toda prisa la revolución para dar más lustre al papel que había desempaño en ella el Camarada Secretario General. Los murales

hicieron las veces del casi inexistente álbum de fotos que compartían Lenin y Stalin.

La fotografía era traicionera y poco recomendable. Por un lado daba una imagen fidedigna del generalmente lamentable aspecto del líder, y por otro ponía en evidencia los inexplicables cambios en el puente de mando. Los fotógrafos del Régimen hacían auténticas virguerías para quitar de las instantáneas antiguas a los caídos en desgracia.

Pero el padrecito no gustaba de salir acompañado. Le complacía verse retratado como el zar Alejandro III, que era un bigardo ancho y robusto de 1,90

de estatura. Él, sin embargo, tenía un aspecto macilento y no pasaba de los 1,68 metros… con alzas incorporadas en el talón de la bota. El milagro lo obraban los pintores y los fotógrafos, que sometían los positivos a elaborados retoques.

Durante la posguerra, la obsesión de la propaganda por Stalin llegó al paroxismo. Los escritores decían sin rubor que él sólo había ganado a los nazis, y que tenía dotes propias de un dios, como la capacidad de ver el futuro y anticiparse a él. El nuevo himno nacional, estrenado en 1944 en sustitución de La Internacional, lo citaba

en este pasaje: «Stalin nos ha enseñado la lealtad del Pueblo al trabajo. Y nos ha inspirado a realizar grandes hazañas».

Después de tanta borrachera personalista, la verdadera hazaña de los ciudadanos soviéticos fue sobrevivirle. El modelo creó escuela, sobre todo en Extremo Oriente, donde lo del mandato del Cielo no se había terminado de superar. Mao Zedong y los sucesivos tiranos de Corea del Norte copiaron punto por punto el manual del culto a Stalin, desvarío con el que ni el más extraviado de los césares lunáticos hubiese soñado.

El experimento Pitești

DE los incontables crímenes que, en nombre del comunismo, se cometieron en Europa del este, el más desconcertante de todos fue el perpetrado por la Securitate, la policía política rumana, en la prisión de Pitești entre 1949 y 1952. Fue un experimento macabro concebido para reeducar mediante la tortura. Y no cualquier tortura, sino un auténtico lavado de cerebro que arrebataba a los presos su personalidad, para introducirlos en un

delirante inframundo de sufrimientos físicos y psicológicos hecho a la medida de cualquiera de esos sádicos fanatizados por la ideología que tanto han menudeado siempre por los regímenes totalitarios.

La Rumanía de 1949 tenía todos los ingredientes para que una historia de terror como la de Pitești se hiciese realidad. Los comunistas acababan de hacerse con el poder tras expulsar el rey Miguel y proclamar una república popular que fue extraordinariamente rápida aplicando el manual comunista. En sólo unos meses, los primeros de 1948, se colectivizó el campo, se

nacionalizó la economía y se prohibió el disenso. Todo un récord, incluso para un país tan amigo de los extremos como es y siempre ha sido Rumanía.

La versión local de la NKVD, la Securitate, nació en agosto. El invento se lo entregaron a Alexandru Nicolschi, un judío de Tiraspol que había ejercido de espía soviético durante la guerra. Nicolschi conocía bien la URSS y los métodos de la Cheka —en la que había alcanzado el rango de coronel—, pero no le terminaban de convencer sus resultados. La Cheka castigaba con dureza ejemplarizante, aún así era incapaz de reeducar a los disidentes, de

reconvertirlos en hombres nuevos que perpetuasen el socialismo. La nueva Rumanía habría de levantarse sobre un país tradicional, muy religioso y de gentes desconfiadas, es decir, sobre unos cimientos demasiado endebles para un edificio de tan grandes ambiciones.

Como sucedería más tarde con la Stasi, los primeros operativos de la Securitate se nutrieron de antiguos fascistas reconvertidos a toda prisa. Uno de los que cambió de camisa en aquellos días fue Eugen Turcanu, que se despojó de los correajes de la Guardia de Hierro de Corneliu Codreanu y Horia Sima para abrazar con entusiasmo el

marxismo-leninismo en su variante estalinista. Turcanu era, además, un sádico de crueldad inaudita dispuesto a cualquier cosa para hacer méritos y labrarse un futuro dentro de la revolución. El hombre ideal en el momento adecuado.

Nicolschi quería emprender un experimento muy personal de reeducación de presos que le granjease buena prensa interna y le hiciese escalar puestos en el politburó. Tras obtener los permisos necesarios trasladó a Turcanu a Pitești, un penal a 100 kilómetros de Bucarest. Allí el antiguo guardia de hierro se inventó una organización

fantasma, la ODCC (Organización de Prisioneros con Convicciones Comunistas), compuesta por antiguos militantes fascistas que mostraban propensión a convertirse en buenos camaradas del Partido.

La única misión de los presos de la ODCC era torturar a sus compañeros de presidio hasta que, machacados física y moralmente, se uniesen a ellos. Así el grupo iría creciendo sostenidamente. Cualquier condenado, por muy reincidente que hubiese sido, terminaría por ablandarse y, lo más importante, se pasaría al otro bando por voluntad propia. Ese era, en resumidas cuentas, el

experimento de Nicolschi que llenaría los pueblos y ciudades rumanas de comunistas puros despojados de todo resabio del orden anterior.

Conseguir que un jovenzuelo fascistón proclive a la violencia se transformase en un perfecto comunista era relativamente sencillo. Es más, para conseguirlo no hacía falta intimidarle demasiado. En lo teórico comunismo y fascismo son doctrinas hermanas, no es casualidad que el fascismo lo crease Benito Mussolini un ex militante socialista. En la práctica se parecen como dos gotas de agua, por eso lo puentes entre ambos han estado siempre

tan transitados.

El problema aparecía cuando el preso no era un legionario de Codreanu, sino una persona normal. Turcanu, que no era un bárbaro iletrado como luego se quiso hacer ver, condensó el camino a seguir en un sucinto manual que tenía que aplicarse coma por coma dentro de Pitești. El proceso constaba de cuatro fases, y en ninguna intervenían los carceleros. La primera se llamaba «desenmascaramiento externo» y consistía en un larguísimo interrogatorio trufado de torturas durante el cual el reo tenía que contar hasta el detalle más ínfimo de su vida privada fuera de la

prisión.

Desnudo por fuera y por dentro, el preso pasaba a la segunda fase del programa: el «desenmascaramiento interno». Utilizando el mismo sistema convencional de preguntas y torturas, se pedía al prisionero que delatase a todos los que, dentro de Pitești, le habían tratado bien o habían buscado su complicidad. Esto daba lugar a una retroalimentación continua de las depuraciones internas. Si cantaba de plano y satisfactoriamente le pasaban al siguiente escalón denominado «desenmascaramiento moral público». En este punto del recorrido debía

renegar mediante insultos contra todo aquello que tuviese por sagrado: su mujer, sus hijos, sus amigos o, directamente, de Dios. En este último caso se le obligaba a blasfemar repetidamente.

A estas alturas del itinerario, el preso era un guiñapo humano, lleno de heridas, con algún hueso roto, desnutrido y vencido mentalmente por semanas o meses de tormento. Cuando ya se había convertido en un robot ideológicamente intachable tenía que afrontar la prueba más dura, la que señalaría si su conversión era sincera. La cuarta fase, tras la cual se pasaba a

militar en la ODCC, se cifraba en convertir al torturado en torturador. Se ordenaba al preso que tomase a un compañero de celda y le torturase con sus propias manos hasta obtener una confesión. Si lo conseguía pasaba a ser considerado uno de los elegidos. Pero para entonces, con toda seguridad, ya era irrecuperable para sociedad, e incluso hasta para sí mismo.

La mayor parte de los que sobrevivían a tan peculiar programa de reeducación por la tortura enloquecían o se suicidaban. Una minoría se convertía en asesinos natos al servicio de la causa. El resto perecían víctima de los

abusos y la violencia desatada de los verdugos que, a un tiempo, eran sus propios compañeros de presidio.

Porque si Pitești desde fuera aparentaba ser una cárcel como cualquier otra, las torturas que se practicaban en su interior estaban lejos de ser convencionales. Los hombres de Turcanu ensayaron los suplicios más inimaginables. La saña con la que se empleaban en las palizas no se había visto nunca. El escritor y superviviente Eugen Magirescu, fue de los que pudo contarlo, y lo hizo en estos sobrecogedores términos en sus *Memorias de Pitești*: «Me desnudaron,

me metieron unos calcetines en la boca con el mango de una cuchara hasta que empecé a sangrar, me ataron las manos por detrás con una cuerda y los pies con otra cuerda. Lo que siguió no se puede describir… golpes en la cabeza para embrutecerme, golpes en la cara para desfigurarme, miles de golpes en la espalda, debajo de las costillas, en el plexo, en las plantas de los pies. Docenas de desmayos, y así una y otra vez durante horas mientras el guardia vigilaba. Me rompieron los huesos, los pulmones y el hígado, todos bailaban calzados sobre mis huesos, sobre mis pulmones».

El tipo de prisioneros que más despertaban en Turcanu su espíritu homicida eran los cristianos y, en especial, los seminaristas. Con ellos se empleaba a fondo. Virgil Ierunca, reputado comentarista literario de posguerra y uno de los mayores críticos del régimen comunista rumano, lo consigna así en *El fenómeno de Pitești*, la obra capital sobre este genocidio silencioso: «La imaginación de Turcanu se desataba contra los creyentes que no querían renegar de Dios. Algunos eran "bautizados" todas las mañanas del siguiente modo: se les sumergía la cabeza en cubos llenos de orines y

restos fecales. Para continuar indefinidamente con el suplicio les sacaban la cabeza para que pudiesen respirar y volvían a hundírsela en aquel magma. Uno de los “bautizados”, que había sido sometido sistemáticamente a esta tortura, adquirió un tic que le duró unos dos meses para gran regocijo de los reeducadores: todas las mañanas iba él mismo a meter la cabeza en el orinal».

El sistema de Nicolschi era inhumano, precisamente por eso fue acogido con agrado por los jerarcas del Partido, hasta el punto de que el Gobierno de Gheorghiu-Dej pensó en

extenderlo a las obras del canal Danubio-Mar Negro, donde algunos de los fanáticos egresados de Pitești prestaban servicio como guardianes. Pero entonces sucedió lo impredecible. La prensa occidental, en especial algunas cadenas de radio como Radio Europa Libre —donde, por cierto, había comenzado a trabajar Virgil Ierunca—, empezaron a hacerse eco de las atrocidades que se estaban cometiendo en Pitești.

Gheorghiu-Dej, uno de los lacayos más perfectos que jamás tuvo Stalin, quiso evitarse líos y ordenó en agosto de 1952 que se interrumpiese el

experimento. Se detuvo a Turcanu junto a veinte de los suyos y se les condenó a muerte en un proceso relámpago. La justificación oficial fue la típica de los regímenes comunistas de todos los tiempos: todo se había debido a una infiltración en la Securitate de agentes imperialistas y elementos fascistas provenientes de la Guardia de Hierro.

Nicolschi se fue de rositas y fue premiado con la secretaría general del ministerio del Interior. Moriría cuarenta años más tarde, en 1992, ya en la Rumanía post Ceaucescu, justo un día antes de que tuviese que prestar declaración ante el fiscal general por

una denuncia que los familiares de las víctimas le habían puesto a cuento de la infamia de Pitești. Al final tanto él como sus crímenes quedaron impunes. Toda una metáfora del comunismo.

Las tierras vírgenes

EL verano de 1953 era el primero en más de un cuarto de siglo que los rusos pasaban sin la omnipresente mirada del camarada Stalin. El país, baldado por la guerra y la tiranía del peor de los dictadores posibles, sufría múltiples padecimientos. Los cadáveres de las sucesivas purgas, de las deportaciones y de los proyectos faraónicos aún estaban calientes. Nada funcionaba en la URSS, la segunda nación más poderosa del mundo y la más

extensa del globo, en la que, sin embargo, la gente pasaba hambre y vivía hacinada en edificios antiguos y mal mantenidos.

Ese mismo verano Moscú fue un ir y venir de intrigas. Los pocos deudos que había dejado sin purgar el Vozdh se acuchillaron por su túnica. De la refriega salió victorioso Nikita Jrushchov, arquetipo de *self-made man* a la soviética a quien Stalin había mimado haciendo de él su virrey personal en Ucrania. Jrushchov, un hombre menudo, simpático y enredador, apenas había asistido cuatro años a una escuela rural en su primera infancia.

Pero tenía algo que a otros les faltaba: cierto encanto personal y una gran habilidad para no significarse demasiado.

Esas cualidades le habían permitido sobrevivir una purga tras otra hasta postularse como el mejor —y acaso el único— recambio posible y deseable para superar la larga noche en la que el nefasto Koba había sumido al imperio bolchevique, antaño dichosa patria de los trabajadores en la que se miraban los menesterosos del mundo.

Jrushchov era un comunista de la vieja escuela, pero no estaba loco ni era especialmente malvado. Creía en el

proyecto soviético y en que la genuina sociedad socialista podría algún día alcanzarse. Pero en aquel año de mudanzas el socialismo real no podía presumir de mucho. Los obreros berlineses que levantaban la Stalinallee se habían rebelado contra los amos soviéticos y el descontento cundía por toda la Europa del este. Era un aullido sordo cuyos ecos llegaban hasta Moscú, una ciudad inmensa, ajada y desabastecida, metáfora misma de un país exhausto al que le empezaban a faltar las energías revolucionarias.

Lo primero que quiso solucionar el premier recién ascendido fue la cuestión

alimenticia. Era intolerable que la URSS, cabeza de medio mundo, pasase hambre. La colectivización de los años 30 había conseguido justo lo contrario de lo que perseguían sus promotores. El grano cosechado en casa no daba para alimentar a todos, de modo que, apretando los dientes y comiéndose el orgullo, las autoridades tenían que importar grano todos los años al ogro capitalista.

La Unión Soviética era muy grande y en su mayor parte estaba despoblada, así que, como nadie se planteaba devolver la tierra a los campesinos, la solución pasaba necesariamente por roturar

parcelas en las vacías estepas de Asia central para cultivar cereales. Eso liberaría miles de hectáreas de la fértil Ucrania, que se dedicarían a la ganadería. El plan contemplaba que Kazajistán se dedicase al trigo y al arroz y Uzbekistán, una república de clima más cálido, al cultivo de algodón.

Todo iba a ser muy romántico. Nada de deportaciones forzosas como las de Beria que, aparte de ineficaces, habían proporcionado muy mala prensa internacional a los soviets. Los colonos del Asia central serían jóvenes rusos y ucranianos del oeste, todos militantes del Komsomol, que acudirían solícitos

al llamado de la revolución para hacer de la estepa un vergel. Se lanzó una grandiosa campaña de propaganda, como en los viejos tiempos, adornada de frases grandilocuentes y murales en los que jóvenes fornidos se adueñaban del futuro a lomos de un moderno tractor.

En 1954 partió la primera expedición, 300.000 ilusionados militantes del Komsomol emigraron hacia el este con el cerebro lavado por la propaganda y la idea fija de edificar la sociedad socialista perfecta sobre el abrasador sol de la estepa. En el proyecto, que se dio en llamar «campaña de las tierras vírgenes», se

invirtieron millones de rublos en maquinaria y materiales de construcción para levantar las aldeas agrícolas donde se alojarían los colonos, el germen de vibrantes ciudades como las de la gran llanura de Norteamérica.

Junto al ambicioso plan de urbanización, el Gosplan previó la construcción de canales y presas que desviasen agua de los ríos cercanos. El trigo no iba a necesitar ese agua, pero sí otros cultivos como el algodón o el arroz. Poco importaba que la región fuese extremadamente seca y tuviese un ecosistema muy delicado, la naturaleza, ese obstáculo absurdo puesto ahí por

algún dios desalmado, estaba al servicio del socialismo y tendría que doblegarse ante la inquebrantable voluntad bolchevique. De esta manera, la primera víctima de esta delirante campaña fueron los ríos del centro de Asia, que desaparecieron engullidos en un mar de tierras de labor, y el mar de Aral, en aquel entonces el cuarto lago más grande del mundo. De los ríos se extrajo hasta la última gota de agua y el pequeño mar interior fue condenado a desecarse lentamente ocasionando la ruina de la población ribereña.

Tanto los ríos como el mar eran «errores de la naturaleza» que se

interponían entre el socialismo y su programa, por lo que habrían de ser subsanados. Y lo fueron. El primer plan preveía la roturación de 13 millones de hectáreas, el equivalente a la extensión de toda Grecia, islas incluidas. Jrushchov, que quería distanciarse del sangriento legado de Stalin en lo tocante a deportaciones y asesinatos en masa, no cambio una sola coma en el espíritu soviético de resultados rápidos que luego pudiesen ser debidamente amplificados por la propaganda.

Los ingenieros agrícolas enviados por el Kremlin perpetraron auténticas barbaridades en el medio natural de la

región, a la que se consideró una especie de salvaje oeste listo para ser colonizado. Pero las estepas kazajas no eran las fértiles llanuras de Kansas. La primera cosecha, correspondiente a 1954, fue grandiosa, muy por encima de las expectativas. Al año siguiente, alentados por el éxito, los dirigentes ampliaron el alcance de las tierras vírgenes hasta las 30 millones de hectáreas, o, lo que es lo mismo, la superficie de Italia.

A más tierra, más producción, pensaron en Moscú con la libretilla de contable en la mano. En 1956 se obtuvo una cosecha record de 62 millones de

toneladas de grano. El futuro pintaba prometedor para la URSS. Antes de 1960 adelantarían a Estados Unidos y luego podrían dar de comer al mundo entero. Entonces, en ese preciso instante, empezó a actuar de un modo implacable la ley de los rendimientos decrecientes. Las cosechas disminuían año tras año. En 1957 cayó un 40% sobre el año anterior. Pero Jrushchov, convencido de que el pulso con la estepa lo iba a ganar, dobló la apuesta.

Se enviaron nuevos colonos a las granjas colectivas y más material fabricado a toda prisa en las factorías del plan quinquenal. Se ordenó la

roturación de nuevas tierras y se redoblaron los esfuerzos agrarios sobrecultivando las parcelas hasta extremos que cualquier agrónomo hubiese considerado suicida. En esa zona de Kazajistán llueve muy poco, y lo hace solo en verano coincidiendo con la cosecha, que se perdía a menudo en plena temporada de lluvias. La tierra, aquella tierra, era para colmo, extremadamente avara. Cada temporada se agotaban tierras que quedaban inservibles. Los secarrales tóxicos, machacados a pesticidas y fertilizantes, originaban frecuentes tormentas de arena que impedían ver el sol a medio día y

hacían el aire irrespirable.

Los colonos empezaron a frustrarse. Su nivel de vida era bajísimo, vivían en barracones, trabajaban de sol a sol una tierra que cada vez daba menos fruto, ayudados por maquinaria escasa que fallaba constantemente y para la que no llegaban repuestos de las fábricas estatales. Por si todo lo anterior no bastaba, el extraordinario esfuerzo que realizaban no revertía en ellos mismos, sino en un ministerio gobernado por burócratas que sólo conocían las tierras vírgenes por el nombre. El desánimo cundió y los rubicundos jóvenes de los murales propagandísticos, que en

realidad eran famélicos aldeanos rusos traídos de las provincias más pobres, tiraron la toalla. A partir de 1960 las autoridades no encontraron la manera de reponer una población que, como las cosechas, decrecía a toda velocidad.

Para atraer colonos, Jrushchov ordenó que Akomolinsk, un pequeño asentamiento kazajo de la llanura, se convirtiese en capital y centro urbano principal de la región. Se le rebautizó como Tselinograd (ciudad de las tierras vírgenes) y se emprendió un plan urbanístico de estilo soviético del que aún perduran sus colmenas alineadas en avenidas sin alma. Tselinograd con el

correr del tiempo terminaría siendo la capital del Kazajistán independiente con el nombre de Astana, hoy una próspera y pujante ciudad que rivaliza con Las Vegas en extravagancia arquitectónica.

Mediada la década de los sesenta la campaña de las tierras vírgenes se dio por finiquitada. Había sido un fracaso completo. Millones de hectáreas quedaron arrasadas por la locura soviética. Jrushchov había perdido el pulso con la estepa y poco después perdió también el poder. Todo había sido un despropósito. La URSS siguió importando grano de Estados Unidos que, sin necesidad de planes, producía

cada vez más. Sus granjeros, todos propietarios de la tierra que cultivaban y que, por eso mismo, trataban con mimo, no sabían ni querían saber nada de la revolución. En las tierras vírgenes el sinsentido comunista hincó, una vez más, la rodilla ante el capitalismo, pero en la desdichada república de los soviets tardarían aún más de tres décadas en reconocer su derrota.

La rebelión de los albañiles

A principios del mes de junio de 1953 las fábricas de la Checoslovaquia comunista se pusieron en huelga. Pero en el paraíso de los trabajadores estaba prohibido dejar de trabajar, de modo que las huelgas terminaron en agrios enfrentamientos entre la policía y los manifestantes. En el punto álgido de la revuelta, horas antes de que el Ejército Rojo reprimiese

con inusitada dureza la asonada, los huelguistas de la fábrica de Skoda en Pilsen forzaron las puertas del ayuntamiento y colgaron en el balcón del alcalde la bandera de Estados Unidos. No contentos con eso, la emprendieron con la numerosa simbología comunista que inundaba la ciudad.

Hasta ahí podían llegar los magnánimos ocupantes rusos. Tras el numerito del ayuntamiento se declaró la ley marcial y los tanques soviéticos hicieron acto de presencia ahogando en sangre los anhelos de libertad de los checoslovacos. Stalin ordenó una purga integral en los cuadros del partido

comunista checo, que tan pronto como el día siguiente ya tenían explicación oficial para lo ocurrido. Los sucesos de Pilsen no se debían a la insatisfacción de los trabajadores, sino a una provocación por parte de agentes del imperialismo infiltrados entre la masa obrera, que, por lo que parece, era tonta del bote y reaccionaba como un perrito de Pavlov ante cualquier estímulo.

Lo de Pilsen no debería haber pasado de ahí, pero las noticias —especialmente las buenas— viajan a gran velocidad. Dos semanas después, a 400 kilómetros de Pilsen, los albañiles germanorientales que levantaban a toda

prisa los edificios monumentales de la Stalinallee (avenida de Stalin) berlinesa se bajaron del andamio. Las razones eran similares a las que, días antes, habían esgrimido sus vecinos checos. Estaban hartos de trabajar cada vez más por el mismo dinero que, para colmo, perdía valor de un día para otro. Si esto era el socialismo, mejor se quedaban con lo que tenían sus paisanos del sector occidental, víctimas de la ley de bronce de los salarios que, inexplicablemente, les llenaba el plato de comida, el armario de ropa y la cuenta corriente de marcos del oeste que todos querían y para todo valían. El drama de los

berlineses orientales es que tenían un espejo cercano y muy familiar en el que mirarse.

Nadie, ni el SED (Partido Socialista Unificado de Alemania), ni las autoridades de ocupación soviéticas, se esperaba que pasase algo así en el mismo Berlín Este, estandarte de la Europa comunista. Y mucho menos entre los obreros de la construcción, flor y nata del orgulloso trabajador socialista que había tomado, tras siglos de esclavitud, las riendas de su propio destino. Los albañiles de la Stalinallee, efectivamente, eran socialistas de pura raza, extraídos de los barrios obreros de

la capital y votantes habituales de los partidos de izquierda desde los tiempos del káiser. Nada que ver con los comerciantes o los granjeros, miserables pequeñoburgueses atados a la propiedad y a ideas trasnochadas y ferozmente contrarrevolucionarias, como el ánimo de lucro o la libertad para moverse sin necesidad de informar previamente al Gobierno.

Entonces, ¿por qué los albañiles se rebelaban contra el tipo de república que, al menos sobre el papel, mejor defendía sus ideas? Por algo tan simple como las condiciones de trabajo. Walter Ulbricht, el caudillo de la Alemania

Oriental, quería terminar a toda prisa las obras de la Stalinallee —levantada sobre las ruinas de la decimonónica Frankfurter Allee— para ofrendársela a sus amos soviéticos como gesto de sumisión. Para ello decretó cuotas laborales extraordinarias que, en el caso de los albañiles, suponían un 10% de carga de trabajo extra por el mismo salario librado en devaluados marcos orientales. Había que construir el socialismo y todos debían esforzarse, empezando por los albañiles de una avenida tan emblemática como aquella.

La revuelta duró dos días, el 16 y el 17 de junio. Durante el primero los

albañiles, unos 10.000, se dirigieron en manifestación hasta la sede del SED, un gran complejo gubernamental en la Leipziger Strasse que, hasta 1945, había sido el cuartel general de Hermann Göring y su Luftwaffe. Montaron allí un piquete exigiendo a gritos que saliesen los jerarcas del régimen, Walter Ulbricht, Wilhelm Pieck y Otto Grotewohl, a darles una explicación. No salió ninguno de los tres, pero, presos de la estupefacción por lo que estaba ocurriendo en la calle, enviaron a un joven ministro, Fritz Selbmann, para que soltase un mitin a los enfurecidos albañiles.

Selbmann apeló, como buen comunista, a la solidaridad política y les prometió que revisarían las cuotas laborales convirtiéndolas en voluntarias. En el socialismo real la palabra voluntario significa que, si no lo haces, el aparato del Estado caerá sobre ti y sobre tu familia. Los albañiles ya habían aprendido una lección tan básica y abuchearon a Selbmann, que tuvo que regresar atemorizado al interior del edificio. La manifestación se dirigió entonces a la Alexanderplatz, donde los cabecillas convocaron una huelga general para toda Alemania Oriental al día siguiente. Para informar a toda la

ciudad, se dividieron en dos grupos, uno se dirigió a los barrios obreros de Lichtenberg y Hellersdorf mientras otro enfiló la inacabada Stalinallee hacia el distrito de Friedrichshain. Confiados, tomaron una furgoneta con megáfonos con la que el Gobierno solía hacer propaganda por las calles y recorrieron con ella parte de la ciudad. Al anochecer la dejaron aparcada en un lugar visible para que las autoridades la recuperasen intacta. Sí, intacta, en fin, eran alemanes.

Todas las alarmas sonaron en Moscú. Si no acababan con la rebelión de los plebeyos, Estados Unidos podría

interceder a su favor y tratar de convertir Berlín en algo parecido a una ciudad libre administrada por el mando aliado. Y por libre había que entender libre, es decir, capitalista. Desde el Kremlin se transmitió la orden de que había que acabar con aquello de un modo tajante. Dicho y hecho. Al día siguiente todo estaba preparado. De un lado los soviéticos con sus tanques debidamente artillados, del otro los obreros con sus pancartas. A primera hora de la mañana la multitud tomó Unter den Linden en una gran manifestación cuyo punto final era la Puerta de Brandenburgo. Otro grupo se

dirigió a la Potsdamer Platz, donde asaltó una comisaría de la Volkspolizei (policía del pueblo o vopo) arrojando por la ventana los expedientes de la Stasi. A media mañana la situación se salió de madre. Los manifestantes empezaron a entonar la tercera estrofa del *Deutschland über alles*, elegida recientemente como himno de la Alemania Occidental. Unos jóvenes se encaramaron a la Puerta de Brandenburgo y arrancaron la bandera roja de la Unión Soviética que allí ondeaba desde la conquista de Berlín. Hecho esto se pusieron a gritar como locos «¡queremos pan, queremos

libertad!», justo lo que los comunistas les habían hurtado. Aquello era demasiado y más cuando todo el espectáculo se estaba ofreciendo en primera línea para regocijo de sus enemigos. Los soldados fronterizos americanos asistían boquiabiertos a la función. En previsión de lo peor el mando occidental ordenó apoyar a los rebeldes prestándoles protección según cruzasen la línea. Los berlineses del oeste, por su parte, animaban a sus vecinos o se sumaban alegremente a la algarada.

El sanguinario Lavrenti Beria, que se había desplazado ex profeso desde

Moscú, declaró el estado de excepción y dio órdenes de abrir fuego a discreción. Nadie se iba a salvar. Tras caer los primeros, la masa huyó despavorida por las calles. Lejos de dejarlos marchar, los soldados rusos y los agentes de la policía del pueblo tenían órdenes de disparar a matar y por la espalda. Así murió el niño Rudi Schwander, de un tiro en la nuca cuando corría hacía el sector occidental huyendo de los vopos. La matanza fue espantosa. Al caer la tarde cerca de 500 cadáveres tapizaban las calles del Berlín comunista. Otros 100 morirían fusilados en las semanas siguientes acusados de sedición. Hubo

casi 2000 heridos y más de 5000 detenidos, 1200 de los cuales fueron condenados a trabajos forzados en un gulag. 18 soldados soviéticos fueron juzgados y ejecutados por negarse a disparar a civiles indefensos. Las revuelta de Berlín se contagió por todo el país ocasionando una auténtica revolución obrera en la que participaron medio millón de personas y que se saldó con más de 2000 muertos.

Mientras todo esto ocurría, el dramaturgo Bertolt Brecht, niño mimado de la izquierda occidental, apoyaba desde su lujoso apartamento berlinés la represión a los albañiles. El paraíso

socialista tenía un coste perfectamente amortizable en aras de un futuro dichoso e igualitario. El 21 de junio, cuatro días después de la masacre, se reunió el politburó del SED para analizar lo ocurrido. Veredicto: todo había sido obra de «agentes imperialistas y bandidos fascistas» que actuaban instigados por Eisenhower y por la «marioneta de Bonn», apelativo que reservaban para Konrad Adenauer, canciller de la RFA.

El renano denunció en todos los foros internacionales la salvaje represión soviética y declaró el 17 de junio fiesta nacional de la Alemania

libre. Para que no se olvidase nunca aquella jornada heroica, el ayuntamiento de Berlín occidental cambió el nombre a una de las principales avenidas de la ciudad, la Charlottenburger Chaussee, por el de Strasse des 17 Juni, que es como se sigue llamado hoy. Mide cuatro kilómetros, atraviesa el centro de Berlín, la columna de la Victoria, el Tiergarten y va a morir a los pies de la Puerta del Brandenburgo, el mismo lugar donde, hace sesenta años, la «república de los trabajadores» asesinó por la espalda a sus propios obreros.

El sueño húngaro

A finales de 1945 Hungría celebró elecciones generales. El país acababa de salir de una breve pero intensa ocupación nazi y se encontraba en esos momentos ocupado por tropas soviéticas. El recuerdo de la guerra estaba aún caliente y las labores de reconstrucción no habían hecho sino empezar. Stalin, que gozaba de más poder del que nunca hubiera soñado, quería imponer Gobiernos títeres en los países ocupados, pero no podía hacerlo

por las bravas. Tampoco podía esperar a que se diesen las «condiciones objetivas para la revolución». Eso hubiera sido un suicidio. En la Europa del este había países como Checoslovaquia, Hungría e incluso Polonia que, en lo referente a desarrollo industrial, no tenían nada que envidiar a las potencias occidentales.

En estos países más allá del telón de acero había que hilar fino permitiendo elecciones al estilo de las democracias burguesas. Los comunistas locales, debidamente dirigidos desde el Kremlin, se encargarían de tejer alianzas de concentración nacional para valerse de sus votos y así entrar en el Gobierno.

Luego, una vez dentro, darían el golpe de gracia a los sistemas parlamentarios.

Este esquema de actuación se reprodujo en Hungría con precisión de relojero. En las elecciones de noviembre de 1945 los comunistas del PCH quedaron como tercera fuerza más votada. Obtuvieron 70 escaños frente a los 245 del Partido de los Pequeños Propietarios. La mayoría era tan abrumadora que hacía innecesario pactar con los comunistas, pero éstos no se dieron por vencidos. Su líder, Matyas Rakosi ideó la llamada «táctica del salami», consistente en ir apoderándose del resto de partidos al modo de las

rodajas de salami. Contaban, además, con el apoyo del alto mando soviético, que disponía de un ejército entero acantonado en el país. Algo muy útil para desgastar a conciencia al partido en el poder.

Dos años más tarde volvieron a convocarse elecciones. Los comunistas vencieron, pero sólo con 100 escaños y el 22% de los votos. Esto forzó un Gobierno de coalición en el que Laszlo Rajk, un curtido dirigente comunista húngaro que había sido primero brigadista en España y luego partisano antinazi durante la guerra, se hizo con el ministerio de Interior. Con la policía en

sus manos, Hungría se precipitó sobre la dictadura en cuestión de meses. El Partido de los Pequeños propietarios fue diezmado y el resto del partidos, táctica del salami mediante, borrados del mapa.

En 1948 la principal y única fuerza de oposición al protorégimen comunista era la Iglesia Católica. A Rajk no le tembló el pulso. Arrestó al cardenal József Mindszenty y lo procesó acusándole de traición, conspiración y ofensas al Gobierno. Fue condenado a cadena perpetua en un juicio farsa en el que le obligaron a confesar disparates sin sentido, como que planeaba reinstaurar la monarquía austrohúngara

en la persona de Otto de Habsburgo para luego hacerse con el poder tras provocar la tercera guerra mundial.

El proceso a Mindszenty fue solo un inocente preludio de lo que aguardaba a los húngaros bajo la égida comunista. Entre 1948 y 1953 se desató una feroz persecución sin tregua hacia todo lo que representase una amenaza para el régimen. Más de 800.000 personas fueron detenidas y condenadas, una cifra significativa en un país de sólo nueve millones de habitantes. La saña purificadora de los comunistas húngaros no conocía límites. A finales de 1949 una gran purga se abatió sobre la cúpula

del Partido. Rajk fue acusado de espiar para el Gobierno yugoslavo y condenado a muerte. Igual suerte corrieron los históricos Tibor Szönyi, Andras Szalai y un grupo de oficiales del Ejército.

La máquina de triturar carne era incansable. Para mantenerla en funcionamiento Matyas Rakosi, secretario general del Partido y, de facto, presidente de Hungría, contaba con un arma persuasiva y poderosa: el ÁVH, acrónimo de Államvédelmi Hatóság (Autoridad de Protección del Estado). El ÁVH había sido creado a imagen y semejanza de la Cheka

soviética y se valía de los mismos métodos. Requería, asimismo, una ingente dotación de recursos, tanto económicos como humanos. En el punto álgido de las purgas la ÁVH llegó a contar con cerca de un millón de personas a su servicio entre agentes, colaboradores directos e informadores.

El húngaro de a pie, sin embargo, no sufría tanto los desmanes de la policía política como los de la colectivización forzosa y la planificación en quinquenios que imitaba el modelo soviético. El nivel de vida cayó dramáticamente y aparecieron cartillas de racionamiento de productos básicos.

Los campesinos, en su mayor parte pequeños propietarios como los kulaks ucranianos que Stalin había exterminado en los años treinta, protestaban airados. Los rebeldes eran castigados sin miramientos. La ÁVH se enteraba de todo y sabía de antemano contra quien dirigir su ira.

El Partido tenía, por añadidura, necesidad de espacio físico para recolocar a sus mandos en las ciudades. Decenas de miles de húngaros fueron sacados a la fuerza de sus casas para entregárselas luego a gente del Partido. Los infelices eran deportados a granjas colectivas o, en el peor de los casos, a

campos de concentración en la URSS. En Budapest en solo un año fueron desalojadas 26.000 personas.

Rakosi, el amo indiscutible del país, gozaba de la amistad de Stalin gracias a los años que había pasado en Moscú durante la guerra, años que invirtió, entre otras cosas, en presidir la Comintern. Esa protección le hacía invulnerable. Pero Stalin murió en 1953. La guarida del ogro tembló, sus sucesores, con Nikita Jruschov a la cabeza, le culparon de todos los males y emprendieron el largo y embarazoso proceso de desestalinización, que llegaría a Hungría en el verano del 56.

A los comunistas húngaros, deseosos siempre de estar a buenas con sus patronos, no les hizo falta mucho más. Sacaron a Rakosi de la secretaría general y lo enviaron a la Unión Soviética. La revolución siempre y en todo lugar y circunstancia devora a sus propios hijos, con especial predilección por los más obedientes y entregados a la causa.

El fin del opresivo Gobierno de Rakosi dejó al descubierto un descontento social creciente. Nadie en Hungría, a excepción de los propios comunistas, quería seguir el camino marcado por el Partido. Tenían donde

mirarse. La vecina Austria había conseguido esquivar el yugo soviético apelando a la neutralidad. Hungría no merecía menos. Los estudiantes se reunían en los llamados Círculos Petöfi, grupos clandestinos de discusión política que cobraron gran actividad durante el otoño. Al Partido, liderado ahora por Ernö Gerö, antiguo agente de la NKVD y veterano de la guerra de España, los acontecimientos se le iban de las manos.

En octubre los estudiantes de la Universidad Técnica de Budapest elaboraron un programa de reformas y lo hicieron público. Constaba de dieciséis

puntos entre los que se incluían la salida de las tropas soviéticas, la celebración de elecciones libres, la recuperación del derecho a huelga y la constitución de un nuevo Gobierno presidido por Imre Nagy, un comunista moderado caído en desgracia durante el mandato de Rakosi. Esto ocurría el 22 de octubre. La olla a presión estaba a punto de estallar. Lo hizo al día siguiente, tras un discurso de Gerö que condenaba enérgicamente el programa de los dieciséis puntos.

Ese día unas 20.000 personas se echaron a la calle para protestar contra el Gobierno. La rebelión ya tenía caras, que se mostraban abiertamente en

público leyendo el manifiesto estudiantil y portando banderas húngaras a las que les habían recortado el escudo comunista, impuesto años antes por órdenes de Rakosi. Los manifestantes cantaban el *Nemzeti dal* (canción nacional), un poema romántico que había compuesto el poeta Sándor Petöfi durante la revolución de 1848. Su estribillo («Juramos que nunca más volveremos a ser esclavos») se empezó a oír por toda la ciudad para sorpresa de los transeúntes y pavor de los policías.

La manifestación cogió mucha más fuerza de la esperada y empezó a moverse por el centro de Budapest. Su

destino era la estatua de Stalin que Rakosi había levantado en una céntrica plaza. Para hacer espacio a la estatua, de más de nueve metros de alto, el Gobierno había demolido una vieja iglesia. Los revoltosos echaron una cuerda al cuello de la estatua y la tiraron abajo, luego se dirigieron hacia Radio Budapest para leer desde allí sus reclamaciones.

En la radio se produjeron los primeros enfrentamientos armados. Agentes de la ÁVH se dispusieron a la entrada del edificio y dispararon contra los manifestantes ocasionando la muerte de varias decenas. La estampida, en

lugar de servir de revulsivo y pacificar la ciudad, actuó como la espoleta de una bomba. Los manifestantes metieron fuego a los coches de policía, asaltaron cuarteles y se hicieron con armas, que distribuyeron luego entre los suyos.

De madrugada el Gobierno estaba en jaque. Esa noche un alarmado Gerö solicitó al mando soviético que interviniese militarmente para restaurar el orden. La intervención, aprobada personalmente por el ministro de Defensa soviético, comenzó a las dos de la mañana. El 24 de octubre Budapest era una ciudad tomada. Frente al Parlamento, en los puentes sobre el

Danubio y en las carreteras de acceso a la capital se situaron unidades militares soviéticas armadas hasta los dientes. El plan de los rusos era evitar que los disidentes se hiciesen con los edificios clave y que la sublevación se extendiese a otras partes del país, dejando la represión propiamente dicha a las autoridades húngaras.

El movimiento, sin embargo, era ya incontenible. El día 25 francotiradores de la ÁVH se colocaron en las azoteas, desde donde abatían a todo el que veían con una pancarta o una bandera con el escudo recortado. Pero los rebeldes estaban armados desde la noche anterior

y respondían a los disparos cuando no hostigaban a las partidas de agentes de la ÁVH. Los manifestantes del día anterior ya se habían transformado en partisanos. Los efectivos del Ejército húngaro, además, eran reacios a intervenir. Eran simples soldados sin ideologizar que, en el fondo, simpatizaban cuando no compartían los motivos de la protesta.

La ÁVH por si sola no podía contener aquel fervor popular que se extendía como una mancha de aceite no ya por Budapest, sino por todas las ciudades de Hungría. El Gobierno entró en pánico. Gerö huyó precipitadamente a

la Unión Soviética y el Partido nombró a Imre Nagy como secretario general en un postrer esfuerzo por aplacar a los insurrectos. Pero ya era tarde. La revuelta había adquirido velocidad de crucero y voluntad propia. Para más inri Nagy les había salido respondón a los soviéticos. Anunció su intención de abandonar el Pacto de Varsovia para adquirir un estatus internacional parecido al de Austria, al tiempo que clausuraba la ÁVH y solicitaba a los soviéticos que sacasen sus tropas de Budapest. Nagy, a quien Jruschov había creído un reformador sin demasiado recorrido práctico, se revelaba de este

modo como un auténtico contrarrevolucionario.

Los rebeldes entendieron el mensaje de Nagy y se lanzaron a por todas. Los agentes de la ÁVH pasaron de perseguidores a perseguidos. En el campo milicias reclutadas a toda prisa entre los pueblerinos asediaban sus sedes y fusilaban a los odiados miembros de la policía política. Los símbolos de la dictadura comunista fueron destruidos y los libros ideológicos que el régimen obligaba a leer en las escuelas quemados en piras públicas.

El primero de noviembre el cambio

se materializaba en la liberación del cardenal Mindszenty, condenado a prisión de por vida siete años antes. La libertad era real, y así lo veía la prensa, que no tardó en especular a placer con el futuro político del país. Se veían ya como Austria, una pequeña república en el corazón de Europa que prosperaba a ojos vista gracias a su economía abierta y su democracia de corte liberal. Otro tanto sucedía con los alemanes del oeste, herederos de un país devastado por la guerra y el nazismo que, sin embargo y contra todo pronóstico, producía más que nunca y empezaba a atraer emigrantes de otras partes de

Europa.

Pero el sueño húngaro de libertad no tardaría en convertirse en pesadilla. Occidente estaba a otras cosas, a la crisis de Suez, por ejemplo, y la guerra fría había entrado en una nueva fase a raíz de la muerte de Stalin. La línea de demarcación entre el mundo libre y el comunista estaba fijada ya y no tenía por qué moverse. Para desgracia de los húngaros su país caía del lado comunista. Nadie movería un dedo desde fuera para evitar que el Ejército Rojo recondujese la situación del único modo que sabía hacerlo: matando.

El mismo día que Nagy anunciaba

las reformas, Jruschov, visiblemente preocupado, iniciaba una gira por los países del este. Se reunió primero con el polaco Gomulka y luego con los líderes de Rumanía, Checoslovaquia y Bulgaria en un encuentro en Bucarest. Para cerrar la ronda viajó hasta Yugoslavia, donde fue recibido por Tito en su isla privada del Adriático. La suerte de la contrarrevolución húngara estaba echada.

El 3 de noviembre Nagy envió a su ministro Pál Maléter al cuartel general del Ejército Rojo en Hungría para negociar las condiciones de la retirada. Los rusos disimularon recibiendo

cortésmente al emisario. Los órdenes de Moscú eran atacar de madrugada para coger desprevenidos a los rebeldes. A medianoche Maléter fue detenido junto con toda su comitiva por indicación de Ivan Serov, jefe de la KGB. Dos horas después comenzó la denominada «Operación Torbellino», al mando del mariscal Ivan Konev.

Un total de diecisiete divisiones del Ejército soviético se desparramaron por todo el país. Era la mayor operación militar desde la guerra mundial. Jruschov quiso que el despliegue fuese de tal magnitud que a los húngaros no les quedase otra opción que deponer las

armas de inmediato. Las tropas soviéticas penetraron en Budapest y ocuparon todos los centros de poder. La radio dejó de emitir a las ocho de la mañana, el Parlamento fue tomado poco después. Nagy tuvo que abandonar cualquier esperanza de resistir. Envió un mensaje a la nación y buscó refugio en la embajada de Yugoslavia. No estaba al tanto, evidentemente, de que Tito conocía y apoyaba aquella intervención armada. El cardenal Mindszenty fue más listo. Desconfiando de los países vecinos pidió asilo en la legación diplomática de Estados Unidos, que le abrió sus puertas y le acogió como

refugiado. Pasaría allí los siguientes quince años de su vida, hasta 1971, cuando, tras una negociación con el Vaticano, el anciano cardenal fue autorizado a trasladarse a Viena, donde moriría en 1975.

Los que no pudieron refugiarse en ningún sitio fueron los húngaros, cuya revuelta democrática fue aplastada sin piedad por los tanques soviéticos. Durante los combates callejeros murieron alrededor de 3000 personas y otras 20.000 fueron heridas. Luego sobrevino la peor parte, la represión política, que se cebó a modo entre los que se habían atrevido a plantar cara al

monstruo. Unos 100.000 húngaros fueron detenidos. Otros 200.000, sabiendo lo que les esperaba, huyeron del país a través de los bosques fronterizos con Austria.

A las detenciones le sucedieron los interrogatorios, las torturas, los juicios y las condenas. Las cárceles, vaciadas días antes, se llenaron de presos políticos. Eso los que tuvieron suerte. A los cabecillas de la revuelta les esperaba la muerte o la deportación al gulag siberiano. Imre Nagy, entregado por las autoridades yugoslavas, fue juzgado y condenado a morir en la horca. Jruschov quería dar un castigo

ejemplar para que la aventura no se reprodujese en otros países del bloque socialista, se trataba, por utilizar sus propias palabras, de «dar una lección al resto de líderes socialistas».

El juicio y la ejecución de Nagy se llevaron con el mayor de los secretos. Los soviéticos no querían que se reavivasen las ascuas casi apagadas del levantamiento. El ahorcamiento tuvo lugar en la cárcel pero el nuevo Gobierno, presidido por János Kádár, tenía miedo de sacar el cadáver de allí y entregárselo a sus familiares para que lo enterrasen. Temía que su tumba se convirtiese en un centro de

peregrinación, así que ordenó que el cuerpo sin vida del ex presidente fuese emparedado en el interior de un muro de la prisión. Todo era secreto, pero los presos lo sabían y se encargaron de propagar la historia, transmutada pronto en una leyenda que hizo de aquella cárcel un lugar maldito.

Años más tarde el Gobierno decidió sacar los restos de Nagy de su confinamiento vertical y mandó que le diesen sepultura en el cementerio público de Budapest, pero bajo un nombre falso. El entierro de Nagy fue tan disparatado como todo en la Hungría comunista. Temerosos de sacar el ataúd

a la calle y que fuese reconocido por la gente, le enterraron de noche evitando pasar el féretro por la puerta principal. Los policías auparon el ataúd por encima de la tapia y se encargaron de enterrarlo personalmente para que los empleados del cementerio nunca supiesen donde estaba enterrado.

Mientras los restos de Nagy permanecían en el más absoluto secreto yendo de aquí para allá, Hungría se sumía de nuevo en la noche del comunismo. Occidente, para variar, no hizo nada, al menos sus Gobiernos. La revista *Time* homenajeó aquel año a los insurrectos húngaros nombrándoles

«hombre del año» bajo el epígrafe «los luchadores húngaros por la libertad». Una libertad que no pudo ser.

Sin Dios pero con amo

AL comenzar la segunda guerra mundial, Albania era el mayor crisol religioso de toda Europa. En un espacio muy reducido (Albania es incluso más pequeña que Galicia) coexistían tres religiones distintas: el Islam, el cristianismo ortodoxo y el catolicismo. Era un país rural, religioso y de tradiciones centenarias. De todos los Balcanes aquel era el lugar donde raíces más profundas había echado el Imperio Otomano y, especialmente, la fe

del sultán. El 70% de la población era musulmana, el 20% ortodoxa y el 10% católica.

Pero todo iba a cambiar radicalmente en el curso de unos pocos años. El Partido Comunista de Albania, liderado por el joven partisano Enver Hoxha, se hizo con el poder en noviembre de 1944. Hoxha, a diferencia de otros próceres comunistas del este, no era un triste burócrata que había esperado su oportunidad en alguna covachuela perdida de Moscú. Era un hombre de acción que se había echado al monte fusil al hombro acaudillando partidas de guerrilleros durante las

ocupaciones consecutivas de los fascistas italianos primero y los nazis después. Eso le había convertido en un personaje muy popular entre los albaneses de toda condición. Al terminar la guerra era quizá el mejor situado de entre todos sus compatriotas para reconstruir Albania.

Hoxha, sin embargo, era algo más que un simple guerrillero. Durante la guerra, aparte de fotografiarse vestido de partisano en medio del campo, había fundado el Partido Comunista y se había revelado como un consumado organizador interno. Tras la liberación convocó unas elecciones a las que sólo

concurrió un partido, el suyo, que obtuvo, como era de esperar, una mayoría aplastante. A partir de ahí se convirtió, no ya en el hombre fuerte, sino en el único hombre de Albania. Hasta su muerte en 1985 todo pasaría por sus manos.

Albania tenía la peculiaridad de ser extremadamente pequeña y de estar escondida en uno de esos ángulos ciegos que tiene el continente europeo. Era el país idóneo para hacer experimentos. Hoxha, que años antes había declarado su fe inquebrantable en el marxismo-leninismo y en la figura providencial de Stalin, sería el encargado de realizarlos.

Lo primero que hizo nada más llegar fue proclamar una reforma agraria radical que se cifraba en la expropiación forzosa y sin compensación de todas las propiedades del país. Aquello, por muy radical que les pareciese a los extranjeros, era sólo la antesala de lo que habría de venir.

Hoxha, musulmán de nacimiento, había apostatado y consideraba el ateísmo como una religión en sí misma que tenía la obligación moral de imponer a todos los demás. Así, su propia experiencia personal, quiso aplicarla a Albania entera, que pasaría a ser el primer Estado oficialmente ateo

del mundo. El problema es que su país era muy variado desde el punto de vista religioso. No bastaba, como había sucedido en las repúblicas vecinas, con someter a la religión local, el comunismo albanés tenía que eliminar tres confesiones y, lo que era aún más ambicioso, conseguir que sus compatriotas se olvidasen para siempre de ellas.

La primera víctima del hoxhaísmo fue la Iglesia Católica, a la que consideraba un elemento extranjero incrustado dentro de Albania. En 1946 los católicos no albaneses —casi todos italianos— fueron expulsados del país.

Las iglesias y los monasterios fueron clausuradas por decreto y su obra social (escuelas, comedores, casas de acogida…) nacionalizadas. En el lapso de unos meses el catolicismo desapareció de Albania tras dos milenios de presencia interrumpida en aquellas tierras. Celebrar cultos era ilegal y quienes se atreviesen a hacerlo enfrentaban penas de cárcel. La persecución de los católicos fue implacable. Los fieles se ocultaban o apostataban en público, pero la jerarquía y los religiosos no lo tenían tan fácil y hubieron de enfrentar las consecuencias de su condición.

El arzobispo de Durazzo, Vincent Prendushi, fue detenido y condenado a trabajos forzados. Moriría poco después, probablemente a causa de las torturas a las que le sometían en el campo. El de Scutari, Gaspar Thaci, murió a manos de la policía política. Otros dos obispos fueron fusilados junto cientos de religiosos exclaustrados a la fuerza. A mediados de 1948 la campaña anticatólica de Hoxha había alcanzado tales extremos que un respetado jurista musulmán, Mustafá Pipa, salió en defensa de los monjes franciscanos que estaban siendo masacrados. Al régimen no le tembló la mano, terminó con lo que

quedaba de la orden de San Francisco de Asís y luego ordenó la ejecución de Pipa.

Mientras los católicos caían, musulmanes y ortodoxos pensaron que, al ser el catolicismo una iglesia que obedecía a poderes extranjeros, ellos, como religiones nacionales, estarían más o menos a salvo si conseguían llegar a algún tipo de acuerdo mínimo con el Gobierno comunista que les garantizase la existencia. Se equivocaban. Las órdenes de Hoxha eran terminantes. Había que «fortalecer entre los trabajadores la perspectiva materialista y científica del mundo y

extender la cultura socialista entre las masas». Eso significaba que la religión, ninguna religión, tenía cabida en la nueva Albania.

En 1949 el Gobierno emitió un decreto por el cual tanto los musulmanes como los cristianos ortodoxos debían jurar lealtad al Partido Comunista. Al año siguiente se aprobaron estatutos para ambas confesiones que rebajan el papel de popes e imanes al de simples administradores de la extrema unción entre los ancianos moribundos de las aldeas. Todas las escuelas fueron estatalizadas y se empezó a mirar mal a quien acudía a Misa los domingos o a la

mezquita los viernes. En el Partido sólo podía entrar quien demostrase ateísmo militante, una causa que se convirtió en ingrediente imprescindible para prosperar en la republica popular de Albania, uno de los regímenes comunistas más cerrados del mundo.

La primera consecuencia fue que, en las ciudades, las manifestaciones religiosas desaparecieron de la vida cotidiana. Los comunistas se las veían muy felices. En 1955, una década después del asalto al poder, mostraban su convicción de que el sentimiento religioso iría sucumbiendo por pura inercia. Pero no, la religión se resistía a

morir. Se había esfumado de la superficie pero permanecía en las catacumbas, en las casas particulares donde se celebraban misas clandestinas y, sobre todo, en el medio rural. La Albania socialista no era la Arcadia prometida por los comunistas. La población pasaba hambre y privaciones lo que, unido al angustioso control que el Partido ejercía sobre la sociedad civil, transformó las capillas y mezquitas en auténticos remansos de paz y libertad. Tal vez la religión era, como había dicho Marx, el opio del pueblo, pero en el caso albanés era un opio muy liberador para sus esclavizados

habitantes.

En los años 60 Hoxha rompió con la Unión Soviética, a la que acusaba de revisionista y de traicionar la esencia de la revolución bolchevique. El líder unió los destinos del país a la China de Mao Zedong, que acababa de anunciar el comienzo de la llamada Revolución Cultural, un giro de tuerca auspiciado por el gran timonel que buscaba profundizar en el comunismo arrancando del cuerpo social todo elemento de la cultura tradicional. La versión albanesa de la revolución cultural se tradujo en la prohibición expresa de todo culto religioso.

Hoxha bautizó la iniciativa como «ateísmo de Estado». En noviembre de 1967 se prohibieron la literatura y los objetos religiosos. Tener una Biblia, un Corán, un crucifijo o un rosario era motivo de detención, proceso y, posiblemente, deportación inmediata a alguno de los muchos campos de trabajo esclavo con los que Hoxha tapizó Albania a mayor gloria del socialismo. Las iglesias y mezquitas, unas 2000 en aquella época, fueron cerradas. Una parte fue demolida con buldózeres, otra reconvertida en museos, talleres y teatros. La catedral católica de Scutari, por ejemplo, un edificio neobizantino

del siglo XIX, fue reconvertida en un pabellón deportivo. Hoxha y los líderes del partido, entretanto, presumían en público de haber fundado el primer Estado ateo de la historia, lo que les parecía todo un logro.

El culto, que ya era algo apenas apreciable, se sumergió aún más. La oración, cualquier tipo de oración, fue puesta al margen de la ley. Los albaneses tenían la obligación de denunciar a todo al que vieran rezando, aunque fuese en privado. Lo mismo sucedía con los bautismos o las bodas. La policía era implacable y los jueces revolucionarios no dudaban en enviar a

prisión a los padres de un niño recién bautizado o a alguien que se negase a comer durante el Ramadán. Los albaneses ya no tenían Dios, pero si amos, y muy temibles. El terror llevó a los padres a no transmitir sus creencias a sus hijos hasta que tuviesen cierta edad, ya que en los colegios los maestros utilizaban trampas para detectar qué niños habían recibido formación religiosa en casa.

La pesadilla terminó abruptamente en 1985 cuando Enver Hoxha murió en Tirana víctima de una isquemia cerebral. El Partido, a modo de agradecimiento, levantó una pirámide de mármol en el

centro de la ciudad para acoger sus restos. Su sucesor, Ramiz Alia, abrió la mano permitiendo celebraciones religiosas en la intimidad. En 1989 la madre Teresa de Calcuta, albanesa de nacimiento, visitó el país y fue recibida por el presidente. Había mucho que perdonar y la madre Teresa fue extraordinariamente generosa. Meses después se levantaron todas las prohibiciones y pudieron abrir las iglesias y las mezquitas.

La Navidad de 1990 fue la primera que los albaneses celebraron en completa libertad en casi medio siglo. Los fieles se arremolinaban en la puerta

de las pocas iglesias que habían quedado en pie o en simples explanadas presididas por una cruz. La televisión occidental mostraba a un mundo incrédulo las imágenes de un país devastado económica y moralmente. Lo primero tenía rápida solución en cuanto el capital extranjero empezase a afluir a la nueva república. Lo segundo no tanto. El nuevo Gobierno, ya libre de los elementos comunistas, afirmaría un año después: «Hoxha destruyó el alma humana, va a costar generaciones restaurarla».

El olimpo de los dioses obreros

AUNQUE en Occidente no se quisieron dar por enterados, la revolución húngara de 1956 hizo temblar a toda Europa del este. El levantamiento en masa de Budapest demostraba que era posible convertir, desde dentro, las democracias populares en democracias a secas. De la gesta húngara no supieron sus vecinos checos, polacos o alemanes orientales, porque

prensa libre y comunismo son antónimos, pero sí sus dirigentes.

Tras conocer la noticia y ver las fotos llegadas por valija diplomática vino el miedo. Todos los comités centrales de los partidos comunistas, que hasta ese momento confiaban en el poder disuasorio del Ejército Rojo y en la contundencia de la policía política, empezaron a preocuparse por su seguridad. ¿Y si ocurría lo de Hungría en Varsovia, en Praga, en Bucarest y en Berlín a un tiempo? ¿El amigo soviético podría socorrer a todos a la vez? Y si lo conseguía, ¿cuándo llegasen los tanques rusos los miembros del politburó, guías

de la clase trabajadora, seguirían con vida o sus cadáveres penderían de las farolas?

Los más preocupados eran los alemanes. Tenían un antecedente: la rebelión de los albañiles de 1953, que había puesto en un aprieto muy serio al Gobierno títere formado por Ulbricht, Pieck y Grotewohl, el miserable tridente de mediocridades que colocó Stalin para regentar la Alemania ocupada. Hasta ese momento los líderes de la autodenominada «república de los trabajadores» vivían en lujosas mansiones neoclásicas de Majakowskiring, un selecto barrio del

distrito de Pankow en el que, antes de la guerra residía la alta burguesía.

La localización era ideal. En el mismo centro de Berlín, a tiro de piedra de los ministerios, aunque con grandes zonas boscosas en los alrededores que eran perfectas para ir de caza con los generales soviéticos. Estar tan cerca de la Alexanderplatz tenía sus riesgos. Si estallaba algo parecido a lo de Budapest la turba obrera no tardaría en llegar a la zona en la que vivían los miembros del comité central del SED. El área estaba acotada por vallas y garitas de seguridad lo que motivó que, entre los berlineses, se la conociese como

städtchen (pequeña ciudad). Allí el minúsculo grupo de privilegiados que gobernaba el país vivía con desahogo rodeado de sirvientes y lujos impensables para el resto de los alemanes.

Pero la protección era poca. La *städtchen*, coqueta y céntrica, era indefendible en caso de crisis. Walter Ulbricht, cuya cobardía era sólo superada por su intransigencia ideológica, encargó a su delfín, Erich Honecker, que buscase un lugar cercano a la capital donde los capitostes del régimen pudiesen blindarse. Honecker lo encontró rápido. El nuevo olimpo de

los dioses obreros se levantaría en un bosque a unos 30 kilómetros al norte de Berlín, junto al pueblecito de Wandlitz.

Los jerarcas perdían en situación pero a esas alturas poco importaba. Hacía años que a los amos de la RDA nadie los veía en persona. Viajaban a toda prisa por las desiertas avenidas berlinesas en sofisticadas chaikas negras de fabricación soviética. Aunque sus caras eran omnipresentes gracias a la prensa oficial y a la propaganda del Gobierno, el alemán medio sabía que la cúpula del SED era una casta de intocables inaccesible para el pueblo llano.

Moverse a las afueras tenía, además, un incentivo especial para Honecker, un anodino funcionario del Partido extremadamente metódico. Tenía la oportunidad de diseñar un complejo único en su especie: una urbanización amurallada en la que todos y cada uno de los miembros del Comité Central tuviesen que pasar por delante de su casa para hacer cualquier cosa: entrar, salir, ir a cazar, al club social, al economato o a pescar al lago vecino. El sueño de un comunista de manual —mitad burócrata, mitad policía— obsesionado con controlar a los demás.

Las obras de lo que se bautizó como

Waldsiedlung (colonia del bosque) arrancaron en 1958, dos años después ya estaba terminada. Era un lugar de dos kilómetros cuadrados camuflado por el bosque para evitar la inquisitiva mirada de los aldeanos. Honecker encargó que se levantase un muro (muy parecido al que, un año después partiría Berlín en dos) de cinco kilómetros de diámetro y dos metros de alto, debidamente pespunteado por torres de vigilancia atendidas las 24 horas del día. Todo debía pasar desapercibido. Se plantaron abetos y otras especies de crecimiento rápido junto a la tapia y las torres para que, en poco tiempo, éstas quedasen

totalmente cubiertas por la vegetación.

El interior del complejo estaba formado por 23 casas unifamiliares idénticas que disponían de una parcela de 180 metros cuadrados. Nada del otro mundo, bastante peores que los palacetes de la Majakowskiring, pero mucho más amplias y lujosas que la *jruschovka* prefabricada de 20 plantas y 50 metros cuadrados en la que vivía apiñado el berlinés medio. Las viviendas estaban situadas en calles paralelas en cuyo centro se encontraba, no tan casualmente, la de Honecker. Él y su esposa eran los dueños de la *Waldsiedlung* y los inmarcesibles

señores feudales de sus siempre temporales inquilinos.

La zona residencial era sólo una parte del complejo. Para que sus habitantes hiciesen vida en él Honecker ordenó que se construyese un club social con restaurante, un economato, un pequeño hospital, una piscina, una cancha de tenis y un campo de tiro. Todo era extremadamente selecto. En el restaurante se podía comer cualquier cosa: asados de ciervo, foie, guisotes prusianos, salchichas frescas de Nuremberg y una amplia selección de vinos de importación traídos desde Francia, Italia y España por canales

diplomáticos.

Esos mismos conductos alimentaban los estantes del economato. Allí se abastecía Margot Honecker de Beaujolais, un afamado y caro vino joven francés que enviaba la oficina de la Stasi en París. Los miembros del politburó y sus familias fumaban puros habanos, bebían whisky escocés y hacían acopio de chocolate suizo, bombones belgas, jamón de Parma y enormes naranjas llegadas desde la lejana costa mediterránea. No lo pagaban con marcos del este, sino con una moneda específica que sólo circulaba dentro de los muros de la

colonia y a la que sólo ellos tenían acceso. Era una vida regalada, muy diferente a la que llevaban sus compatriotas, sobre los que esa élite de sumos sacerdotes de la ortodoxia marxista estaba haciendo un infame experimento social.

Los días laborables los habitantes de la Waldsiedlung iban y venían de sus respectivos despachos en Berlín a bordo primero de las chaikas soviéticas y luego de unos Volvo oscuros que Honecker importó de Suecia. Los fines de semana se quedaban en el refugio, y ay de aquel que no lo hiciese. El camarada secretario general lo veía

todo. Sabía quién estaba en el lago pescando, y con quién lo hacía, quién jugaba al tenis, quién había ido a comer con la familia al restaurante del club social y qué había comido, quién estaba de montería en el bosque con el embajador soviético y por qué razón. La colonia forestal era, en realidad, un campo de concentración de lujo. Todos los que allí vivían lo hacían a la fuerza, y salir sin una buena excusa era extremadamente arriesgado.

Si vivir en la *Waldsiedlung* era un privilegio de 23 familias, trabajar en ella no era menos complicado. Todos los empleados, desde los jardineros a

los camareros pasando por los médicos y los profesores de tenis, eran agentes de la Stasi; y no unos agentes cualesquiera, tenían que disponer, como mínimo, del rango de teniente y pasar severas pruebas de acceso. A cambio ganaban un poco más y accedían, aunque fuese de matute, a ciertas gollerías impensables para sus paisanos como un cartón de cigarrillos Camel o una botella de Beefeater distraídos del almacén del economato.

Ese tipo de productos «de lujo» alcanzaban precios estratosféricos en el mercado negro, lo que suponía un interesante sobresueldo en moneda

fuerte para los que conseguían entrar al servicio de la aristocracia comunista. Los amos lo sabían y toleraban estas pequeñas debilidades entre sus lacayos más cercanos. Ellos, a fin de cuentas, eran los custodios del secreto mejor guardado de esa odiosa república socialista que marcó a fuego el sino de tres generaciones de alemanes.

Terror en La Cabaña

HASTA el siglo XVIII dos bastiones custodiaban la entrada al puerto de La Habana: el de El Morro y el de San Salvador. Los españoles tenían por Cuba una estima mayor que por cualquier otra colonia. Sentían que la isla era parte de su propia patria, tanto que, cuando la nombraban, se referían a ella como la «perla del Caribe». Sabían también del valor estratégico que tenía aquel puerto, por lo que lo protegieron con celo. La Habana era un caramelo

demasiado dulce. En 1762 una potente armada británica consiguió penetrar en la bahía y desembarcar un contingente de casacas rojas junto la loma de La Cabaña, desde la que bombardearon a placer los recios muros de El Morro.

El gran fortín habanero terminó cediendo y, con él, la ciudad. Al año siguiente, de pura carambola, Inglaterra y España llegaron a un acuerdo en virtud del cual la primera devolvía La Habana a la segunda a cambio de una parte de La Florida. La siempre fiel isla de Cuba valía eso y mucho más. El gobernador español aprendió la lección y ordenó que, sobre aquella loma, se levantase un

nuevo baluarte al que llamó San Carlos de La Cabaña en honor al entonces reinante Carlos III.

Era una fortaleza portentosa, la más grande que España había levantado en las Antillas. Era impenetrable. Ocupaba diez hectáreas. Sus muros medían 700 metros de largo por 250 de ancho y estaban diseñados para soportar grandes cargas artilleras desde el mar y desde tierra. Su potencia de fuego era terrorífica. Equipada al máximo podía albergar hasta 120 cañones y otras 120 piezas menores de artillería. Pero nunca fue necesario utilizarlas. La Habana no volvió a ser importunada y La Cabaña

se quedó como cuartel general de las tropas mejor adiestradas de la Corona.

Dos siglos de plácida vida castrense se vieron interrumpidos la madrugada del 3 de enero de 1959, cuando uno de los barbudos de Sierra Maestra, el argentino Ernesto Guevara de la Serna, conocido por los rebeldes como el Che, franqueó su puerta principal a bordo de un Chevrolet de color verde. A pesar de su juventud, Guevara era ya una leyenda viva entre los cubanos. Días antes de su llegada a La Habana había conseguido derrotar al ejército regular en Santa Clara, una ciudad del centro de la isla. La victoria rebelde, que gozó de un gran

aparato propagandístico, dio la vuelta al mundo. Era el hombre del momento, la imagen juvenil y provocadora de la vibrante revolución cubana.

A él le tocaba entrar victorioso en La Habana, pero no era cubano, así que Fidel Castro, líder máximo de la guerrilla que daba órdenes desde Santiago por si las cosas se ponían mal, decidió que fuese Camilo Cienfuegos quien hiciese los honores mientras Guevara se hacía cargo de otro negociado mucho menos apetecible. Este negociado era el de la represión de los mandos del Ejército. El castigo iba a ser ejemplar y tendría lugar dentro los

muros de San Carlos de La Cabaña.

El viejo bastión español era el emplazamiento idóneo para ajustar cuentas. Estaba en la capital, pero a una distancia prudencial del centro. Disponía, además, de dependencias adecuadas para servir, a un tiempo, de cárcel, de tribunal y de cadalso. Y, sobre todo, no dejaba de ser un cuartel, por lo que nadie se quejaría si, en su interior, los militares despachaban sus asuntos en privado.

Guevara, que no era militar sino estudiante de medicina metido a guerrillero, traía de la sierra una merecida fama de ser riguroso e

intransigente con los «malos», es decir, con los que oponían a la revolución. Para empaparse de lleno en la tarea el Che se quedó a vivir en la Cabaña. Pidió que le acondicionasen un despacho en el edificio principal y llamó a los periodistas para que le hiciesen una entrevista. Él estaba allí para impartir justicia y depurar las fuerzas armadas cubanas de los elementos batistianos que tuviesen las manos manchadas de sangre. Él, que era un lego absoluto en cuestiones jurídicas y cuyo rango militar —el de comandante — era pura ficción revolucionaria. Tras haber cosechado su portada, el argentino

se dispuso a juzgar a la cúpula militar de la dictadura.

Los juicios, todos sumarios, comenzaron poco después. No eran juicios propiamente dichos, sino farsas procesales extremadamente rápidas que terminaban siempre con la condena a muerte del reo. Las penas se aplicaban en la misma fortaleza, en uno de sus fosos, contra los centenarios muros de La Cabaña que todavía hoy guardan, en forma de agujero, el recuerdo de las balas que erraron su destino. Serían estos los primeros disparos que recibieron estos muros desde la construcción de una fortaleza que se

decía inexpugnable. Y lo era, pero los ingenieros del rey supusieron que el fuego vendría de fuera, no de dentro, y que sería de cañón, no de simples fusiles.

Guevara carecía de conocimientos, siquiera básicos, de derecho, así que le enviaron un equipo de asesores legales para que el tribunal mantuviese, aunque fuese levemente, las formas jurídicas. Los asesores pusieron algunas pegas al expeditivo proceder del revolucionario. Pero el Che no estaba para formalismos burgueses. A uno de ellos, el abogado Miguel Ángel Duque Estrada le dejó dicho: «no hace falta hacer muchas

averiguaciones para fusilar a uno. Lo que hay que saber es si es necesario fusilarlo. Nada más».

Sin saberlo, el Che entroncaba con la tradición jurídica bolchevique, una tradición perversa que consiste en dinamitar desde los cimientos las garantías procesales que asisten a los acusados. «No hay que equivocarse en esto. Nuestra misión es hacer la revolución, y debemos empezar por las garantías procesales mismas», dijo a Duque Estrada en cierta ocasión. José Vilasuso, otro de los letrados que presenció aquella matanza por entregas, recordaba las palabras que el

comandante les dirigía: «no demoren las causas, esto es una revolución, no usen métodos legales burgueses, las pruebas son secundarias. Hay que proceder por convicción. Son una pandilla de criminales fanáticos».

El planteamiento del responsable de la Cabaña era cristalino, pero Cuba todavía no se había transformado en una república popular de la órbita soviética y había que guardar las formas. Los aliados norteamericanos y la prensa internacional, con quien los barbudos vivían un idilio, no estaban dispuestos a tolerar ciertos excesos. Guevara, como Stalin en la Gran Purga, necesitaba

autoinculpaciones que justificasen las ejecuciones de puertas afuera.

Acuciado por esta necesidad se le fueron ocurriendo trucos para ablandar a los imputados. El primero fue realizar los juicios de madrugada. Tirando de sus conocimientos de medicina ordenó a los abogados que fijasen los interrogatorios por la noche, momento en el que, según Guevara, «el hombre ofrece menos resistencia. En la calma nocturna la resistencia moral se debilita». Si la moral del acusado no se había debilitado lo suficiente el Che tenía métodos más persuasivos, como el del falso fusilamiento. Se sacaba a un

preso al foso y allí, entre risas, el pelotón disparaba sin munición. Tras la infame ceremonia el «fusilado», preso de un ataque de ansiedad, se inculpaba de lo que fuera menester.

A pesar de las precauciones, las ejecuciones de la Cabaña terminaron por saltar a los periódicos. Tras sus muros no sólo estaban ajusticiando a oficiales con delitos de sangre probados, sino a cualquiera; de hecho, lo normal es que los condenados fuesen simples infelices, ya que los altos mandos del ejército batistiano hacía tiempo que habían abandonado la isla. Castro tomó cartas en el asunto, pero no

para frenar la matanza, sino para azuzarla. En un mitin multitudinario frente al palacio presidencial pidió a los congregados que votasen a mano alzada si querían que se continuase con los «juicios populares», eufemismo con el que habían bautizado aquellas ridículas farsas presididas por Ernesto Guevara en la Cabaña. La muchedumbre levantó el brazó al unísono.

El Che, complacido por el espontáneo refrendo de la masa revolucionaria, continuó con sus labores. El derecho romano desapareció por completo en las diez hectáreas del fuerte. Suprimieron el habeas corpus y

pasó a aplicarse la llamada «ley de la sierra», según la cual había que juzgar sin consideración de principios jurídicos generales. La declaración del fiscal, «oficial investigador» en la terminología revolucionaria, constituía prueba irrefutable y era el paso previo a la condena definitiva sobre la que no cabía apelación. Acto seguido el expediente pasaba al despacho del comandante, que lo firmaba sin pestañear, básicamente porque ni siquiera los miraba.

Entre los meses de enero y marzo de 1959 Ernesto Guevara de la Serna no hizo otra cosa más que firmar sentencias

de muerte, unas veinte diarias, 1892 en total. La gran mayoría de los condenados eran inocentes, y de entre los culpables ninguno cometió un delito tan grave que justificase una muerte semejante. Concluido su trabajo en La Cabaña la revolución premió a Guevara con la presidencia del Banco Nacional de Cuba. Allí perpetró otra matanza, aunque esta vez de índole económica. Hoy Cuba sigue siendo un país comunista y por esa razón el escenario del crimen, el fuerte de San Carlos de La Cabaña, es un museo dedicado al Che.

La Siberia búlgara

EL 5 de septiembre de 1944 Stalin dio órdenes de declarar la guerra al Reino de Bulgaria y proceder a su invasión inmediata. En sólo tres días el Ejército Rojo cruzó el delta del Danubio y tomó al asalto la franja costera del mar Negro y las ciudades portuarias de Varna y Burgas.

La invasión soviética era la señal que los comunistas locales esperaban para dar un golpe de Estado, que se terminó produciendo el día 9. Pero

comunistas, lo que se dice comunistas, había muy pocos en Bulgaria, de modo que sus representantes, debidamente aconsejados por la vanguardia exiliada en Moscú, se unieron en un frente patriótico a otras fuerzas políticas mejor establecidas, con las que derrocaron al Gobierno.

Desde fuera nada había cambiado. Bulgaria seguía siendo una monarquía que, oficialmente, se cambiaba de bando declarándose hostil a la Alemania nazi, exactamente lo mismo que acababa de ocurrir en la vecina Rumanía. Pero los planes de Stalin estaban trazados de antemano. Los comunistas se hicieron

rápidamente con todos los resortes del poder y dos años después colocaron a su hombre, Georgi Dimitrov, un bolchevique búlgaro que llevaba más de veinte años desterrado, como primer ministro.

Lo primero que hizo Dimitrov fue acabar con la monarquía mediante un referéndum amañado en el que el 97% de los búlgaros votaron en contra del zar Simeón II, un niño de nueve años que, desde la invasión soviética, se encontraba recluido junto a su madre en el palacio de Vrana. La mayoría fue tan aplastante, tan búlgara por decirlo de un modo más propio, que el Gobierno

expulsó del país a la familia real solo unas horas después de terminado el recuento.

La deposición del monarca fue el preludio para que el plan maestro de Stalin se llevase a término. Éste incluía la instauración de una república popular de estricta observancia soviética y la depuración de todo elemento sospechoso de apoyar a la monarquía, institución que se asimiló al capitalismo y al parlamentarismo liberal de preguerra. En la peculiar lógica comunista, si el 97% de la población quería la abolición de la monarquía eso significaba que todos deseaban un

régimen como el que imperaba en Rusia, una nación hermana que los búlgaros sentían muy cercana desde tiempos de la independencia del Imperio Otomano en el siglo XIX.

Se purgó a fondo el Ejército y los diputados y políticos que habían servido en tiempos del zar fueron ejecutados tras ridículos juicios sumarios que recordaban a los procesos de Moscú. Luego le tocó el turno a la sociedad civil, contaminada por siglos de valores periclitados que el marxismo-leninismo venía a sustituir. Dimitrov, que conocía el sistema de deportaciones y gulags que con tanto éxito habían aplicado en la

Unión Soviética, lo trasladó íntegro a su patria.

Entre 1946 y 1949 se abrieron decenas de campos de trabajo esclavo por todo el país que suministraron mano de obra a las obras de reconstrucción. Ese año murió, en extrañas circunstancias —dicen que envenenado por orden del propio Stalin— Georgi Dimitrov. Le sucedió su cuñado, Valko Chervenkov, antiguo director de la Escuela Marx-Lenin de Moscú, un fanático desorejado, un producto químicamente puro del estalinismo más recalcitrante. Su obsesión con el culto a su propia persona y sus excesos

ideológicos que siempre se traducían en excesos de otro tipo, pronto le granjearon el sobrenombre de «pequeño Stalin». Abolió la propiedad privada acabando de un plumazo con las pequeñas explotaciones rurales que mantenían y daban de comer a los campesinos, en aquel entonces un 80% de la población. Pero a este Stalin en miniatura que pueblerinos beatos y atados a las tradiciones se muriesen de hambre no le importaba demasiado. Decidió que Bulgaria tenía que convertirse en una potencia industrial de renombre, a la altura de la Alemania Oriental, para así ganarse el respeto y la

atención de los amos soviéticos.

Pero lo que más motivaba al líder supremo no era reinventarse Bulgaria, sino a los búlgaros. Para eso hacía falta purificar el cuerpo social separando el nutritivo grano revolucionario de la inútil paja burguesa. Emulando a su mentor, Chervenkov reorganizó el sistema de campos dando primacía a uno de grandes dimensiones emplazado en Belene, una isla deshabitada del Danubio salpicada de bosques y pantanos, convenientemente apartada de los principales núcleos de población para que el crimen pasase desapercibido. Belene sería, durante una

década, la encarnación más genuina de la Siberia búlgara.

Como complemento a Belene se inauguró un ambicioso programa de deportaciones. Los reasentamientos forzosos se empleaban, como en Rusia, para escarmentar comunidades que se mostraban reacias a aceptar el poder comunista. Entre 1948 y 1953 unas 25.000 personas fueron arrancadas de sus pueblos y aldeas y reubicadas en el otro extremo del país. Los campos buscaban castigo sin más, aunque, al principio, el régimen lo vestía de reeducación a través del trabajo. Tras el reagrupamiento de Belene, algunos

fueron abandonados mientras que otros se especializaron en la producción de materias primas para alimentar las sedientas industrias estatales.

La muerte de Stalin puso punto y final al reinado de Chervenkov, pero no al gulag búlgaro. Su sucesor, Todor Zhivkov, ex comisario jefe de la policía popular de Sofía, demostró ser aún más duro e intransigente. A su llegada al poder en 1954 el régimen comunista ya estaba bien arraigado. Sus enemigos eran cada vez menos pero más declarados. Hacía falta mano dura.

El campo de Belene, secreto de Estado y emblema de la política

penitenciaria del Gobierno, era, aparte de completamente improductivo, una fuente de molestias. Los prisioneros vivían hacinados en condiciones infrahumanas y el terror era algo cotidiano. En Belene las autoridades decidieron que no hacía falta cementerio porque allí, aparentemente, no iba a morir nadie. Pero morían, en ocasiones como chinches a causa de la humedad del río que, en invierno, congelaba todo a su paso y en verano atraía a cantidades ingentes de mosquitos. De manera que, cuando un preso moría, sus compañeros tenían que trocear el cadáver y echárselo a los cerdos.

Hacían esto porque, a diferencia de la URSS, en Bulgaria no existía oficialmente nada parecido a la oficina del Gulag. Si no había campos tampoco había presos, y algo inexistente no se puede morir. El asunto de los cerdos y otros abusos fueron la espita de sucesivas huelgas y motines que, aunque sofocados con severidad por los guardianes, generaban gran preocupación en el ministerio de Interior, de quien dependía la temida Cheka, llamada en Bulgaria *Komitet za darzhavna sigurnost* (Comité para la Seguridad del Estado) o, simplemente, DS, cuyo mero deletreo producía

escalofríos entre los búlgaros de la época.

Los gerifaltes de la DS llegaron a la conclusión de que los problemas de Belene provenían siempre de disidentes concretos que inflamaban los ánimos de todo el campo. Esos elementos requerían un penal específico inspirado en los que se estilaban en la China de Mao. Así nació Lovech, un auténtico infierno para todo el que fuese condenado allí. A Lovech no se iba tanto a trabajar como a morir, siempre de un modo espantoso. En Lovech, como antes en Belene, se terminaba por cualquier acusación ridícula como ir vestido a la

moda occidental, escuchar música americana o hablar idiomas malditos como el inglés, símbolo del imperialismo yanqui, lo que indicaba que el acusado tenía o podía tener contacto no autorizado con extranjeros.

El motivo de ser del campo era una cantera de piedra que se explotaba, al igual que Mauthausen veinte años antes, a pico, pala y carretilla. El clima de Lovech, situado en las estribaciones de los Balcanes, era más benigno y saludable que el de Belene, por lo que las enfermedades propias de la ribera no aparecían con tanta frecuencia. Tampoco había muchas ocasiones de morir de una

mala fiebre. Allí los presos entregaban el alma de dos maneras: de puro agotamiento por culpa de jornadas de trabajo extenuante acarreando piedras, o a palos propinados por los guardias.

La especialidad de Lovech era esa misma, matar a palos. No había ni paredón ni horca. Las sentencias, dictadas arbitrariamente por el comandante del campo, se ejecutaban en la cantera. La muerte en Lovech era un trabajo más que se cumplimentaba con una curiosa ceremonia. Por la noche el comandante reunía a los presos en la explanada principal. Tomaba su bastón de mando y, sobre la tierra pisada,

dibujaba un círculo. Todo aquel que fuese invitado a entrar dentro del círculo moriría al día siguiente.

A primera hora de la mañana se daba al condenado un pequeño espejo para que se mirase a la cara por última vez. Hecho esto se le entregaba un saco en el que sus compañeros traerían de vuelta su cadáver. Con el saco al hombro el reo caminaba hasta la cantera, trabajaba todo el día y, al caer la tarde, una brigada de guardianes le arriconaba y le mataba a golpes con palos de madera. Una vez muerto los presos designados por el jefe de la brigada recogían los restos sanguinolentos y

descoyuntados de su compañero, lo introducían en un saco que ataban con unos alambres y lo depositaban en una carreta. Al llegar al campamento los cadáveres se amontonaban detrás de las letrinas, donde permanecían durante días hasta que la DS enviaba un camión desde el pueblo. El hedor que desprendían las letrinas de Lovech en verano era tan penetrante y desagradable que los presos las evitaban.

El campo de Lovech operó a pleno rendimiento hasta 1962, año en que, tras una inspección, fue clausurado. Pero no oficialmente, porque Lovech nunca existió, al menos sobre el papel. Sólo lo

conocían los altos cargos del Politburó, el personal de la DS y los pocos supervivientes que, treinta años después, cuando la democracia volvió a Bulgaria, seguían nombrándolo con auténtico pavor. El resto de los ciudadanos tuvo que esperar a que se desclasificasen los documentos de la dictadura para enterarse de los crímenes que, en nombre del Pueblo y el Partido, el Estado había perpetrado durante los años del comunismo. Pero su brumosa historia era ya un lejano recuerdo revivido sólo por un contadísimo número de víctimas.

Zhivkov, responsable último de

aquella barbarie, vivió para contarlo. La justicia burguesa fue, sin embargo, extremadamente generosa con él. Fue condenado a siete años de prisión por nepotismo y malversación, que terminó cumpliendo en la modalidad de arresto domiciliario debido a su avanzada edad. Nunca tuvo que responder de Belene, ni de Lovech, ni de Bogdanov, ni de Chernevo, ni de Skravena… ni de ninguna de las incontables islas que formaron el archipiélago de la Siberia búlgara.

La fortaleza inexpugnable

«NADIE tiene la intención de levantar un muro!» protestaba airado Walter Ulbricht durante una rueda de prensa el 15 de junio de 1961. Ninguno de los presentes se lo había preguntado porque ninguno suponía que eso fuese siquiera posible. El lapsus línguae del primer secretario del SED no fue tomado en serio porque, ¿quién en su sano juicio podía siquiera concebir la

idea de tapiar una ciudad entera con dos millones de personas en su interior?

Ulbricht, sin embargo, sabía muy bien lo que decía. Dos meses más tarde, en la madrugada del 13 de agosto, los pasos fronterizos entre los dos Berlines se cerraron. Poco después aparecieron partidas de albañiles y comenzaron a levantar, bloque a bloque, un muro de cemento coronado por alambre de espino muy semejante al de las prisiones.

El mundo entero quedó en estado de shock. Una cosa era tender una alambrada en medio del campo y otra bien distinta levantar un muro carcelario

en el centro de una ciudad. La frontera en Berlín atravesaba el mismo corazón de la ciudad. Había calles en las que una acera pertenecía al este y la opuesta al oeste. Edificios cuyas paredes se tocaban en el punto exacto donde ambas ciudades se encontraban, avenidas divididas por una garita de control, líneas de metro y de tranvía compartidas. Berlín era una extraño lugar con dos Gobiernos y cuatro sectores de ocupación, pero seguía siendo una única ciudad.

Los líderes germanorientales no podían tolerar la existencia de esa anomalía llamada Berlín Oeste

incrustada en la misma entraña de su «república de los trabajadores». Por su culpa sus súbditos, especialmente los berlineses, eran los únicos europeos del este que conocían de cerca el odioso capitalismo. Y, claro, podían comparar y, si no era mucho lo que dejaban atrás, marcharse con viento fresco al otro lado.

A través de ese agujero en la alambrada se escapaban todos los días miles de jóvenes que aspiraban a una vida mejor. En el otro lado se lo ponían fácil. En la RFA cualquier alemán del este era recibido en el acto, se le entregaba un pasaporte y el Gobierno le

ayudaba a instalarse. La RFA era, a diferencia de la RDA, su contraparte comunista, un país muy rico cuya economía florecía al calor de la libertad individual, el pluralismo político, los mercados abiertos y el imperio de la Ley. Los alemanes del este no eran ajenos a su mala suerte y querían cambiarla. Berlín estaba ahí para permitírselo.

Esa y no otra fue la verdadera causa del Muro de Berlín, una de las obras más monstruosas del comunismo europeo. Su estampa era desconcertante e inédita. No era la primera vez en la historia que una ciudad se amurallaba,

pero sí la primera vez que esas murallas servían para que los de dentro no pudiesen salir.

Hasta que Walter Ulbricht, copiando al dictado de Moscú, ordenó su construcción, las ciudades amuralladas lo estaban para prevenir invasiones y mejor defenderse. Así nacieron las murallas de Ávila, que siguen en pie, desafiando los siglos, o la Gran Muralla china, una formidable fortificación de casi 9000 kilómetros construida para frenar las incursiones de los nómadas del norte.

El Muro de Berlín no fue eso. Sus padres no lo concibieron como un

valladar contra una hipotética invasión del Oeste —aunque luego lo vendieron así a sus siervos—, sino como la tapia de un penal, y no de uno cualquiera, sino de uno de altísima seguridad.

Los números de Muro quitaban el hipo. Tenía una longitud de 150 kilómetros, es decir, dos veces la distancia que separa Madrid de Toledo. En principio, el Muro fue único, una simple tapia de bloques de cemento rematada por alambre de espino, pero la gente se las arreglaba para seguir fugándose. En 1962 el Gobierno de la RDA creó el llamado muro trasero, separado unos cien metros del delantero

o principal, el que se veía desde el Berlín libre.

Esta franja, una tierra de nadie atravesada por una carretera para las patrullas fronterizas, pronto se convirtió en la «Franja de la Muerte». Estaba jalonada de torres de vigilancia, primero portátiles, luego de madera y, al final, de hormigón, con un puesto de vigía circular muy parecido a las torres de control de los aeropuertos. Para evitar que algún descontrolado con un camión u otro vehículo pesado cruzase la línea a toda velocidad, se cavó una fosa metros antes del muro delantero.

Todas las precauciones eran pocas.

En los años 60 se instalaron vallas anticarro como las que los nazis pusieron en las playas de Normandía, innecesarias del todo pero muy útiles para la propaganda comunista. Los atribulados berlineses orientales podían así concebir una inminente invasión aliada. Lo cierto es que al otro lado no había tanques, ni siquiera soldados custodiando el muro delantero, tan sólo grafitis, turistas y algunas plataformas de observación desde las que se veía al completo el complejo carcelario que los comunistas habían montado.

Cruzar la línea era prácticamente imposible. Estaba patrullada por

soldados armados durante 24 horas los 365 días del año. Llegó a haber 302 torres en torno al Berlín occidental, que en los años 70 fueron renovadas por un modelo nuevo, de planta cuadrada, que resistía mejor las inclemencias del tiempo. Junto con ellas, entre 1975 y los primeros 80 se cambió el muro delantero por lo que las autoridades germanorientales denominaron «Grenzmauer 75», o muro de cuarta generación, mucho más sofisticado: estaba compuesto por lienzos de hormigón armado de tres metros y medio de alto, rematados por un canuto que dificultaba la escalada.

Nada se dejó a la casualidad. El Muro partía una ciudad que, a su vez, está partida por el río Spree, cuya rivera oriental quedó tapizada de alambre de espino. Lanchas del Ejército vigilaban día y noche la vía fluvial. Pese a todo, el Spree se convirtió en uno de los puntos de fuga más habituales. Los guardias tenían órdenes de disparar sin siquiera dar el alto. Siempre por la espalda y a matar. Un herido era un testigo incómodo de la brutalidad de los amos de la Alemania Oriental.

Entre una ciudad y otra los pasos eran pocos y estaban muy vigilados. Durante los dos primeros años, la RDA

cerró a cal y canto la frontera, separando familias y amigos. Luego se abrió, pero sólo se podía cruzar del Oeste al Este. El viaje a la inversa, para un súbdito de la RDA, era poco frecuente: los permisos de viaje se daban con cuentagotas y estaban reservados a individuos de probada lealtad al régimen, como los miembros del Partido o los oficiales del Ejército. El berlinés oriental estaba atado a su ciudad como los siervos en los señoríos feudales lo estaban al latifundio de un marqués.

Muchos lograron escapar de la RDA, esa prisión terrorífica, porque la

maldad de los verdugos sólo era superada por su incompetencia. Salían de todas las maneras imaginables: en los maleteros de los coches, por túneles secretos, cruzando a nado el río… hasta, en una ocasión, a bordo de un avión ultraligero. Lo consiguieron unos 5000. Otros murieron en el intento: aunque se desconoce el número exacto, se estima que unos 200. Las cruces junto al muro delantero conmemoran el crimen y sirven de recordatorio a los berlineses: la herida, aunque ya cicatrizada, no debería olvidarse jamás.

Reeducación mediante el crimen

EL más extenso y poblado de los sistemas penitenciarios de la historia no fue el Gulag, aquel inmenso archipiélago de campos de concentración creado por la policía política soviética bajo el patrocinio de Stalin, sino el Laogai chino. Por los campos del Gulag pasaron unos 14 millones de personas en toda su historia, la mayor parte durante la última década

del estalinismo, de las cuales un millón y medio murieron en cautiverio o a causa de él.

Para cuando el Gulag entró en crisis terminal a principios de los años sesenta el suyo se antojaba un récord difícil de superar. Pero no, justo en ese momento, la China de Mao, que estaba estrenando revolución, tomó el relevó y fulminó todos los registros criminales de los camaradas soviéticos. En los campos de la China Popular, bautizados por el régimen como Laogai —que en chino significa «reeducación mediante el trabajo»—, el número de reclusos se multiplicó por cuatro hasta superar con

creces los 50 millones. Casi la mitad, unos 25 millones, perecieron en ellos víctima del hambre, las enfermedades, el trabajo agotador, las condiciones infrahumanas de vida y las ejecuciones.

A lo largo de la historia del Laogai que, al menos oficialmente, terminó en 1997, hubo más de mil campos. Estaban repartidos por todo el país aunque el Politburó siempre tuvo predilección por las regiones remotas y desérticas como el Tibet, Manchuria o Qinghai, una inmensa y deshabitada región equivalente en superficie a dos veces Italia, que terminó conociéndose como la «provincia penitenciaria».

A diferencia de los campos soviéticos, los Laogai no se concibieron como centros de mero castigo, que también, sino como lugares de internamiento para la reeducación a través del trabajo. Mao sabía que, tras la experiencia nazi y soviética, la palabra «campo» tenía muy mala prensa en el resto del mundo por mucho que se adornase con palabras altisonantes. Eso, y las peculiaridades de la cultura local, le llevó a crear un sofisticado sistema penitenciario en el que no había condenados, ni siquiera detenidos, sino ciudadanos cuyas convicciones revolucionarias flojeaban y que había

que reformar y reeducar para beneficio de toda la sociedad.

Al campo se iba por cualquier nimiedad: denuncias anónimas, purgas dentro del Partido, pequeños robos…, la cuestión no era ser o no culpable, sino tener la mala suerte de caer arrestado. La lógica del maoísmo era implacable. En el momento en que alguien era detenido pasaba automáticamente a ser culpable y no al revés. No había ninguna posibilidad de demostrar la inocencia. La maquinaria del Estado, que en el caso chino superaba con creces la inmarcesible frialdad de la apisonadora soviética, aplastaba cualquier atisbo de

garantía jurídica.

Los detenidos estaban obligados a autoinculparse y a redactar su propia acta de acusación. Todos lo hacían. La policía disponía de todo el tiempo del mundo y de variados instrumentos disuasorios como la privación del sueño, inacabables interrogatorios o el encierro en tenebrosas celdas de castigo donde se ablandaba al reo mediante hambre y sed. Tras la autoinculpación llegaba el traslado al campo, donde el «culpable» habría de permanecer por un tiempo indefinido hasta que fuese totalmente reeducado y se le pudiese reintroducir en la feliz China socialista.

Existían campos de tres tipos. Los Jiuye eran campos especiales de trabajadores semiesclavos, generalmente víctimas de deportaciones, que cobraban un pequeño sueldo con el que pagaban luego su comida y alojamiento. Por encima de ellos estaban los laojiao, campos de reeducación temporales a los que iban a parar los infractores de normas administrativas. El último y más numeroso escalón penitenciario eran los laogai, campos de trabajo en toda regla inspirados en los gulags soviéticos. Con algunas excepciones ninguno de los campos era oficialmente un campo. El

régimen se encargaba de ocultar el crimen tras denominaciones comerciales. Así, era muy usual que los campos fuesen fábricas o granjas estatales que, desde fuera, parecían eso mismo. De este modo Mao presumía en el extranjero de no tener apenas presos políticos, sino «estudiantes» y «trabajadores» que profundizaban en el conocimiento práctico del socialismo.

La columna vertebral del sistema eran los laogai, en los que los carceleros de Mao pusieron todo su esmero. Aspiraban a construir un modelo perfecto de reeducación mediante la anulación del individuo. El

preso estaba allí para trabajar todas las horas que fuesen posibles al tiempo que recibía un intenso lavado de cerebro por parte de una categoría especial de guardianes que cuidaba de la ortodoxia ideológica dentro del campo. Los reclusos estudiaban hasta memorizar las obras del Gran Timonel y tenían que escuchar diariamente el comentario de las noticias que salían en el *Diario del Pueblo*, órgano oficial del Partido.

Mao fijó «cuatro principios de base» que debían ser de curso obligatorio en todos los centros: el marxismo-leninismo, la fe en el maoísmo, la fe en el Partido y la

dictadura democrática del Pueblo. Estos principios constituían las «ideas justas» que llevarían al «criminal por la buena dirección». No se podía hablar de otra cosa. Temas de conversación banales como la familia, la comida, el deporte o el sexo estaban terminantemente prohibidos. Si alguien era sorprendido hablando de algo que no fuese política revolucionaria era castigado severamente. Y lo más curioso de todo, sólo en esas circunstancias estaba permitido el castigo. En los laogai los guardias no podían torturar, ni agredir, ni insultar a los presos.

Para llegar a recrear un mundo tan

orwelliano, los directores de los campos utilizaban todo tipo de técnicas aparentemente no violentas. Lo primero era obligar a caminar a todo el mundo con la cabeza gacha, mirándose los pies, a todas horas del día, hiciesen lo que hiciesen. Luego venía la anulación propiamente dicha. Los barracones estaban atestados y los reclusos no dormían sobre camas individuales, sino sobre tablones en el suelo, uno junto al otro, sin espacio propio ni efectos personales. Las letrinas se situaban lejos de los barracones, que mantenían la luz encendida durante toda la noche mientras un capo vigilaba para que

nadie cuchichease a escondidas.

Con todo, el mejor modo de lograr la completa sumisión era la alimentación. En los laogai el hambre y las enfermedades que de él se derivan eran la primera causa de muerte. Sólo había dos comidas diarias extremadamente escasas. No se distribuía arroz ni carne, los presos tenían que conformarse con ínfimas raciones de caldo de maíz y verdura hervida. El centro de la vida del preso era ese caldo que recibía sólo si la sumisión era absoluta. Un conjunto de incentivos y desincentivos muy poderoso hacía el resto.

Los presos desconfiaban los unos de los otros. Si uno denunciaba a un compañero de barracón por falta de entusiasmo durante las sesiones teóricas, tenía muchas probabilidades de obtener una ración extra de caldo o, directamente, el caldo del denunciado, que habría de purgar su pena en celdas espantosas. Los calabozos eran un pasaporte directo al otro barrio. Se trataba de cubículos mínimos, auténticos nichos verticales donde el condenado apenas podía tumbarse y permanecía esposado con las manos a la espalda haciéndose sus necesidades encima y comiendo como un animal agachado en

el suelo. Una condena en el calabozo que superase los seis o siete días significaba la muerte, una muerte a cámara lenta en un campo en el que estaba prohibida la tortura y que, de puertas afuera, no existía más que como una granja especial. El recolmo del sinsentido.

La alienación alcanzaba niveles tan angustiosos que los laogai se convirtieron en auténticas ciudades zombi en las que sus habitantes, vestidos con andrajos ya que no se les entregaba ropa ni calzado, trabajaban hasta dieciocho horas seguidas en campañas de autosuperación que los oficiales

denominaban «lanzamiento del Sputnik». No había días de descanso más allá de las jornadas festivas designadas por el Partido y que se dedicaban íntegramente al lavado de cerebro mediante interminables peroratas teóricas sobre los logros del socialismo.

En 1990, tras la caída del Muro de Berlín y el ocaso del socialismo real en Europa del este, las autoridades chinas decidieron suprimir el desgastado término «laogai» para sustituirlo por el de «prisión». Sólo cambió el nombre, el modelo se mantuvo hasta 1997 cuando se anunció que estás cárceles para los cuerpos y las mentes iban a ser

clausuradas. Pero los laogai se resisten a morir, se calcula que entre seis y siete millones de personas siguen confinadas en campos de trabajo forzado, todos en la región del Tíbet. En Occidente, hoy como ayer, nadie dice nada.

El desierto soviético del mar de Aral

A mediados del siglo XIX los soldados rusos llegaron a las costas del mar de Aral, en las resecas estepas del corazón de Eurasia. Era una tierra salvaje, casi virgen, patria de los jinetes nómadas que un día habían dominado el mundo. Los zares incorporaron a su imperio este área tan extensa y prácticamente ingobernable porque se encontraban en plena carrera

contra los británicos por el dominio del Asia central.

Aquella frenética competición duró un siglo y se la recuerda como «el gran juego». Rusos y británicos fueron tomando posiciones. Los unos desde la gélida Siberia; los otros desde su imperio indio por controlar todas las vías de comercio entre el este y el oeste. Los rusos se hicieron fuertes en las estepas, los ingleses en la costa. Al final, después de un siglo de rivalidad, llegaron a un acuerdo poco antes de la primera guerra mundial, en 1907, porque, ya para entonces, los dos corredores se necesitaban mutuamente

para frenar el poderío de la Alemania imperial.

El hecho es que, todavía en 1847, faltaba mucho para ese acuerdo amistoso. Los militares rusos destacados en la región de Uzbekistán, temerosos de que los ingleses apareciesen de improviso por el horizonte, ordenaron armar una pequeña flota en el inmenso lago salado que acababan de añadir al inventario de posesiones del zar. Fundaron una ciudad, Aralsk, que sería puerto principal y centro de operaciones de la flotilla rusa del mar de Aral, la flota de guerra más alejada del mar en todo el mundo. La pesca, que había sido

siempre la principal actividad económica en las costas del mar de Aral, se sofisticó con la llegada de los rusos. Los pueblos ribereños crecieron y se armaron flotas pesqueras que, en sus mejores tiempos, llegaron a capturar un sexto de toda la pesca rusa.

Los dos primeros barcos que navegaron por el Aral eran dos goletas llamadas *Nikolai* y *Mijail*, luego llegaría el *Constantino*, que realizó el primer mapa detallado de las costas de este mar interior, de cuya existencia se sabía pero que era una incógnita en todo lo demás. En 1851 llegaron los vapores cuyas calderas se alimentaban con el

carbón traído desde la cuenca del Don, en la lejana Ucrania. El ejército pagaba el transporte por las estepas porque, a fin de cuentas, aquello de la flota del Aral no era más que una cuestión de hegemonía.

Aparte de la testimonial presencia militar, los zares no se metieron con el mar de Aral, ni con su avifauna, ni con sus ríos, ni siquiera con la gente que poblaba sus riberas. El poder de los Romanov era absoluto, pero no uniformador. Las cosas cambiarían con la revolución. Los bolcheviques, que destronaron y heredaron a los zares haciéndolos incluso buenos, anexionaron

—generalmente por la fuerza— a su unión de repúblicas soviéticas a los antiguos súbditos del imperio. Los uzbecos también fueron sometidos contra su voluntad a la disciplina socialista y, con ellos, su mar de Aral.

Una vez amarrados al poder, los hombres del Politburó consideraron que ese mar, allí, en mitad de la nada, consumiendo el agua preciosa de los ríos Sir Daria y Amu Daria, era un error de la naturaleza, un recurso ocioso que la revolución podría poner en valor. En 1918 el primer Gobierno comunista dedicó 30 millones de rublos para canalizar los ríos e irrigar una vasta

zona de estepa que habría de convertirse en la mayor plantación de algodón del mundo. El propio Lenin escribió que «la irrigación hará más que cualquier otra cosa para revitalizar y regenerar la región, enterrando el pasado y haciendo la transición al socialismo más segura».

Las aguas de los dos únicos tributarios del mar fueron desviadas de sus cauces para regar miles de hectáreas de terreno. En sólo una década, la república soviética de Uzbekistán vivía ya en exclusiva del monocultivo de algodón. La idea era competir con los Estados Unidos y, gracias a la abundancia de agua y la extensión

cultivada, copar el mercado mundial de algodón que, de este modo, se transformaría en una suerte de oro blanco para las arcas soviéticas. Los planificadores no contaban, obviamente, con la supina ineficiencia del sistema y la baja productividad de la agricultura colectivizada.

Se construyeron más de 30.000 kilómetros de acequias y canales, 45 presas y 80 embalses. Pero la infraestructura estaba tan mal hecha que, en algunos casos, dejaba escapar hasta tres cuartas partes del agua que transportaba. El canal Karakum, cavado en el desierto de Turkmenistán, tardó

más de 30 años en construirse y tenía una longitud de casi 1500 kilómetros, pero estaba lleno de filtraciones, lo que redundó en la productividad de los cultivos.

Las obras de irrigación continuaron durante las décadas siguientes hasta consumir todo el caudal del Sir y el Amu Daria. Hacia 1960 el mar ya no recibía apenas aporte hídrico y entonces, tal y como esperaban los padres de la URSS, empezó a encoger. Al principio lentamente, unos 20 centímetros al año, luego, a partir de 1975, a toda velocidad. En los años ochenta el nivel de las aguas bajaba un

metro al año alejando la línea de costa más y más hacia el interior. Las autoridades ni se inmutaron. Ya tenían previsto que eso sucediese, formaba parte del plan.

Un plan que había condenado a todas las localidades costeras a la ruina. Un plan que había condenado a los uzbecos y los kazacos a vivir eternamente atados a una plantación de algodón. Un plan, en definitiva, que ocasionó el mayor desastre ecológico de la Historia, y este sí que fue antropogénico y deliberado. Vistos los indeseables efectos de la desecación del mar sobre la población —enfermedades respiratorias y

digestivas, tuberculosis y un largo etcétera—, los ingenieros soviéticos pensaron en traer agua desde la cuenca del río Obi, en Siberia, para rellenar el Aral, como si éste fuese una bañera que otros ingenieros, los sociales, vaciaban y llenaban a placer.

El rellenado no fue posible, en 1986, cuando fue descartada la idea, no quedaba ya ni dinero ni ganas de seguir transformando el Asia Central a golpe de piqueta. La Unión Soviética colapsó poco después, dejando moribundo el que fuera el cuarto mayor lago del mundo. Nadie, por descontando, se hizo responsable de la salvajada, y las

organizaciones ecologistas occidentales, obsesionadas entonces con el agujero de la capa de ozono y el CFC de los desodorantes, no dijeron ni mu. Como con Chernobil, la URSS tenía patente de corso medioambiental.

Pero el mal estaba ya hecho. Las jóvenes repúblicas desgajadas de la URSS no tenían otra cosa de la que vivir y el mar fue a menos hasta quedar partido primero en dos y luego en cuatro charcas diminutas con una altísima salinidad que mataba a todo bicho viviente. En 2004 era ya sólo una cuarta parte de lo que había sido 30 años antes, en 2007 era ya sólo el 10%. Hoy, el mar

de Aral está virtualmente muerto. Al norte, gracias a una presa terminada en 2005 se ha logrado salvar un pedacito que está recuperándose lentamente.

El resto, cerca del 80% de lo que fue el inmenso lago de las estepas, es un desierto salino Su lugar lo ocupa un nuevo desierto, el de Aralkum, que todavía no aparece en los mapas pero que ahí está como monumento perpetuo a la arrogancia y estupidez del *homo sovieticus*.

Nuestro querido gulag criollo

A finales de 1965 la Cuba revolucionaria se encontraba en serios aprietos. La revolución no había traído democracia, sino un régimen de partido único ante el que no cabía oposición posible. Los disidentes pagaban su atrevimiento con la vida o con duras penas de cárcel precedidas por un severo escarnio público y una dolorosa tanda de palos en la comisaría.

La economía tampoco marchaba bien. Cuba, el país donde hasta 1959 había casi tanto ganado vacuno como habitantes, pasaba hambre. Las cartillas de racionamiento fueron instauradas en marzo del 62, meses antes de la crisis de los misiles. Puestos a elegir, el Gobierno de Castro prefirió los cañones a la mantequilla. «Cuba dispone de armas, pero el puchero está vacío» decía el corresponsal del diario español *ABC* en una de las crónicas que, regularmente, remitía a Madrid por vía telefónica.

Las tiendas desabastecidas y un sistema político opresivo provocaron

una ola migratoria sin precedentes en la historia de la isla. En 1965 unos 250.000 cubanos se había marchado ya. Uno de cada quince cubanos escogió el exilio al comunismo, aun a costa de dejar atrás todos sus bienes. La mayoría emigró a la cercana ciudad de Miami, otros rebuscaron en su árbol genealógico viejos vínculos con la antigua metrópoli y retornaron a España, el mismo país del que habían salido sus padres o abuelos sólo unas décadas antes. En España había una dictadura, la del general Franco, de signo opuesto a la de Castro, pero al menos se comía… y se podía salir del país a voluntad,

extremo este impensable en la Cuba de la revolución.

Los emigrantes de la primera hornada vinieron muy bien al régimen. Se trataba de empresarios y profesionales cualificados, casi todos blancos y refractarios a los nuevos tiempos revolucionarios. Pero el castrismo, sus estrecheces económicas y su militarización de la vida pública era una fábrica de disconformes. La falta de comida en un país bendecido por la naturaleza que siempre había nadado en ella, avivó el descontento popular. Al Gobierno le quedaban dos opciones. La primera abrir de nuevo las compuertas

de la emigración para que los insatisfechos se largasen con viento fresco. Eso entrañaba, aparte del descrédito internacional, el riesgo de que la estampida fuese de tal calibre que se escapase al control del Gobierno. La segunda era simple y expeditiva: encerrar a los que se habían significado públicamente contra el régimen.

Había, además, un problema añadido. Castro, empeñado en convertir a los cubanos en soldados revolucionarios, quería imponer el servicio militar obligatorio a todos los hombres comprendidos en la franja de edad de los 18 a los 27 años. Eso

implicaba entregar armas y dar entrenamiento militar a posibles disidentes que, llegado el momento y con la organización adecuada, podrían propinar un contragolpe guerrillero en las mismas sierras desde las que Castro y sus barbudos habían tumbado a la dictadura de Fulgencio Batista.

Existía, por último, un factor externo que a Castro no le dejaba dormir. En 1965 Estados Unidos había comenzado una imparable escalada bélica en Vietnam. El despertar del gigante no se limitaba a Indochina. En abril de ese año Lyndon B. Johnson ordenó la ocupación de la República Dominicana

por miedo a que los partidarios del ex presidente Juan Bosch creasen «una segunda Cuba». La Casa Blanca empleó en Santo Domingo toda la decisión y reciedumbre que le habían faltado en Cuba en 1961 con motivo de la invasión de Bahía Cochinos. Despachó un ejército de 42.000 marines y paracaidistas a la isla de La Española. Una fuerza tan incontenible que los 7000 efectivos con los que contaba el general dominicano Francisco Caamaño apenas pudieron resistir unas horas. De repetirse una operación semejante en Cuba el fin de la revolución hubiera sido cosa de días.

La cuestión estaba clara. Durante el verano de 1965 Castro concluyó que la única solución posible era crear un tipo de campos de concentración al estilo de los laogai chinos. Pero no podían llamarse así por las connotaciones que el término «campo de concentración» poseía. Castro en persona los bautizó como «Unidades Militares de Ayuda a la Producción» (UMAP). Quedaba así el crimen debidamente cubierto por el aséptico lenguaje económico del plan quinquenal.

El 19 de noviembre de aquel año se abrió el primer campo de la UMAP en una zona pantanosa e insalubre de la

provincia de Camagüey. «UMAP: forja de ciudadanos útiles. Brillante iniciativa de cuadros militares», titulaba a toda página meses después el diario habanero *El Mundo*. Los campos iban a estar repartidos por toda la geografía isleña y tenían dos razones de ser fundamentales. La primera «aumentar la producción, particularmente la agraria mediante trabajo creador y productivo». La segunda «ser útiles a la sociedad, desarrollarse, formarse y humanizarse». Ni Stalin ni Mao había alcanzado tal nivel de cinismo en la descripción de sus respectivos programas de reclusión forzosa y reeducación a través del

trabajo.

A diferencia de lo que pasaba en la URSS o en la China popular, el régimen no pretendía ocultar su existencia, sino deformar su verdadera naturaleza para que luego la propaganda del régimen los utilizase intensamente como recurso. El propio Fidel Castro hacía referencia a ellos en los kilométricos discursos con los que machacaba a su audiencia cautiva. En uno pronunciado en la primavera de 1966 se refería a los nuevos campos por su nombre oficial al tiempo que justificaba que se estuviese enviando «falsos revolucionarios» a trabajar en ellos.

«Lo que hay que liquidar no es el pecador sino el pecado. Y sencillamente a ese elemento parásito de la Revolución, ¡con ese elemento vamos a ajustar cuentas, y estamos ajustando cuentas!», bramaba el líder máximo en la escalinata de la universidad de La Habana ante un nutrido y entregado público.

Pero ¿quiénes eran esos «pecadores» de los que hablaba Fidel? Para el régimen se trataba de «elementos del amiguismo, de la piña, de las fiestas, de las juergas, del vicio, del parasitismo». La realidad era muy otra. A los campos de la UMAP se iba por

cualquier insignificancia. Bastaba un informe en contra de algún miembro local del Partido o las sospechas de que el acusado criticaba a la revolución para ser arrestado y trasladado al campo.

Los campos se fueron llenando de estudiantes incómodos que no se doblegaban al dogma marxista y que, por eso mismo, habían sido expulsados de la universidad. Este grupo era muy interesante porque se trataba de jóvenes idealistas a los que se podía matar a trabajar. A la UMAP fueron también a parar sacerdotes católicos y miembros de minorías como los testigos de Jehová. Con los religiosos se hacía

doble justicia: la propiamente revolucionaria y la religiosa. El régimen se consideraba ateo y quería eliminar cualquier vestigio de religiosidad entre los cubanos. La lista de acusados no se terminaba ahí. Un caladero donde los comisarios del régimen fueron a capturar nuevas remesas de presos fue el de los que había solicitado formalmente la salida de la isla, un procedimiento largo y farragoso que solía saldarse con una negativa por parte de las autoridades.

Por último, unos de los grupos más numerosos y vilipendiados que pasaron por los campos fue el de los

homosexuales. El castrismo no podía con ellos. «Tenemos a unos cuantos señores arrestados. No les va a pasar nada, nadie se asuste; simplemente estamos investigando algunas irregularidades, algunas inmoralidades, algunas faltas que están sancionadas por el Código Penal. ¿Viciosos en el seno de la Revolución? ¡No!», decía el propio Fidel Castro por aquella época.

El odio a los homosexuales bebía de dos tradiciones. La primera el machismo imperante en la época, un mal que afectaba a todo Occidente pero que, al menos en Cuba, nunca había llevado aparejado la detención de homosexuales

y su posterior reclusión en campos de concentración por el mero hecho de serlo. La segunda era más ideológica. En la Unión Soviética se tenía a la homosexualidad por una demostración de la decadencia y la inmoralidad inherentes al capitalismo y la sociedad burguesa. La Gran Enciclopedia Soviética describía la homosexualidad como «una perversión sexual que consiste en una atracción antinatural entre personas del mismo sexo. Ocurre en los dos sexos. Los estatutos penales de la URSS, los países socialistas y hasta algunos estados burgueses, la penalizan».

Fidel Castro era meridiano respecto al tema de los homosexuales. En una larga entrevista que concedió al periodista norteamericano Lee Lockwood confesó que «nunca hemos creído que un homosexual pueda personificar las condiciones y requisitos de conducta que nos permita considerarlo un verdadero revolucionario, un verdadero comunista». Y el destino de los que no eran verdaderos revolucionarios y comunistas era indefectiblemente el campo de la UMAP.

Esos arrestados de los que hablaba Castro y a los que, según sus palabras,

no les iba a pasar nada, fueron internados en infernales campos de trabajo donde el escarnio, la tortura y las vejaciones de toda índole eran moneda de cambio habitual. El ambiente de impunidad del que gozaban los carceleros era idéntico al de sus homólogos chinos o soviéticos. Los presos, desposeídos de cualquier tipo de derecho, fueron sometidos a un trato inhumano que se cifraba en agotadoras jornadas laborales al inclemente sol del Caribe, escasa alimentación y malos tratos continuos.

Norberto Fuentes, uno de los cronistas de la revolución que cayó en

desgracia décadas después, se refirió a ellos como «nuestro querido gulag criollo». Fuentes sabía de lo que hablaba pues los vio con sus propios ojos, aunque desde el lado de los guardianes. «Los campos de concentración no son aquí una figura metafórica para denostar al castrismo», escribiría años más tarde, «campo de concentración es un terreno cercado con alambradas electrificadas y con torretas de vigilancia y reflectores y perros y en el que se hacinan en sus barracas centenares de famélicos esclavos». La ilusión propagandística que distribuían los periódicos con imágenes de

internados felices jugando al béisbol o posando con los guardias en plena faena en el cañaveral, eran eso mismo, ilusiones destinadas a complacer al régimen y tranquilizar a la amaestrada opinión pública.

Gracias al privilegiado clima tropical de la isla, en los campos de la UMAP no hacían falta barracones. Los presos dormían en hamacas, y, si no quedaba ninguna libre, al raso entre las palmeras. Los guardias tenían la costumbre de despertar a los cautivos a fustazos o con golpes de sable sobre el cuerpo desnudo para prepararles psicológicamente para un día de trabajo

devastador. La desnutrición y las enfermedades se encargaban del resto.

El campo estaba convenientemente separado de la civilización por muchas hectáreas de campos de labor. Nadie sabía nada y nadie tenía por qué saber lo que sucedía más allá de las alambradas. Ese silencio espeso, la complicidad de los guardias y la decisión de Castro de cerrar los campos sólo tres años después de su apertura obró el milagro del olvido. En muy poco tiempo los campos de la UMAP se perdieron entre las brumas de la historia de la revolución cubana. En el mejor de los casos se trató de un traspiés reconocido

entre dientes por algunos capitostes del régimen, en el peor no existieron jamás.

Nunca se ha sabido a ciencia cierta cuántos cubanos fueron enviados al infame archipiélago de la UMAP. Se estima que la cifra ronda entre los 25.000 y las 40.000 personas. Algo parecido sucede con las víctimas. Se sabe que hubo infinidad de suicidios y ejecuciones, pero no se conoce el número exacto y probablemente no se conozca nunca. Antiguos presos de la UMAP como el cantante Pablo Milanés o el sacerdote Jaime Ortega, que llegó a ser arzobispo de La Habana, han guardado un inexplicable silencio,

similar, por lo demás, al de muchas víctimas de las penitenciarias políticas soviéticas.

Tampoco se sabe por qué Castro los clausuró o, mejor dicho, cambió el modo de castigar al disidente, porque presos políticos ha seguido habiendo en Cuba hasta el día presente. Los defensores de la revolución lo explican atribuyendo el mérito a las protestas de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, una organización de estricta obediencia castrista cuya oposición a los campos, si es que es existió, fue tan suave que puede considerarse insignificante. Algunos intelectuales en

el extranjero si hicieron preguntas incómodas a Castro sobre el particular. Pero el régimen siempre ha despachado este tipo de requerimientos con desdén y la consabida reacción airada que incluye culpar a los «gusanos» del exilio de practicar actividades anticubanas.

Tal vez el fin de la UMAP se debió a su ineficiencia intrínseca. A pesar de su nombre, ni eran militares ni apoyaban a la producción. No eran más que desalmadas cárceles en mitad del campo que costaban mucho más de lo que podían aportar. Tenían, para colmo, un coste al que el castrismo siempre fue muy sensible: el mediático. Para 1968

los gulag eran ya en la Unión Soviética un recuerdo de otra época. Su existencia lo único que podía ocasionar era críticas en el extranjero y un innecesario desgaste en términos de imagen.

Hay, por último, un acontecimiento que quizá ayuda a explicar el cierre definitivo de los campos de la UMAP. En 1968 el Gobierno cubano decretó la llamada «ofensiva revolucionaria», que consistió en expropiar los pequeños negocios privados que aún quedaban en la isla. La ofensiva vino acompañada de una tímida apertura de la frontera. Al igual que había hecho años antes, Castro relajó los permisos de emigración y una

nueva legión de descontentos abandonaron la isla. Se volvía de este modo al punto de partida. Ya no eran necesarios los campos de la UMAP. Bastaría con la justicia ordinaria para los casos de insumisión más flagrantes.

De ahí en adelante nunca más supo de la frustrada y un tanto improvisada solución a la soviética que Castro quiso dar al reincidente problema de la disidencia generalizada. A fin de cuentas, Cuba es una isla. ¿A alguien se le ocurre una cárcel dotada de un foso mejor?

El gran salto a la tumba

«LA liberación real no es posible si no es en el mundo real y con medios reales, no se puede abolir la esclavitud sin la máquina de vapor y la mula jenny, no se puede abolir el régimen de la servidumbre sin una agricultura mejorada».

En este párrafo, escrito a dúo entre Karl Marx y Friedrich Engels para el primer capítulo de *La ideología*

alemana, se puede resumir lo que luego se denominaría «Teoría de las fuerzas productivas», en virtud de la cual el verdadero socialismo nunca podría ser alcanzado si no se desarrollaban antes las condiciones materiales adecuadas.

Era un dilema de primera magnitud. Una vez conquistado el poder la vanguardia tenía que elegir entre dejar que los réditos de la agricultura en manos de pequeños propietarios alfombrasen la llegada de la gran industria estatal, o acelerar la operación colectivizando las granjas para utilizar esos beneficios en la forja de la industria. Los ideólogos del bloque del

este se devanaban los sesos con este asunto, que se convirtió en un recurrente tema de debate en las altas esferas.

China, que se incorporó al campo socialista en 1949 tras una cruenta guerra civil, no era ajena a estas controversias teóricas. Pero en los países comunistas los debates no duraban mucho. Entregados a líderes providenciales, siempre se terminaba haciendo la voluntad de estos líderes. En el caso de la China Popular ese hombre era Mao Zedong.

Mao no tenía muy claro que camino seguir, por lo que, al principio, dejó que los campesinos cultivasen pequeñas

parcelas con las que las familias se autoabastecían. La colectivización agraria no comenzó hasta 1955, cuando se constituyeron grandes granjas cooperativas estatales de adscripción voluntaria. El sistema funcionó bien, y la mejor muestra fue la excepcional cosecha de 1957. Mao estaba exultante con la buena marcha de su revolución. Henchido de orgullo viajó en noviembre de ese a año a Moscú, donde se iba a celebrar por todo lo alto el cuarenta aniversario de la revolución de octubre.

Hacía ya muchos años que la guerra había concluido, tocaba ahora un desafío aún mayor: demostrar al mundo que el

socialismo no sólo era más justo e igualitario, sino que era capaz de proporcionar abundancia a los que viviesen bajo su manto protector. La abundancia es la otra cara de la producción. Un país dispone de mucho cuando produce mucho. Para 1957 la cruda realidad era que los capitalistas producían bastante más que los comunistas, y, como consecuencia, tenían más de todo. Y no sólo Estados Unidos, que había salido bien librado de la guerra mundial, sino naciones como Italia o Alemania que, sólo unos años antes, estaban arrasadas y se morían de hambre.

Jruschov lanzó un reto a una audiencia compuesta por presidentes de repúblicas populares. El bloque socialista no debía conformarse con alcanzar a Occidente, sino que debía superarle, y debía hacerlo en el plazo de unos pocos años. A Mao la propuesta le embriagó. Cuando le llegó su turno de palabra se dirigió al auditorio con estas palabras: «El camarada Jruschov nos ha dicho que la Unión Soviética superará en 15 años a los Estados Unidos de América. Yo puedo asegurar que, dentro de 15 años, habremos alcanzado o superaremos al Reino Unido».

Al su regreso a Pekín el timonel

traía consigo una idea que pensaba poner en práctica de un modo inmediato. Se trataba de un novedoso plan para convertir China en una potencia industrial de primera categoría en pocos años. El plan se llamaría «Gran salto adelante». No era un plan quinquenal al uso, sino algo mucho más ambicioso, algo de factura completamente china, una campaña realmente revolucionaria que nunca antes se había intentado. El propio Mao lo resumiría como «tres años de esfuerzos y privaciones y mil años de felicidad».

El corazón del Gran salto adelante era la eliminación de las diferencias

entre trabajo agrícola y trabajo industrial. ¿Por qué hacer una cosa u otra cuando se podían hacer ambas? En todas las granjas estatales y en los barrios de las ciudades se instalarían pequeños hornos siderúrgicos que, gracias a una sabia planificación centralizada, fundirían acero en grandes cantidades. Al fin y al cabo la revolución industrial en Inglaterra había comenzado de ese modo mediante el sistema Putting-out. Los campesinos británicos del siglo XVIII trabajaban el textil dentro de sus casas al tiempo que atendían sus labores agrícolas cotidianas. Eso posibilitó que la

producción aumentase y naciesen las primeras fábricas.

China iba a hacer algo parecido con el acero. El Estado suministraría la materia prima y el combustible, los campesinos-obreros pondrían el trabajo. El éxito estaba garantizado y, como había tantos chinos, la producción se dispararía rápidamente y se podría superar al Reino Unido tal y como había prometido Mao en Moscú ante los capitostes de las naciones socialistas.

Eso era el plan, claro. La realidad demostró ser muy distinta. La primera parte de la campaña se centró en eliminar las pequeñas parcelas de

autocultivo que abundaban por los pueblos. El motivo de liquidar el último resto de propiedad más o menos privada que quedaba en China con tanta prisa no era tanto la propiedad en sí, como el hecho de poder disponer a tiempo completo de todos los vasallos. La colectivización se convirtió de este modo en forzosa. Las cooperativas del primer plan quinquenal se transformaron en comunas populares que lo compartían todo, incluida la cocina y el comedor, ancestrales refugios de la cultura familiar china.

Aquel modelo encandiló a Mao. Meses después de lanzar la campaña el

presidente anunció que esas comunas, unas 25.000, serían el nuevo marco de organización para la China rural. Las comunas serían unidades de producción totales. Durante el día trabajarían el campo y por la noche los hornos. Sus habitantes quedarían, además, fijados de por vida a la comuna en cuestión ya que se prohibió terminantemente que nadie la abandonase sin permiso de las autoridades del Partido. Los «esfuerzos y las privaciones» iban a ser mucho mayores de lo que se pensaban incluso los de la línea más dura de Politburó.

No todo el país iba a recluirse en comunas. El Estado encargó la

construcción de grandes acerías junto a las ciudades que se llenarían de millones obreros, no necesariamente cualificados para esa tarea. Entre 1958 y 1960 cincuenta millones de personas se incorporaron a la nómina estatal. Cincuenta millones de bocas que las comunas medio agrícolas medio siderúrgicas tendrían que alimentar. La confianza que los comunistas chinos tenían en el poder de la voluntad era realmente suicida. En la China de aquella época estaban en boga las teorías agronómicas de Trofim Lysenko, aquel charlatán soviético que dijo haber inventado la biología proletaria. Mao

creía ciegamente en ellas y aportaba descubrimientos de su propia cosecha. «Con la compañía las semillas crecen fácilmente, cuando crecen juntas se sienten a gusto», llegó a decir en cierta ocasión durante un discurso. Nadie, obviamente, osaba llevar la contraria al autoproclamado «salvador del Pueblo».

El voluntarismo que, según la propaganda oficial, desplazaba montañas se tradujo en el campo agronómico en un empeoramiento automático de las cosechas. En el frío y apartado Tíbet, por ejemplo, se dejó de plantar cebada para sustituirla por el trigo. El resultado fue que no se

recogieron ninguno de los dos cultivos. Otra idea de los agrónomos del régimen fue exterminar a los gorriones porque comían grano. La cosecha lo pagó en forma de plagas ya que los gorriones, aparte de grano, también comían multitud de insectos y parásitos.

La biología revolucionaria iba a ser sólo uno de los pilares de una agricultura superproductiva contra la que Occidente nada podría hacer. El otro sería las grandes obras de irrigación. Con apresuramiento, sin hacer estudios técnicos preliminares y sin fiarse demasiado de los ingenieros, el Estado acometió un ambicioso

programa de presas y canales. Muchas no sirvieron de nada porque, por culpa del atolondramiento inicial, se emprendieron obras hidráulicas donde no hacían falta. Muchas anegaron fértiles pastos donde pacía el ganado. Otras se derrumbaron al poco de concluirse con la primera crecida. Todas fueron extraordinariamente costosas en vidas.

A comienzos de 1959 la catástrofe inminente tenía ya todos sus ingredientes a punto de ebullición. Entre las millonarias partidas de trabajadores dedicadas a la gran industria, las que estaban por todo el país levantado presas y los propios campesinos

fundiendo metal en sus microacerías rurales, el país no producía toda la comida que necesitaba. La producción de grano se desplomó a niveles de 1950 pero con cien millones de chinos más. Los trabajadores de las granjas estatales no daban más de sí. Subalimentados y condenados a interminables horas de trabajo empezaron a morir de inanición, primero miles en algunas zonas puntuales, más tarde millones por todo el país.

En Pekín los altos funcionarios del partido comenzaron a darse cuenta de que la situación estaba fuera de control más allá de los muros de la Ciudad

Prohibida. El líder, sin embargo, era de la opinión contraria. En agosto de 1959 se decidió relanzar y profundizar en el Gran salto adelante. No importaba si morían unos cuantos, lo importante era tener fe y mantener la vista en el horizonte. La propaganda acuñó un chocante lema para el invierno del 59: «vivir de un modo frugal en un año de abundancia». El Partido se encargó también de que los médicos recordasen que los chinos eran una raza privilegiada que no necesitaba un gran aporte de grasas ni de proteínas.

Mientras los terminales propagandísticos del régimen repetían

una y otra vez que estar delgado era saludable y que el sacrificio merecía la pena, el país entró en una demoníaca espiral de hambre. Las granjas cada vez producían menos porque sus trabajadores morían o porque estaban muy débiles para sembrar y recoger las cosechas. Lo poco que salía de los silos iba destinado a alimentar a la otra «pierna de la revolución», la industrial y, especialmente, la política. A los miembros del Partido no les faltaba comida, ni en Pekín ni en ninguna otra ciudad.

La escasez de alimento repercutió directamente en la producción de acero.

Las acerías de las ciudades fueron despoblándose; ya porque sus operarios morían, ya porque desaparecían para buscar comida por las alcantarillas o en las ilegales huertas que muchas familias plantaban en los patios. Las fundiciones rurales sufrieron igual destino. El plan decía que el Estado se encargaría de suministrar la materia prima y el carbón, pero ninguno de los dos insumos llegaban en el tiempo y la forma adecuada. Para colmo, el acero de las explotaciones rurales era de tan mala calidad y estaba tan lleno de impurezas que no servía para nada.

En las minas de carbón los mineros

morían de hambre, enfermaban o se esfumaban para cultivar sus propios huertos. Pero la revolución lo podía todo, a falta de carbón los campesinos tenían que salir en busca de madera a los bosques cercanos que, en muchas provincias, quedaron totalmente esquilmados. Respecto al hierro, los cabecillas locales, deseosos de presumir ante sus superiores de crecientes cuotas de producción, ordenaron que se echase a los hornos cualquier tipo de metal: cacerolas, cucharas, cuchillos… Si los campesinos no colaboraban las milicias del Partido se encargarían de requisarlo por la

fuerza con una buena ración de palos.

No sólo no había que comer, sino que tampoco tenían donde hacerlo. El mercado negro irrumpió con fuerza inaudita a partir de 1960. Quien podía permitirse un discreto huertecillo o quien se las arreglaba para robar algo de grano en un silo, lo ponía rápidamente en el mercado a precios astronómicos. El arroz de contrabando, por ejemplo, llegó a multiplicar por treinta su precio. Las escasez y los riesgos que entrañaba el contrabando explicaban esos precios tan elevados. Como era de suponer el régimen hizo responsable del fracaso de los planes y

del hambre generalizada al mercado negro, al que oficialmente denominó «acaparación».

La prefectura de Xinyang informaba a los mandos del Partido en Pekín que «no es que el alimento falte. Hay grano en cantidad, pero el 90% de los habitantes tienen problemas ideológicos». Pekín no tardó en tomar cartas en el asunto. Durante el invierno de 1960 se desplegaron por el país milicias armadas cuyo único mandato era reprimir con dureza a los campesinos. De este modo, al hambre y la enfermedad se unió un nuevo jinete: el de la guerra. La represión fue tan brutal

como era previsible en un país sometido a una tiranía semejante. El comercio se pagaba con la vida lo que hizo desaparecer por completo el contrabando que, de un modo bastante precario, mantenía con vida a buena parte de la población.

Millones de campesinos fueron detenidos y trasladados a campos donde se les torturó hasta la muerte. Unos por haber sido sorprendidos intercambiando un puñado de arroz, otros por delitos ideológicos y, los más, por «remolonear» en el trabajo y no alcanzar las cuotas marcadas por el comité. Las ejecuciones ejemplarizantes se pusieron

a la orden del día. Por ejemplarizante hay que entender, en el contexto de la China de Mao, a reos enterrados vivos o grandes pucheros con gente dentro a quienes hervían delante de sus vecinos.

Para 1961 moría ya tanta gente que el Partido prohibió la celebración de funerales. Los muertos se echaban a fosas comunes o eran utilizados como abono. El hambre no cesaba. Sin nada que echarse a la boca muchas familias empezaron a intercambiarse a sus hijos para comérselos. Los intercambiaban para evitar comerse a sus propios hijos. Otros se hacían sopas con cortezas de árbol hervidas o rebuscaban gusanos

entre los excrementos de los caballos que montaban los guardias rojos.

Durante ese año la situación se había tornado tan insostenible que las noticias de la gran hambruna cruzaron la frontera y llegaron a Occidente. El Gobierno chino no reconoció nada, a lo más que habían padecido una severa sequía. No era cierto, los años 1959, 1960 y 1961 fueron normales en lo que a lluvias se refiere. Estados Unidos se ofreció a enviar grano en concepto de ayuda humanitaria, pero Mao la rechazó. Lo que no podía rechazar eran las compras de grano en el extranjero, aunque sólo fuese para alimentar al ejército y a la

casta del Partido. China había pasado de exportar a la URSS 2,8 millones de toneladas de grano en 1958 a importar 5,8 millones en 1961.

El Politburó presionó para que se pusiese fin al experimento. A mediados de 1961 la campaña quedó aparcada para siempre. Los campesinos fueron liberados de las comunas, se volvió a permitir que se cultivasen pequeñas parcelas familiares y que los agricultores intercambiasen sus productos en mercadillos informales. En un solo año el hambre había remitido milagrosamente. El artífice de la vuelta a la normalidad fue Liu Shaoqi, veterano

de la Larga Marcha y número dos del Partido. Mao no se lo perdonó, años más tarde, con motivo de la Revolución Cultural le quitaría de en medio.

El Gran salto adelante había sido un fracaso se mirase desde donde se mirase. China había consumido recursos preciosos y, lo que es peor, había sacrificado a cerca de cuarenta millones de personas. Nunca antes en toda la historia de la humanidad se había producido una hambruna de tales dimensiones. La mortalidad se había multiplicado por tres y la natalidad era la mitad que cuatro años antes. Las consecuencias económicas se dejaron

sentir hasta finales de la década de los setenta. El campo chino no volvería a producir lo mismo hasta el año 1983. Las humanas no tuvieron reparación posible. El Gobierno, entretanto, corrió un tupido velo sobre el Gran salto adelante, que aún perdura.

El archivillano de Moscú

A mediados de 1943 Stalin suprimió la Comintern. Era lo mínimo que podía hacer vistos los derroteros que había tomado la guerra. La Comintern, una herramienta política que buscaba derribar el capitalismo fomentando la discordia civil en los países occidentales, había perdido todo su sentido cuando esos mismos países eran los principales aliados —y hasta

salvadores— de la Unión Soviética frente a la apisonadora nazi.

Terminada la guerra no se volvió a refundar. La «tienducha», tal y como la llamaba Stalin, había cumplido su cometido tanto en el campo de la propaganda como en los campos de batalla en la guerra de España. Había sido una buena agencia de comunicación e intrigas para la aislada URSS de entreguerras, pero no tenía razón de ser en un momento en el que media Europa era un predio moscovita y la otra media subsistía entre cascotes y complejos de culpa. Más tarde o más temprano malos y buenos, franceses e ingleses, italianos

y alemanes terminarían por asumir la inevitabilidad del socialismo como habían hecho las naciones del este.

Pero no fue así. En 1947 el presidente Truman anunció el Plan Marshall, un programa de ayuda económica generosamente financiado para que el hambre y la conflictividad social de posguerra no convirtiese en enemigos a los que, hasta entonces, habían sido fieles aliados de Washington. El otro plan, el de Stalin, se vino abajo. Resucitó entonces de entre los muertos la Comintern. Pasó a llamarse Cominform, acrónimo de Oficina de Información de los Partidos

Comunistas. Su misión sería organizar el bloque socialista y garantizar que nadie escapase de la ortodoxia ideológica marcada desde el Kremlin.

Todos los partidos comunistas fueron desfilando delante del zar rojo para rendirle pleitesía menos uno, el yugoslavo, dirigido por Josip Broz, un partisano rechoncho y rubicundo que se había autoascendido a mariscal tras derrotar a los nazis y masacrar sin piedad a las milicias ustachas que los apoyaban en Croacia. Broz, conocido como Tito dentro y fuera de su país, se hizo el remolón. Aceptó de mala gana que el primer congreso de la Cominform

se celebrase en Belgrado y que la sede temporal de la organización se fijase allí, pero no tenía intención de llevarse a engaño. El plan oculto de Stalin era sustituir a todos los líderes locales que gozasen de popularidad entre la gente para que sólo se le rindiese culto a él, padre de los pueblos oprimidos del mundo.

Tito lo intuía porque conocía demasiado bien al zorro. Sus peores sospechas se tornaron reales cuando tuvo noticia de una reunión en Moscú a la que habían asistido dos de sus hombres más cercanos, Edvard Kardelj y Milovan Dilas. La conclusión era más

que obvia: uno de los dos habría de sustituirle. Aquella era una inmejorable coartada. Al año siguiente sacó al Partido Comunista de Yugoslavia de la Cominform. De nada había valido que los soviéticos le prometiesen a cambio de su permanencia el apetitoso bocado de Albania, e incluso la anexión de Bulgaria para construir una genuina patria de los eslavos meridionales (Yugoslavia significa eso mismo: tierra de los eslavos del sur). Regalos envenenados cuyo precio era su propia cabeza.

Stalin se encolerizó. Cursó órdenes de aislar por completo al mariscal y

dictó fatwa de busca y captura en la forma habitual entre comunistas, es decir, tachando al disidente de agente del imperialismo, de burgués encubierto, de bujarinista y de menchevique. «Creemos que la carrera de Trotsky es muy instructiva» advirtió el georgiano refiriéndose a Tito en el punto álgido de la crisis.

El «titoísmo», palabra inventada a toda prisa en la Lubianka, se convirtió en pecado de lesa majestad en la URSS y en todos sus satélites europeos. Todo aquel tachado de titoista era carne de proceso sumario y presidio siberiano. En Yugoslavia sucedía lo contrario. A

los miembros del Partido que mostraban simpatías prosoviéticas se les colgó el sambenito de «cominformistas», delito lo suficientemente grave como para ser enviado sin juicio al gulag de Goli Otok, un penal secreto situado en una remota isla del Adriático frente a las costas croatas. Eso el que tenía suerte. Otros pagaron la fidelidad al padrecito con la propia vida.

Se había desatado una guerra civil dentro del bloque del este sin que los aliados occidentales se lo llegaran a explicar muy bien, probablemente porque desconocían la naturaleza íntima del socialismo. El desencuentro entre

Tito y Stalin duró hasta la muerte de este último en 1953. Para entonces Yugoslavia se había posicionado ante el mundo libre como un régimen distinto, más amigable, el «socialismo de rostro humano» lo llamaban los bienintencionados cancilleres del oeste.

De humano tenía poco. Tito se atornilló al poder sabiendo que, junto con la servil Bulgaria, Yugoslavia era el único país del bloque que no hacía frontera con la URSS. Eso la libró de una invasión como la que padecerían Hungría y Checoslovaquia. Jruschov trató, con éxito, de reconducir la situación retomando las relaciones y

asumiendo la excepción yugoslava. Entendió que mientras Tito, un autócrata sanguinario e implacable, siguiese al mando no habría nada que temer.

No iba desencaminado. Tito sirvió de eslabón entre el este y el oeste cuidando de puertas afuera una imagen de refinada moderación que contrastaba con el culto a la personalidad y las formas de tirano oriental que practicaba en el interior de Yugoslavia. Su retrato y su nombre eran omnipresentes por todo el país. Se atrevió a algo que sólo Stalin había hecho antes, a rebautizar una ciudad con su propio nombre: Podgorica, capital de Montenegro, que

pasó a llamarse Titogrado tras la guerra mundial.

Obsesionado con vistosos uniformes llenos de medallas, vivía rodeado de lujos, algunos realmente exclusivos como el yate Galeb, mayor que el de la reina de Inglaterra, donde pasaba largas temporadas y agasajaba a líderes extranjeros y artistas de cine como Elisabeth Taylor o Sofia Loren. Muchos le correspondían con reconocimientos y honores. Tito coleccionó órdenes militares, desde la orden de Lenin hasta la Legión de honor francesa, pasando por la orden de Bath británica o la del rey Leopoldo de los belgas.

El pulso que le había ganado a Stalin en un acto valiente pero perfectamente calculado le proporcionó fama y cierta aura de intocabilidad. Fue el archivillano del monstruo, el único que se enfrentó a él y pudo contarlo. Su país, en cambio, se desintegró poco después de su muerte en 1980. Deshecho el hechizo que embrujó a medio mundo, Yugoslavia se desangró en una miriada de guerras intestinas que, al principio, nadie acertaba a comprender. Tito, el guerrillero que se creía mariscal, los había engañado a todos, empezando por Stalin. Nunca un tirano tuvo tan buena prensa y dejó tan mala herencia a sus

sucesores. Hace sólo poco más de treinta años que murió, y lo peor es que ya nadie se acuerda de él.

El Partido es nuestra madre y nuestro padre

EL fracaso estrepitoso del Gran salto adelante había sido un torpedo en la línea de flotación del liderazgo de Mao Zedong. El triunfador de aquella estúpida y homicida campaña de industrialización acelerada fue Liu Shaoqi, comunista de la primera hora y vicepresidente del Partido. O el gran timonel retomaba el mando o la revolución se le podía terminar yendo

de las manos con funestas consecuencias para sus leales y para él mismo.

Pero Shaoqi estaba bien situado, tanto en el Partido como en el Gobierno, a quien le ponía cara en calidad de presidente de la China Popular. Mao ejercía otro tipo de poder menos visible. Era el líder sin más. Contaba con la *auctoritas* emanada de la ubicua presencia de sus retratos por todo el país, y la *potestas* que le daba el control directo de todos los comités.

En las democracias liberales, con los tres poderes bien definidos y delimitados, una estructura de mando como la de la China de Mao se hacía

complicado de entender. Aunque el Partido era el depositario del poder, quien de verdad mandaba eran los comités. Mao presidía el Comité Central, el Politburó, la Comisión Militar Central y el Comité que regía el Congreso Nacional, llamado oficialmente Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPC). No quedaba resquicio donde Mao no tuviese una influencia decisiva. Tenía a su favor, además, la lealtad inquebrantable de Lin Biao, jefe máximo del Ejército.

La profusión de imágenes de Mao era obra directa de Lin Biao, que sentía

auténtica adoración por el líder. El culto a la personalidad propia agradaba al líder casi tanto como la difusión del *Pequeño Libro Rojo*, otra adulación de Biao, que se había encargado de compilar citas y textos del jefe para luego entregárselas a los soldados como lectura obligatoria. Las aprendían de memoria a modo de mantras recitándolas en voz alta mientras daban cabezazos como los monjes budistas.

Shaoqi pertenecía al pasado, Biao al presente. En 1964, dos años después del abrupto final del Gran salto adelante, Biao ordenó que todo el país se militarizase. La excusa esta vez era la

defensa de una hipotética agresión externa. A partir de ese año todos los estudiantes de China empezaron a recibir instrucción militar en las escuelas. El Ejército, coordinador de esta inexplicable movilización en tiempos de paz, organizó milicias juveniles en colegios, universidades, factorías y barrios urbanos. A los niños se les sacaba de las aulas para desfilar al ritmo de marchas militares y se realizaban ejercicios militares con ellos.

Todo en el alucinado universo de Lin Biao era enfermizo, empezando por su propia persona. Era neurasténico e hipocondríaco. Padecía una amplia

gama de fobias que condicionaban su vida. Aborrecía el viento, el agua, el ruido y la luz. Esas aversiones le llevaron a retirar cualquier tipo de cuadro en el que se viese un río, un lago o el mar. Evitaba viajar y nunca se acercaba a cursos de agua, ni siquiera al de la ducha. Trabajaba a oscuras en su despacho pekinés donde apenas recibía a gente. Allí, según cuentan, tomaba pastillas a todas horas y se evadía de ese mundo que tanto odiaba con dosis de morfina. Su figura, flaca y demacrada, producía una mezcla de temor y repulsión entre los cargos del ministerio de Defensa.

Solo de un enfermo como Lin Biao podía salir algo tan desmadrado y absurdo como la campaña que iba a azotar China de 1966 a 1968. La materia prima del nuevo designio maoísta eran los estudiantes de las ciudades. La Revolución había cumplido ya su quince aniversario. En las escuelas y universidades chinas se estaba formando una generación que no había conocido otra cosa más que el comunismo. Eran la «cuartilla en blanco carente de cualquier marca» que anhelaba Mao, sin resabio alguno del pasado, sobre la que escribir «los caracteres más puros y hermosos».

La militarización de las escuelas,

que vino acompañada de una campaña de intensa ideologización, sirvió de banco de pruebas. Los jóvenes se entusiasmaron con el papel que el líder les adjudicaba. «El porvenir de China os pertenece», clamaba Mao en los discursos. La plástica revolucionaria se completaba con uniformes, brazaletes de color rojo, simbología y desfiles por las avenidas de las principales ciudades. Aquella masa informe de estudiantes sacados de las aulas se había transformado ya en escuadras de guardias rojos, una fuerza de choque imparable y muy numerosa dispuesta a morir por el líder.

En un ambiente tan surrealista algo, necesariamente malo, tenía que ocurrir. El primero de julio de 1966 estalló la revolución. Un dazibao de la facultad de Filosofía de la Universidad de Pekín, llamaba a la lucha: «¡Rompamos todos los controles y las maléficas conjuras de los revisionistas! ¡Destruyamos todos los monstruos, a todos los revisionistas como Jruschov!». En cualquier otra circunstancia una proclama semejante hubiese terminado con una brutal purga en la universidad y sus responsables detenidos y trasladados a un laogai, pero no en aquella ocasión. Mao estaba detrás de todo.

Meses antes, en mayo, el Politburó había acusado a varios dirigentes, entre los que se encontraban Peng Zhen, jefe del Partido en Pekín, y el general Luo Ruiqing, de acaudillar una conspiración burguesa que se había infiltrado en las altas esferas del país. Para combatirla llamaba a una «Gran Revolución Cultural» que, alimentándose del pensamiento de Mao, arrasase hasta los cimientos esta «contrarrevolución revisionista de enemigos de clase».

Shaoqi poco podía hacer frente a un enemigo semejante. Los ministerios clave estaban en manos de los adictos a Mao. El Ejército los protegía e incluso

invitaba a que las hordas juveniles hiciesen justicia pública con los revisionistas que, oportunamente, fueron motejados como «negros». El ministerio de Transportes les franqueaba el paso de los ferrocarriles para que extendiesen su peculiar revolución adolescente por todas las ciudades.

En China lo que sobraban eran jóvenes motivados, y más en las ciudades, donde el Gran salto adelante no había provocado el desastre demográfico que causó en el campo. Cincuenta millones de alumnos se echaron a la calle durante el verano del 66. El Gobierno dio órdenes de

suspender las clases mientras el Ejército les proveía de material, armas, vituallas y libros rojos de Mao. La consigna era terroríficamente simple: «Los antimaoístas son ratas que corren por las calles, matadlas, matadlas».

Las levas de guardias rojos, debidamente teledirigidas desde el Partido y el ministerio de Defensa, se extendieron por las principales urbes a velocidad de vértigo. En septiembre Pekín y Shangai ya eran dos ciudades tomadas y al albur del fanatismo juvenil de los jóvenes guardias. Todo era prescindible, empezando por la familia. El régimen inoculaba por vía

intravenosa en los jóvenes el odio a sus progenitores e insistía que había que denunciarles a la policía si albergaban sospechas políticas de ellos. «El Partido es nuestra madre y nuestro padre» decía el estribillo de una canción de campaña que los guardias cantaban a todas horas. Si no tenían piedad con sus propios padres, qué suerte esperaría a los que ya habían sido señalados por Mao desde su ciudadela amurallada de la Ciudad Prohibida.

Las primeras víctimas en sucumbir a la Revolución Cultural fueron los profesores. El régimen tachó a los «intelectuales» de enemigos de la

revolución. Por «intelectual» podía entenderse casi cualquier cosa. Un simple maestro de barrio que no contase con la protección adecuada tenía todas las cartas de ser un «mal nacido», por utilizar la terminología oficial, y padecer las consecuencias. Los «intelectuales» eran sacados a la calle por la turba adolescente, apaleados en público y sometidos a todo tipo de vejaciones.

Los guardias solían pintar de negro la cara del desventurado «intelectual» que, si tenía suerte, podía salir del brete con una simple paliza y el saqueo de su domicilio. Si no la tenía moría allí

mismo ante la mirada cómplice de policías y militares. Toda violencia contra los «intelectuales» estaba justificada. «La clase capitalista es la piel, los intelectuales son los pelos que crecen sobre la piel. Cuando la piel muere, no hay pelos», decían los panfletos propagandísticos que los guardias leían con reverencia.

Después de las purgas de los años 50 a China no le quedaban demasiados intelectuales propiamente dichos, pero los que aún vivían, en su mayoría escritores, perecieron a la Revolución Cultural; ya ejecutados por las turbas, ya en cárcel, ya por suicidio. Suerte

parecida corrieron los profesores universitarios, los compositores musicales, los actores, los escultores… Realmente nadie estaba a salvo de la furia roja.

A finales de agosto Mao lanzó una de sus célebres campañas que fue recibida con alborozo por los guardias. Se trataba de acabar con las «Cuatro Antiguallas» (antiguas costumbres, antiguas ideas, antigua cultura y antiguos hábitos). Los primeros en sentirlo fueron los de la Ópera de Pekín, una institución centenaria que tuvo que eliminar todas las representaciones que no versasen sobre la revolución.

En esto jugó un papel fundamental Jiang Qing, la cuarta esposa de Mao. Qing era una antigua actriz de teatro ideologizada hasta la médula que había ejercido de ministra de Cultura del primer Gobierno comunista. Por petición expresa se convirtió en directora de la «Gran Revolución Cultural». Su obsesión era el arte o, mejor dicho, reformar las expresiones artísticas chinas hasta hacerlas confluir con los dogmas revolucionarios. Su fanatismo era tal que prohibió todo tipo de obras, ya fuesen óperas, ballets o simples dramas teatrales, que no tuviesen contenido revolucionario

expreso.

Para evitar que, tras una apariencia revolucionaria, se colasen mensajes sospechosos, creó la llamada «ópera revolucionaria», lo que redujo el inventario a sólo ocho piezas representables (seis óperas y dos ballets) denominadas «óperas modelo», supervisadas personalmente por ella. La estructura era siempre la misma, binaria hasta la náusea. Los buenos eran obreros fabriles o agricultores, los malos terratenientes o burgueses urbanos. Los primeros eran guapos y jóvenes, los segundos feos, viejos y decadentes. En el curso de la obra estallaba la lucha de

clases que siempre ganaban los proletarios.

Mientras Jiang Qing se entretenía rehaciendo desde cero las artes escénicas, los guardias rojos tomaban violentamente la calle. Nada tenían que temer. Mao se ocupó personalmente de que la policía no interfiriese en las actividades de los jóvenes. «¿Deben ser castigados los guardias rojos que matan?», preguntaba el ministro de Seguridad ante un nutrido grupo de oficiales de policía, «mi opinión es que si se mata pues bien, se ha matado. No es nuestro problema».

La llama que había prendido el

Politburó la mantenía encendida la total impunidad en la que las partidas de guardias se desenvolvían. Las ciudades esperaban aterradas la llegada de los numerosos contingentes de guardias rojos. En Shangai, ciudad cosmopolita de tradición liberal, puerta de China al mundo que tenían aún un gran poso occidental, la represión fue salvaje. La turba comenzó con el alcalde de la ciudad, que, acusado de revisionista, fue enganchado a un tranvía y apaleado hasta la muerte.

Otros no lo pasaron mucho mejor. Los guardias practicaban continuas pesquisas en las casas particulares de

los que previamente se había designado como «negros». Se llevaban todo lo que encontraban de valor dentro de las casas, con especial predilección por los objetos de oro y plata. Sólo en Shangai se llegaron a incautar 72 millones de toneladas de oro, que pasó automáticamente a disposición del Partido, es decir, de la madre y el padre de los guardias. Si la víctima se negaba o hacía algún reproche era ejecutada en el acto.

Significarse era malo, un pasaporte seguro al otro barrio, pero no significarse tampoco garantizaba la seguridad. Mao había dicho que el

revisionismo era una «serpiente venenosa que está inerte, pero aún no ha muerto». Pararse en la calle y mirar a los guardias podía ser motivo sobrado para una soberana paliza a correazos en plena calle. Las correas eran el arma favorita de los guardias. Lin Biao les había suministrado unos gruesos cinturones militares que utilizaban para flagelar a los sospechosos.

En ciudades como Shangai o Pekín mucha gente prefirió quedarse en casa todo el día y, si tenían que salir, caminaban rápido tratando de esquivar a las escuadrillas rojas. En el caso de toparse con una de ellas el encontronazo

podía terminar con un cadáver en mitad de la calzada, y no precisamente el de ninguno de los guardias. En los días señalados los guardias estaban especialmente activos. Detenían a los transeúntes y les obligaban a recitar citas de Mao en voz alta. Negarse a ello no era una opción.

Los niños mimados de la revolución se habían apoderado del país con la aprobación del líder, que, entretanto y valiéndose del desconcierto general, se aplicó en realizar una gran purga interna. Su gran rival, Liu Shaoqi, el hombre que se había atrevido a denunciar delante de todos la carnicería del Gran salto

adelante, fue arrestado en 1967. Fue acusado de ser un «agente del imperialismo» y, al mismo tiempo, de ser «revisionista moderno», es decir, afín a los soviéticos. Pero la acusación era lo de menos. Shaoqi fue torturado con saña. Le retiraron su medicación para la diabetes y enfermó de neumonía, lo que le terminaría matando en prisión.

Mao no se conformaba con castigar al pecador. Entendía que el pecado se extendía a toda la familia. La mujer de Shaoqi, Wang Guangmei, fue encarcelada y sometida a un régimen de torturas y privaciones similar al de su marido. Le arrebataron a sus tres hijos,

que fueron encarcelados en una prisión rural. Pero antes de que el peso de la ley roja cayese sobre Guangmei, los guardias rojos se dieron un festín ridiculizándola públicamente, a ella, que había sido la primera dama de la república hasta poco tiempo antes. Durante una visita oficial a Indonesia había regalado a Sukarno un elegante vestido tradicional chino finamente bordado. Los guardias obligaron a Guangmei a ponerse un vestido similar, a calzarse unos zapatos de tacón alto y a colgarse del cuello un collar hecho con pelotas de ping-pong. Luego la hicieron desfilar por la calle a la vista de todos.

Tras el escarmiento ejemplar a Guangmei se encontraba la esposa de Mao, Jiang Qing, que dejamos más arriba reinventándose el teatro chino. Qing odiaba a la esposa de Shaoqi, una mujer más joven que ella y proveniente de una distinguida familia de diplomáticos. Hablaba con fluidez francés, inglés y ruso y era licenciada en Física por una selecta universidad católica de Pekín fundada por los benedictinos. De todas esas buenas cualidades se había quedado prendado Liu Shaoqi, que la doblaba en edad cuando contrajeron matrimonio.

Guangmei consiguió sobrevivir a su

cautiverio, que duró más de diez años, y aún tuvo tiempo de vivir la transformación de China en una potencia económica capitalista. Murió en 2006 después de haber sido rehabilitada por el Gobierno. También sobrevivió a Jiang Qing, procesada en los años ochenta por los crímenes cometidos durante la Revolución Cultural. Fue condenada a cadena perpetua y se suicidó años después colgándose en el baño de la celda. Antes de hacerlo dejó una nota que decía «Presidente Mao, te quiero».

Los China europea y refinada que había mamado Guangmei en su infancia era la China que Mao quería hacer

desaparecer del mapa. Había comenzado su demolición en los años cincuenta, pero aún quedaba mucho occidentalismo, especialmente en Pekín y en las ciudades costeras. Los guardias rojos, excitados por la adecuada consigna, la tomaron contra todo lo que era extranjero. En Shangai amartillaban toda inscripción que se encontraban escrita en caracteres latinos. El cristianismo fue proscrito y con las Biblias sacadas de las iglesias se hacían piras callejeras. Los monjes budistas fueron perseguidos y forzados a secularizarse so pena de morir a palos. El budismo, a fin de cuentas, aunque

milenario en China, también era importado del extranjero.

Shangai padeció lo indecible. Los guardias anunciaban por las calles con megáfonos las nuevas prohibiciones. Una era llevar el pelo largo o peinado con gomina, otra llevar zapatos de tacón, otra más vestir al modo occidental y, no digamos ya, hablar lenguas occidentales. Así, mientras los chinos de Taiwán, Hong Kong o Macao prosperaban y entraban en el mercado mundial, los de la China Popular regresaban a una suerte de Edad Media comunistizada en la que estaba mal visto hasta beber café porque era una bebida extranjera. En el

paroxismo de la sinrazón prohibieron plantar flores en los jardines y tener pájaros en casa porque eran «desviaciones de la energía revolucionaria».

A principios de 1968 China se había convertido en un frenopático donde aparentemente mandaban los anárquicos guardias rojos. Pero sólo aparentemente. Mao no había perdido en ningún momento el control de la situación. Su figura, idolatrada por los jóvenes, había adquirido una condición casi divina. El propósito de aquella comedia ya había sido cumplimentado. El Partido y el Ejército estaban limpios de cualquier

elemento no afecto al líder. En ese momento, y antes de que la situación terminase derivando en un cuestionamiento del propio Mao, el Gobierno dio órdenes estrictas de desarmar y desmovilizar a los guardias rojos.

Las víctimas de la barbarie cultural eran muy numerosas. Varias decenas de miles murieron a causa de las palizas o en las ejecuciones de los guardias. Centenares de miles fueron expulsados de sus casas o «ruralizados». Sólo en Pekín 84.000 «negros» tuvieron que abandonar la ciudad. La purga entre los mandos del Ejército y el Partido, razón

última de la campaña, fue mucho mayor. Unos cuatro millones de oficiales y cargos políticos fueron detenidos y encarcelados. Cuando en abril de 1969 se celebró el Noveno Congreso del Partido China pertenecía de nuevo a Mao que, para mantener cierta movilización entre sus súbditos, anunció una nueva campaña revolucionaria, esta vez encaminada a deportar al campo a «intelectuales» sospechosos.

Lin Biao fue nombrado vicepresidente, «camarada de armas» y «sucesor del líder». Un líder que acababa de cumplir 75 años, un tanto ajado, con los pulmones devastados por

el tabaco y un parkinson incipiente que le acompañaría hasta su muerte siete años después. Dos años más tarde le sucedería al frente del timón de la nación más poblada de la Tierra una de las víctimas de la Revolución Cultural: Deng Xiaoping, con quien los guardias rojos se habían empleado a fondo. Nada volvería a ser lo mismo. Afortunadamente.

Tanques sobre Praga

LA Checoslovaquia popular era la perla del zar rojo. A diferencia de otros países del este de Europa, rurales y atrasados, los checoslovacos podían presumir de ser una potencia industrial. En 1938 disfrutaban de una renta per cápita similar a la de Austria y muy superior a la de Italia. La pequeña y alargada república, clavada como una saeta en el corazón del continente, contaba con una ventaja añadida: estaba en el extremo occidental del imperio.

Praga, de hecho, está más al oeste que Viena. La región de Bohemia disponía incluso de una larguísima fachada fronteriza con la Alemania libre, un privilegio que, a excepción de Hungría, no tenía ningún otro país del bloque socialista.

Checoslovaquia, emparedada geográficamente entre Sajonia, Baviera y Austria era, por historia, tradición y hasta conformación social, una Alemania en miniatura. Su buen desempeño económico y su portentosa industria así lo atestiguaban. Stalin supo sacar partido de este regalo que la guerra le había hecho desde el primer

momento. Nada más ocupar el país ordenó el traslado de personal cualificado e industrias completas a la Unión Soviética, donde al concluir la guerra hacían más falta que nunca.

Tras el saqueo del primer año de ocupación sobrevino la toma del poder por los comunistas locales y la institucionalización del régimen, una república popular calcada en forma y espíritu a la URSS. Se implantó un régimen policial de Partido único y la economía fue planificada conforme a las directrices marcadas por un organismo central. A Checoslovaquia le iba a tocar ser la gran factoría del campo socialista.

Las fábricas fueron confiscadas a sus dueños y a su frente se colocó a burócratas del Partido, por lo general rematados inútiles, pero políticamente confiables. Acorde a las órdenes de Moscú, los planes quinquenales en Checoslovaquia persiguieron desde el inicio incrementar la planta industrial de bienes de capital que, a su vez, sirviesen a las industrias de otros países del bloque. La economía checoslovaca, antaño abierta y diversificada, se especializó en un monoproducto con el que comerciar en exclusiva con la URSS y sus satélites.

El planteamiento, delirante y alejado

de la sensatez económica más elemental, provocó un crecimiento salvaje en los años cincuenta seguido de una pronunciada crisis en los sesenta. En 1966 el Partido anunció un paquete de reformas económicas que se dieron en llamar «Nuevo Modelo Económico» o NME. El NME buscaba restringir el papel de la planificación central, mejorar la eficiencia de las empresas y acabar con el igualitarismo salarial restaurando el principio de méritos y productividad. Aunque el programa nunca llegó a aplicarse en su totalidad si trajo vivificantes aires a la sovietizante atmósfera que respiraban los

checoslovacos desde el final de la guerra.

Si la economía se podía reformar, ¿por qué no introducir reformas en el opresivo y excluyente sistema político?, pensaron muchos checos. El descontento se palpaba en la calle y no tardó en ascender hasta la cúpula de poder, representada por el Partido Comunista en régimen de monopolio. En enero de 1968 el Comité Central obligó al presidente Antonín Novotny a abandonar el cargo y a retirarse también de la secretaría del Partido. En su lugar la troika dirigente colocó a Alexander Dubcek, un eslovaco veinte años más

joven que su predecesor y famoso en su región natal por ser amigo de reformas y modernizaciones.

Dubcek quería dirigir el Partido, no así el Gobierno, lo que suponía romper con la tradición comunista que fusionaba por la cumbre ambas instituciones. Para la presidencia de la república se trajo a Ludvík Svoboda, un viejo militante comunista que primero había combatido en la guerra con honores y luego fue purgado por Stalin. El tándem Dubcek-Svoboda se fijó como objetivo trasladar el NME al terreno de la política. Aspiraban a «crear un nuevo modelo de sociedad socialista profundamente

democrática y adaptada a las circunstancias checoslovacas». Y en este punto llegó la sorpresa. La palabrería comunista tuvo por primera y última vez en la historia una aplicación práctica.

El 5 de abril se publicó el «Programa de Acción», un ambicioso plan de liberalización que incluía libertad de prensa, de expresión, de asociación y de movimientos. Los checoslovacos iban a poder, por vez primera en veinte años, decir en público lo que les viniese en gana y, si no les gustaba el país, siempre les quedaba la opción de hacer la maleta e irse a

Alemania, a Gran Bretaña… o a los mismísimos Estados Unidos.

El Programa de Acción de Dubcek sentó como un jarro de agua fría en Moscú. Leonidas Breznev se removió en el asiento y le hizo llegar un mensaje a través de János Kádár. «¿De verdad no sabes la clase de gente con la que estás tratando?», le pregunto el húngaro a Dubcek en una reunión que mantuvieron poco después de anunciar el paquete de reformas. Habían pasado sólo doce años de la rebelión en Hungría y su amargo recuerdo estaba aún en la mente de todos los mandamases comunistas de Europa.

Los acontecimientos se precipitaron uno sobre el otro a una velocidad vertiginosa. Checoslovaquia era como una botella de cava agitada a la que acababan de quitar el tapón. El asociacionismo se extendió rápidamente por todo el país. El Partido Socialdemócrata, abolido en 1948, empezó a reorganizarse. Se hablaba incluso de introducir elementos de mercado en la economía y volver los ojos a la iniciativa privada. En ese ambiente burbujeante de libertad reconquistada el periodista Ludvík Vaculík publicó un manifiesto que sólo unos meses antes le hubiese costado la

cárcel. El llamamiento de Vaculík, bautizado como «Manifiesto de las dos mil palabras» abogaba por la vuelta a una democracia liberal: «La mayoría ha perdido el interés en los asuntos públicos; sólo se preocupan de ellos mismos y de su dinero. Es más, a causa de las malas condiciones en las que vivimos ya no se puede ni confiar en el dinero. Las relaciones entre las personas se han deteriorado y nadie disfruta trabajando. Resumiendo, el país ha alcanzado un punto en el que tanto su salud espiritual como su carácter han sido arruinados».

Dubcek condenó el manifiesto, pero

no hizo nada por detener a su autor ni frenó su difusión. El suyo era, como había confesado ante el presidium del Partido, un «socialismo de rostro humano», muy distinto del que se había venido practicando desde la fundación de la república popular.

En el Kremlin, lógicamente, no lo veían así. Breznev estaba francamente preocupado. Otro tanto podía decirse del polaco Wladyslaw Gomulka o del alemán Walter Ulbricht, ambos de la línea dura, dos restos del peor estalinismo que gobernaban en países fronterizos con Checoslovaquia. Las llamadas a Praga se sucedían sin pausa.

Pero Dubcek, un completo ingenuo como luego se demostraría, hizo oídos sordos. A finales de junio, sólo dos días después de la publicación del manifiesto de las dos mil palabras, Breznev y el líder comunista checo se reunieron en Cierna nad Tisou, una pequeña localidad eslovaca fronteriza con la URSS. El premier soviético salió con los pies fríos y la cabeza caliente. Dubcek no se apeaba del burro. Un mes más tarde el Kremlin trató de nuevo de conducir al redil a los mandatarios checos, una recua de irresponsables que, a diferencia de los húngaros una década antes, se estaban saliendo con la suya

sin necesidad de disparar un solo tiro.

La cuestión era peliaguda. Si se dejaba en paz a Checoslovaquia el país no tardaría en desvincularse del bloque socialista y en unirse al capitalista. Eso por no hablar de las implicaciones económicas, morales y humanas. Desde la revolución rusa el comunismo no había retrocedido jamás. Sólo se había conseguido impedir su implantación en España y Grecia, pero tras cruentas guerras civiles. Checoslovaquia, además, era especialmente estratégica por su ubicación geográfica. De perderse, el bloque soviético quedaría partido en dos y los capitalistas pasarían

a tener unos cuantos kilómetros de frontera con la URSS.

No quedaba otra opción que intervenir. El 3 de agosto los líderes del Pacto de Varsovia se reunieron en Bratislava, capital de Eslovaquia. A la reunión Breznev llevaba una declaración sobre la que todos tendrían que prestar juramento: la fidelidad al marxismo-leninismo y la voluntad de lucha contra la burguesía y sus agentes. Era la clásica y ya oxidada charlatanería soviética, pero esta vez tenía la intención expresa de servir de amenaza nada velada a quienes tratasen de desafiar ese orden natural de las cosas sobre el que

Breznev reinaba.

Entre bastidores lo que el ruso planeaba era una intervención como la de Hungría. Masiva y ejemplarizante, aunque esta vez quería que los aliados del Pacto de Varsovia se sumasen a la iniciativa. A excepción de Albania y Rumanía todos los Gobiernos del este de Europa acordaron con Breznev participar en la campaña, que arrancaría en la noche del 20 de agosto.

La invasión se planificó con sumo cuidado tratando de cubrir todos los frentes posibles. Hasta ese momento los checos habían sido pacíficos, pero su reacción al ver los tanques soviéticos

era imprevisible, así que se tomaron precauciones extraordinarias. Una de ellas fue trasladar a un batallón vestido de paisano por avión hasta Praga. Al aterrizar se apoderarían por las buenas del aeropuerto de Ruzyne y lo prepararían para el aterrizaje de varios Antonov cargados con artillería y tropas de élite.

Tan pronto estuviese controlado el aeródromo el 2.° Ejército polaco cruzaría la frontera desde Silesia, al que seguirían unidades húngaras desde el sur y germanorientales desde los antiguos Sudetes. El plato fuerte llegaría desde el este, donde Breznev había concentrado

un gran número de tropas. La envergadura de la operación era digna de una confrontación bélica de alto nivel. El Pacto de Varsovia derramó sobre Checoslovaquia el mayor número de carros de combate que jamás se habían visto en un teatro de operaciones.

En la primera oleada entraron 4600 tanques acompañados de 185.000 soldados. En la segunda se sumaron a los anteriores otros 6300 tanques y 400.000 soldados. Para poner estas cifras en perspectiva valga recordar que Hitler empleó 2500 panzer en la invasión de Francia y, un año después, movilizó otros 3500 en la Operación

Barbarroja. En 1940 Francia tenía 40 millones de habitantes, en 1941 la URSS contaba con unos 200 millones, en la Checoslovaquia de 1968 sólo vivían 14 millones de personas.

Una demostración de fuerza tan apabullante persuadió a los checos de que toda resistencia era inútil. 72 checoslovacos murieron durante la invasión. Los que pudieron, unos 300.000, pusieron tierra de por medio huyendo al extranjero. Dubcek fue detenido y enviado a Rusia en avión, donde un enojado Breznev le amenazó con la muerte si no apoyaba la intervención. Tras varios días de

extenuante interrogatorio Dubcek se rindió y puso su firma sobre el llamado «Protocolo de Moscú».

El protocolo constaba de quince puntos que resumían el regreso de Checoslovaquia a la situación anterior. El programa de acción quedaba de este modo abolido y, con él, la prensa libre y el pluralismo político. Para no empeorar las cosas y dar una apariencia de normalidad, Dubcek fue devuelto a su país y unos meses después, cuando lo peor ya había pasado, fue obligado a presentar la renuncia y enviado como embajador a Turquía con la esperanza de que aprovechase para pasarse al

oeste. Eso hubiera sido motivo suficiente para orquestar una formidable campaña propagandística contra él. Pero no lo hizo.

En 1970 fue expulsado del Partido y desposeído de su escaño en la Asamblea Federal. El régimen le despachó a su Eslovaquia natal, donde le procuraron un trabajo de guardabosques. Los checoslovacos, entretanto, prosiguieron con su larga marcha en la noche del comunismo hasta que, en 1989, la libertad volvió a llamar a la puerta. La segunda primavera de Praga se llamó «Revolución de terciopelo». Fue pacífica y vino cargada de optimismo,

como la primera, pero esta vez ya no hubo tanques rusos recorriendo las calles. La libertad llegó tarde, pero llegó.

Ceaucescu y su Hiroshima urbano

EN junio de 1971 Nicolae Ceaucescu visitó China y Corea del Norte. El *conducator* regresó a Rumanía muy impresionado por la majestad que desplegaban Mao Zedong y Kim Il Sung. Mientras el burocratizado comunismo europeo mostraba signos de fatiga y estancamiento, el extremo oriente y sus excesos formales renovaban la confianza en el socialismo

de los viejos revolucionarios.

De todas la maravillas que el dictador contempló en su gira, la que más hondo le llegó fue el Juche, ideología oficial del régimen norcoreano que consistía (y sigue consistiendo) en una adaptación del marxismo más ortodoxo a la cultura local. Ceaucescu, gran propagandista, era muy dado a tragarse la propaganda de los demás, especialmente si venía bien envuelta en los celofanes que gustan a los tiranos. Se creyó al pie de la letra lo que le había dicho Kim Il Sung sobre el «Estado de las masas», artífice del renacimiento norcoreano y,

tras reflexionar sobre ello en el viaje de vuelta, alumbró un ambicioso plan para regenerar Rumanía de un modo integral.

El plan se bautizó como *Sistematizarea* (sistematización) y fue anunciado tan pronto como la oficina correspondiente tuvo listos los detalles. No pretendía, como el Juche, adaptar el culto marxista a la realidad rumana, sino rediseñar el país conforme a unas normas racionales y científicas para alcanzar el soñado desarrollo económico que, llegado el momento, permitiría dar el salto de la dictadura del proletariado a la fase final de la Historia: el socialismo puro.

La sistematización perseguía dos objetivos fundamentales. El primero acabar con los pueblos pequeños cuya existencia era, en palabras del líder, algo «irracional». El segundo reordenar urbanísticamente las grandes ciudades borrando, siempre que fuera posible, todo resto del pasado. Ambos exigían sacrificios y un gasto considerable de recursos. Pero nadie osaba oponerse a Ceaucescu, así que el programa arrancó inmediatamente con una hoja de ruta cuidadosamente trazada. La orden a los planificadores fue terminante, para 1990 el número de ciudades debía doblarse.

El experimento comenzó en la región

de Moldavia. Los pueblos por debajo de 1000 habitantes fueron borrados del mapa y sus pobladores trasladados a la fuerza a pueblos mayores. Para acogerlos se levantaban a toda prisa bloques de viviendas que nunca podían ser de menos de dos plantas. Las pequeñas parcelas para uso privado —muy habituales hasta entonces en el medio rural— fueron prohibidas, lo que ocasionó escasez. El campo rumano vivía en gran parte de esos huertos en los que los rústicos cultivaban hortalizas y legumbres para autoconsumo. Para Ceaucescu, sin embargo, estas microexplotaciones agrarias eran un

resabio del pasado que no tenía lugar en la nueva Rumanía.

Los primeros desplazamientos forzosos crearon gran malestar en Moldavia, cuyos habitantes, con razón, se sentían como conejillos de indias del último programa estatal. Para que nadie pensase que había animosidad alguna contra esa región Ceaucescu dio órdenes para que su pueblo natal, Scornicesti, fuese arrasado, nivelado y reconstruido desde cero con bloques de viviendas estándar. Sólo se salvó, por una cuestión sentimental, la casa que le había visto nacer sesenta años antes, un caserón de madera con tejado a dos aguas que era

venerado por todos los vecinos de la comarca y que la propaganda del régimen utilizaba a menudo para remarcar el origen humilde y campesino del máximo dirigente.

La realidad es que, con la ley en la mano, Scornicesti era una de las miles de aldeas destinadas a desaparecer bajo el buldózer, pero eso no pasaba por la mente de Ceaucescu. Se saltó sus propias normas y la convirtió en ciudad modelo de la sistematización. Primero la declaró ciudad y luego hizo que varias fábricas estatales se mudasen hasta allí. A modo de remate mandó construir un inmenso estadio de fútbol con capacidad

para 30.000 espectadores en el que jugaría el recién fundado equipo de fútbol la localidad.

La primera parte del plan avanzaba a buen ritmo cuando sucedió algo inesperado. El 4 de marzo de 1977 un violento terremoto sacudió Bucarest. Fue una tragedia en la que murieron más de 1500 personas y se derrumbaron decenas de edificios. A Ceaucescu la catástrofe le inspiró una perversa idea que tenía que ver, y mucho, con su plan de sistematización. Ya que buena parte del casco histórico de la capital estaba afectado por el seísmo, lo mejor sería terminar el trabajo que la naturaleza

había dejado a medias y reconstruir encima de las ruinas la nueva Bucarest.

El plan era grandioso, mucho más que cualquiera de los muchos que había trazado en sus años de Gobierno. Ceaucescu, además, y como buen pueblerino, odiaba Bucarest. La un día refinada y cosmopolita corte de los Hohenzollern-Sigmaringen representaba todo lo que él aborrecía. La propaganda oficial lo remachaba con frases grandilocuentes. En la Rumanía socialista, decía, «las fuerzas proletarias aliadas con los campesinos y los intelectuales» habían alcanzado «sorprendentes logros frente a los

palacios construidos por la burguesía y los latifundistas a costa de la explotación de las masas».

Bucarest estaba lleno de palacios, tantos y de tal calidad arquitectónica que se la conocía con el sobrenombre de «París del Danubio». Ceaucescu actuó rápido. Suprimió la oficina estatal de patrimonio y reunió un comité de 400 urbanistas para rehacer el centro de la ciudad al antojo del sabio conductor de la nación. Ellos estaban ahí para dibujar, él para pensar.

Lo primero que pensó fue levantar un gigantesco palacio que ocuparía lo que había sido durante siglos el corazón

de Bucarest. De este palacio saldría una avenida monumental al estilo de los Campos Elíseos parisinos flanqueada por modernos edificios de estilo soviético que servirían de residencia a la aristocracia comunista. A ambos lados de la gran avenida se trazaría una nueva trama urbana de calles amplias que no dejasen ni rastro del Bucarest medieval.

El plan era tan delirante que no tardó en encontrar oposición. No tanto dentro de Rumanía porque eso era imposible como fuera. El Gobierno húngaro y el de Alemania Oriental protestaron personalmente ante Ceaucescu por la

salvajada que se disponía a cometer. Pero la sistematización era algo muy serio que no podía detenerse. En 1984 comenzaron las obras para la mayor demolición de la historia de Rumanía. Había que liberar ocho kilómetros cuadrados (cuatro veces el Principado de Mónaco) para hacer sitio al palacio y a la avenida. El primero se llamaría Palacio del Pueblo, la segunda Avenida de la victoria del socialismo.

Veinte iglesias, tres monasterios, tres sinagogas, tres hospitales, dos teatros y un estadio pasaron a mejor vida. Junto a ellas infinidad de edificios en los que vivían 30.000 personas, que fueron

trasladadas a bloques sistematizados del extrarradio. Para cubrir el expediente con los que, en el extranjero, se quejaban el Gobierno dio orden de salvar ocho iglesias de estilo bizantino que fueron colocadas sobre raíles y sacadas de allí. La propaganda aprovechó los traslados para presumir de la alta capacitación técnica de los ingenieros revolucionarios, inspirados por la visión del líder, que se reinventaba Bucarest salvaguardando lo mejor de su patrimonio histórico. Dentro nadie se lo creía, conocían bien de cerca al monstruo. Los rumanos pronto acuñaron un término para referirse al

gran proyecto del nuevo Bucarest. *Ceaushima* lo llamaron, en una afortunada contracción de Ceacucescu e Hiroshima.

Cinco años después de la gran demolición Ceaucescu y su infame régimen cayeron tras un levantamiento popular. Para entonces la sistematización había alcanzado ya sus últimos objetivos. El Palacio del Pueblo, enmarcado dentro de un gran complejo al que se denominó Centro Cívico, era ya el mayor edificio del país y uno de los más grandes del mundo. En muchos lugares de Rumanía aldeas centenarias habían desaparecido

dejando su lugar a campos de labor y desvencijadas industrias que daban empleo a ciudades sin alma de bloques prefabricados. La idea, una vez más, lo había devastado todo.

Los campos de la muerte

EL día de año nuevo de 1975 los guerrilleros del Partido Comunista de Kampuchea lanzaron el último y definitivo ataque contra las fuerzas del Gobierno de la República Jemer. Se trataba de un Gobierno acorralado que apenas controlaba ya la capital, pequeños enclaves armados y algunas rutas de comunicación. La guerra civil había comenzado cinco años antes con

motivo del golpe de Estado que el general Lol Non había dado al príncipe Sihanouk mientras éste se encontraba de viaje oficial en China.

La guerra había convulsionado un país rural, de tradiciones ancestrales y bastante pacífico, al menos desde que los navegantes portugueses descubriesen su existencia a principios del siglo XVI. Camboya, provincia de segundo orden de la Indochina francesa, era uno de esos afortunados lugares de la Tierra donde nunca pasaba nada. La guerra en el vecino Vietnam interrumpió esa calma centenaria. Por simpatía hacia su causa y, sobre todo, por evitarse problemas, el

príncipe había permitido que las fuerzas del Vietcong se asentasen en suelo camboyano, desde donde hostigaban al Ejército americano. Esto no sentó demasiado bien en Washington, de manera que, a modo de castigo, Richard Nixon ordenó una serie de bombardeos sobre los santuarios de la guerrilla vietnamita situados en Camboya.

A partir de este momento se abrió la caja de los truenos. Una vez depuesto el príncipe, el nuevo Gobierno militar de Lol Non rompió sus compromisos con el Vietcong y cerró la frontera. Había llegado el momento del diminuto partido comunista local, dirigido con mano de

hierro por un fanático llamado Saloth Sar. Ni la CIA ni nadie se había preocupado jamás por el grupúsculo de Sar que, según informes del Departamento de Estado norteamericano, contaba con unos cien miembros a mediados de los años sesenta.

La tormenta desatada por los bombardeos y el golpe militar propició que el anónimo partido de Sar diese un golpe de efecto que cambiaría dramáticamente el curso de los acontecimientos. De pronto los guerrilleros, que hasta ese momento habían vivido emboscados en la jungla,

empezaron a ganar adeptos entre la población rural de la región fronteriza con Vietnam. Saloth Sar, que conocía bien a los vietnamitas porque había convivido con ellos años antes en París, solicitó formalmente su ayuda. Para colmo de males, Sihanouk, el príncipe destronado, se puso del lado de los rebeldes con la idea de vengarse por el golpe de Estado que le había costado el trono.

El sentimiento antivietnamita era muy poderoso entre los camboyanos. Eso Saloth Sar lo sabía bien. Para compensarlo rebautizó a sus guerrilleros como jemeres rojos y les pidió que

combatiesen en nombre del ultrajado príncipe de Camboya, heredero, al menos nominalmente, de los antiguos emperadores jemeres de la Edad Media. Recurrir a la identidad jemer (grupo étnico mayoritario en Camboya) como aglutinador nacional fue uno de los grandes aciertos de Saloth Sar, tanto que sus enemigos para contrarrestar la treta propagandística cambiaron de nombre al país y lo rebautizaron como República Jemer. Las tropas comunistas, sin embargo, fueron aumentando en número al mismo tiempo que menguaban las del directorio militar que gobernaba desde la capital Nom Pen apoyado por

Vietnam del sur y Estados Unidos.

En 1973 los americanos se retiraron de Vietnam. Sin la ayuda de americanos y vietnamitas el Gobierno de la recién nacida República Jemer tenía los días contados. Y así fue, en sólo unos meses los jemeres ocuparon rápidamente casi todo el país y sitiaron la capital. En este punto volvemos donde nos habíamos quedado al inicio, en el momento en el que los rebeldes se disponían a dar la puntilla al Gobierno para apoderarse de lo poco que quedaba de Camboya. El 17 de abril Nom Pen cayó. Los jemeres rojos habían advertido que pasarían a cuchillo a todo el Gobierno anterior y a

sus principales funcionarios. Eso fue suficiente para que todos pusiesen pies en polvorosa con suficiente antelación, empezando por el presidente Lol Non, que huyó a Estados Unidos, donde moriría diez años más tarde.

Los expertos suponían que el nuevo Gobierno sería un calco del de Vietnam del norte, un régimen de inspiración maoísta poco amigo de la propiedad privada y, mucho menos, de las libertades burguesas, una república popular más que habría de sumarse a todas las de la desdichada Indochina. Pero no, llegaba algo mucho peor que eso, un auténtico experimento ideológico

sobre el que se levantaría el mayor genocidio de la Historia.

De entrada, y para abrir boca, el nuevo Gobierno cambió el nombre del país por el de Kampuchea Democrática, borrando de un plumazo denominaciones como la francesa Cambodge o la inglesa Cambodia. Lo de «democrático» era la habitual alteración de la lengua que comunistas de otras latitudes ya habían aplicado, y que significaba exactamente lo contrario de lo que palabra en cuestión indica. La Kampuchea democrática iba a ser un país socialista puro, limpio de polvo y paja, sin desviacionismos, hecho a la medida de

su creador desde el mismo momento de su fundación.

El país no fue el único en cambiarse el nombre. Su artífice, el victorioso Saloth Sar, enterró su filiación familiar para tomar un nombre de guerra por el que los camboyanos tendrían que conocerle y que sería con el que pasase a la historia: Pol Pot. A pesar de lo que se creía en Occidente, el nuevo nombre del líder no significaba nada en lengua jemer, era una simple contracción de «Politique Potentielle» (político potencial) que, según él, es como le había definido Mao Zedong durante una visita a China. Una extravagancia

incomprensible en un hombre que, por lo demás, no tenía nada de excepcional.

Pol Pot había nacido durante la dominación francesa en un pueblo de pescadores de la provincia de Kampong Thom, en el interior del país. Pertenecía, como muchos otros revolucionarios, a la burguesía local. Su padre era un pequeño propietario rural, lo que le permitió estudiar en el colegio francés y posteriormente mudarse a Nom Pen para formarse en una escuela técnica de la capital. No era un estudiante especialmente brillante, pero los franceses tenían un programa de estudios en Francia para jóvenes de las colonias.

Consiguió que lo admitiesen y se trasladó a París en 1949. Una vez allí ingresó como becado en la École Française de Radioélectricité.

Los intereses del joven camboyano no iban tanto por la electricidad como por la política. En París entró pronto en contacto con el Partido Comunista Francés, a quien Moscú había cursado órdenes para que se opusiese al colonialismo. Los militantes buscaban en escuelas y facultades a estudiantes llegados de ultramar para unirlos a la causa anti imperialista. Saloth Sar ingresó en una célula de los llamados Círculos Marxistas. El tiempo dedicado

a la política se lo quitó al estudio y en 1953 se quedó sin beca después de suspender todos los exámenes.

El fracaso escolar del máximo líder ayudaría a explicar posteriormente el odio africano que tenía hacia los intelectuales y la gente instruida. Pol Pot, que había completado su formación (la política, la otra no la completaría nunca) durante una visita a Vietnam del norte, quería construir el socialismo de una tacada eliminando las farragosas estaciones intermedias en las que se había atascado la URSS y toda Europa del este. Su modelo era la China del Gran salto adelante, aquel delirante

programa que puso en marcha Mao en 1958 y que costó cuarenta millones de vidas.

Kampuchea tenía mucho trabajo por delante ya que iba obrar el milagro de que, por primera vez en la Historia, las teorías de Marx y Lenin se hiciesen realidad en un plazo récord. Había que eliminar la moneda porque en el socialismo auténtico no existe el dinero. La colectivización no iba a ser un problema de varias generaciones, sino de, a lo sumo, varios meses. La propiedad privada, toda la propiedad privada sin excepción alguna, quedaría abolida en el acto. Los resabios de la

sociedad anterior marcada por el capitalismo, la desigualdad y la injusticia serían liquidados resueltamente aniquilando físicamente a los propietarios y a todo aquel que se opusiese activa o pasivamente a la llegada del nuevo mundo. Un programa simple, vigoroso y claro que, sin embargo, llevaba inserto la semilla de la peor de las barbaries.

La primera decisión de Pol Pot fue, no obstante, sospechosamente moderada. Colocó a Sihanouk como presidente títere de la Kampuchea Democrática. Lo hizo probablemente para tranquilizar a sus aliados vietnamitas y ganar un

tiempo precioso que emplearía en poner en marcha su plan de transformación. Un plan que empezó poco después de la victoria ordenando que Nom Pen se vaciase inmediatamente. Todos sus habitantes, unos tres millones, fueron obligados a abandonar la ciudad en columnas que se dirigían al campo. La Kampuchea de la revolución no tendría ciudades, ese templo del mal donde había prosperado la burguesía. Idéntica suerte corrieron todas las ciudades del país, algunas centenarios centros urbanos como Siem Reap o Battambang.

Los altos funcionarios, los oficiales del ejército, los maestros, los monjes

budistas y los llamados «intelectuales» no se incorporaban a las marchas. Eran conducidos a campos de reeducación que en realidad eran centros de exterminio acelerado. Allí, en mitad de la jungla, los guardianes los fusilaban o los dejaban morir de hambre. Ser profesor, periodista, juez, llevar gafas o saber leer era pasaporte seguro para el otro barrio. Siguiendo las lecciones de Pol Pot no había lugar para ellos en el «porvenir radiante» que le aguardaba a la Kampuchea socialista.

Pero Camboya no tenía demasiados «intelectuales». El camboyano medio era agricultor, comerciante o artesano,

generalmente analfabeto o con muy pocas letras, que se ganaba la vida del mejor modo posible y que, eso sí, era muy cumplidor con las tradiciones. A estos les esperaban largas jornadas de marcha por los caminos hasta el destino final, que solía ser una aldea remota donde habrían de instalarse a la fuerza.

Se trataba de un sacrificio necesario en aras de un mañana mejor. El mal se había apoderado de toda sociedad, pero especialmente de la sociedad urbana, donde se practicaban pecados inaceptables como el individualismo, el comercio o el pensamiento libre. No bastaba con convertir Nom Pen en una

ciudad fantasma y enviar a sus habitantes a purificarse en el campo mediante maratonianas jornadas de trabajo. Había que separar el grano de la paja, los camboyanos que podían ser salvados y los que no. Los primeros serían los campesinos de las aldeas, que, además de dedicarse a la única actividad económica digna del tal nombre, eran los que habían apoyado a la guerrilla jemer durante la guerra civil.

Se dividió así a los camboyanos en dos categorías. El «pueblo viejo», formado por los aldeanos que llevaban ya varios años en las zonas liberadas por los jemeres rojos, y el «pueblo

nuevo», traído a golpes desde las ciudades. Pero se daba la circunstancia que la guerra civil había ocasionado que una parte importante de la población rural se desplazase hasta la ciudad más cercana, para ponerse a salvo de los combates entre la guerrilla y el ejército regular. Estos refugiados fueron incluidos dentro del «pueblo nuevo», conocido popularmente como 75, por el año en el que los de Pol Pot habían ganado la guerra. A los campesinos del «pueblo viejo» se les llamaba 70, en conmemoración del año que estalló la guerra.

Aunque Camboya era un país

eminentemente rural, contaba con una gran población urbana, concentrada sobre todo en la capital. En la primavera del 75, cuando se ordenaron las grandes marchas de deportación, aproximadamente el 50% de los habitantes del país vivían en las ciudades. El destino de estos tres millones y medio de personas era trabajar hasta morir o morir sin más, no tenían otra elección. Las aldeas se llenaron de gente llegada de las ciudades a quienes se puso inmediatamente a trabajar en las tierras circundantes, todas colectivizadas.

Gracias a la colectivización de los

medios de producción Kampuchea se iba a convertir en un referente mundial. Bajo la sabia batuta de la vanguardia Camboya triplicaría su producción de arroz. Y eso sería solo el principio. Luego vendría la industria ligera y más tarde la pesada. Los logros del socialismo se conseguirían mediante ambiciosos planes cuatrienales. El primer plan, aprobado en 1977, preveía la construcción de grandes infraestructuras hidráulicas y el monocultivo de arroz. El resto vendría después. La realidad fue muy distinta. La producción de arroz se desplomó. La organización era tan desastrosa que

muchas cosechas no se recogían por falta de mano de obra o porque ésta era inexperta y poco productiva.

Mientras tanto, el misterioso Pol Pot, un auténtico fantasma a quien los famélicos camboyanos recluidos en los arrozales apenas conocían por el nombre, iba pariendo nuevas ideas. Kampuchea estaba en el llamado «Año Cero», todo el mundo tendría que vestirse del mismo modo: una blusa negra de manga larga abrochada hasta el cuello. Cualquier otra prenda quedaba fuera de la ley. Quedaba también proscrita la familia, la religión, el deporte, la lectura, la escritura, el

comercio, las libertades formales que Marx tanto había despreciado un siglo antes y toda enseñanza que no fuese el adoctrinamiento ideológico.

Los 75 murieron aceleradamente durante los primeros meses. En los pueblos de acogida, donde, debido a la ineficiencia del sistema, la comida escaseaba fueron recibidos con hostilidad. Los «intelectuales» de ciudad no estaban hechos para el trabajo manual, especialmente cuando éste era de sol a sol y las raciones alimenticias rara vez superaban los cien gramos de arroz al día. El hambre hizo estragos durante toda la revolución camboyana,

pero durante su primer año se cebó con los urbanitas recién llegados.

La hambruna siempre ha sido antesala de enfermedades contagiosas. Ese axioma se cumplió con puntualidad implacable en los campos de la Camboya roja. La desnutrición y los excesos laborales provocaban brotes continuos de disentería y paludismo. La sanidad simplemente no existía. En los pueblos se habilitaron chozas que, aunque se les denominaba hospitales, eran en realidad mortuorios donde dejaban que los enfermos se consumiesen en su agonía. Luego sus cuerpos eran utilizados como abono en

los arrozales. Muchos de los que morían sanos, ya fuese por agotamiento o por las palizas de los guardias, terminaban devorados por sus propios paisanos, hambrientos hasta un extremo tal que no les importaba entregarse a la necrofagia.

Enfermar era una traición al Angkar, nombre que Pol Pot había dado al Partido. Angkar en jemer significa organización y cuenta con la misma raíz que Angkor, que significa ciudad, es decir, civilización. El líder se parapetó sabiamente tras esta palabra de tan buenas connotaciones semánticas. Los camboyanos vivían y trabajaban para el Angkar, autoridad suprema que estaba al

cargos de todos y que tenía ojos en todas partes.

Morir de una enfermedad llegó a convertirse en una bendición para muchos. De ahí que la tasa de suicidios se disparase en Camboya durante aquellos años. Para los vivos el sufrimiento cotidiano era difícilmente tolerable. Lo peor, con todo, no eran las privaciones y el trabajo excesivo, sino el miedo. El miedo a la delación, a ser torturado, a morir de un modo atroz o, simplemente, a que se acabase la magra ración de comida que las más de las veces se reducía a una insípida sopa de arroz. Hasta la llegada de Pol Pot el

hambre era desconocido en la fértil Camboya, un país privilegiado, de clima cálido, caudalosos ríos y lluvia abundante. El arroz era, de hecho, el principal género de exportación camboyano desde principios de siglo. El comunismo logró que esas exportaciones se detuviesen primero para luego hacer que este cereal escasease hasta el extremo que el país entero a punto estuvo de perecer de inanición.

El régimen supo manejar esta hambruna crónica con habilidad para domesticar mejor a sus esclavos. En un país de esqueletos ambulantes no se pensaba más que en comer. Eso rompió

de cuajo las redes de solidaridad entre los individuos y fomentó la desconfianza y las denuncias anónimas.

Las familias ya estaban rotas desde el inicio de la revolución. Los jemeres se encargaban de separar concienzudamente a padres, hijos, hermanos y primos. «Tienes inclinaciones individualistas, debes liberarte de tus sentimientos», le dijo un soldado al escritor Pin Yathay cuando éste quiso quedarse junto a su hijo moribundo. Una vez muerto el niño el escritor solicitó velar su cadáver. El guardia se lo impidió arguyendo que aquello le llevaría a «derrochar sus

fuerzas en detrimento del Angkar».

La vida humana había perdido todo su valor. El lema de los jemeres rojos, repetido una y otra vez a los trabajadores esclavos en las jornadas de descanso que consistían en interminables arengas políticas, no dejaba lugar a muchas interpretaciones: «Perderte no es una pérdida, conservarte no es de ninguna utilidad». Eliminada la malvada escritura y su prima hermana la perniciosa lectura los jemeres tenían que recurrir a parábolas para transmitir las órdenes llegadas de arriba. Una de ellas, utilizada profusamente por los comisarios políticos, decía: «Mirad ese

buey que tira del arado. Come cuando se le ordena comer. No puede desplazarse. Está vigilado. Cuando le dicen que tire del arado, tira. Nunca piensa en su mujer ni en sus hijos».

La deshumanización llegó a extremos absolutos. A ello contribuyó decididamente la brutalidad empleada por los guardias rojos. La violencia que padeció Camboya durante los años de Pol Pot hubiera hecho palidecer al más bragado carcelero soviético de los tiempos de Beria. En Kampuchea no hubo campos de concentración, no fueron necesarios, todo el país se convirtió en un inmenso campo de

concentración.

Tampoco hizo falta castigar la disidencia política. Los jemeres rojos castigaban todo. Cualquier error por nimio que fuese se pagaba con una paliza o, directamente, con la vida. Los jemeres llevaban hasta sus últimas consecuencias la máxima del Angkar escrita a fuego en las mentes de los jóvenes y analfabetos guardias que vigilaban los arrozales: «Basta un millón de buenos revolucionarios para el país que nosotros construimos. No necesitamos a los demás». Los demás, sin embargo, todavía estaban allí, muriendo a tanta velocidad y en tal

número que el país se llenó de campos yermos donde lo único que había era cadáveres. Los supervivientes los conocían como los campos de la muerte.

Al haber desaparecido los tribunales y cualquier sistema de justicia merecedor de tal nombre, las ejecuciones eran siempre sumarias y se llevaban a cabo en el acto de la condena. En Kampuchea se fusiló poco, básicamente porque las balas eran escasas y los condenados a muerte muchos. Más de la mitad de las ejecuciones se realizaron mediante golpes en la cabeza con azadones, hoces o barras de hierro. Otras veces se

ahorcaba y en ocasiones los verdugos degollaban a sus víctimas con un machete. Las ejecuciones públicas tampoco eran muy comunes. Se limitaban a las purgas dentro del partido y tenían una voluntad ejemplarizante. En esto los jemeres rojos demostraron una creatividad extraordinariamente macabra. Uno de los métodos preferidos fue enterrar a los reos hasta el pecho en una fosa rebosante de brasas para que se asasen vivos. Otra verter petróleo sobre la cabeza del condenado y meterle fuego.

Nadie se libró de la furia homicida del Angkar. Hombres, mujeres, niños,

ancianos, todos eran culpables y todos murieron en cantidades industriales nunca vistas hasta entonces en ningún otro país del mundo. Las minorías étnicas fueron diezmadas hasta su práctica extinción. Algo similar sucedió con los disminuidos físicos y psíquicos y con los sacerdotes cristianos y los monjes budistas. La comunidad católica quedó reducida a la mitad y los musulmanes cham, una minoría autóctona dedicada a la pesca, fueron masacrados sin contemplaciones.

Los católicos eran la víctima perfecta, residían mayoritariamente en las ciudades, estaban por lo general

instruidos y, en gran parte, eran de ascendencia vietnamita. Nom Pen, que fue despoblado pero no arrasado físicamente, vio como el único edificio de la ciudad que los jemeres demolían era, precisamente, la catedral católica que habían levantado los colonos franceses en estilo neogótico. Posteriormente el cementerio católico de la capital fue desposeído de sus cruces y lápidas y, en su lugar, se emplazó una plantación de bananas.

En 1978, tres años después de la entrada triunfal de Pol Pot en Nom Pen, la Kampuchea Democrática era una necrópolis de dimensiones gigantescas.

En torno al 25% de la población había perecido víctima del hambre, las enfermedades y la violencia sistemática empleada por los jemeres rojos. Dos millones de víctimas mortales sobre una población total de ocho millones. Y todo en un periodo de tiempo muy corto. Tantos eran los muertos que el régimen eliminó la palabra muerte por decreto. En la Camboya roja no se moría, se «desaparecía». Los muertos no eran tales sino «cuerpos desaparecidos» que no merecían ninguna atención porque el individuo en sí no valía nada, era una diminuta y prescindible pieza de una maquinaria mucho más grande que,

mediante trabajo y obediencia ciega a las órdenes emanadas del Angkar, haría descender el reino de los cielos sobre la Tierra.

Mientras todo esto sucedía, mientras los camboyanos morían y eran asesinados en masa, el mundo miró hacia otro lado. Pol Pot y sus jemeres perpetraron su crimen en la más discreta intimidad sin que nada ni nadie les importunase. Las naciones socialistas dejaron hacer, a fin de cuentas el animoso Pol Pot, el único revolucionario puro sobre la faz de la tierra, era uno de los suyos. Occidente no se quiso enterar de lo que allí

pasaba. Las heridas de la derrota en Vietnam todavía supuraban y la península de Indochina era un territorio maldito donde más valía no fisgonear.

Entonces, cuando la inicua tiranía del Angkar se disponía a celebrar su cuarto aniversario en el poder, la salvación llegó de donde menos se esperaba: del vecino Vietnam. Los vietnamitas habían sido los primeros aliados de Pol Pot, pero la relación se fue enfriando con los años a causa de la persecución de la colonia vietnamita en la Kampuchea Democrática. Llegado el momento, Pol Pot fomentó el odio contra Vietnam, a quien el nacionalismo

tradicional camboyano culpaba de haberles arrebatado el delta del Mekong e incluso la ciudad de Saigón, que había sido fundada por jemeres allá por el siglo XVII.

Las arengas antivietnamitas se convirtieron en algo habitual. «Si cada jemer matase treinta vietnamitas, sólo nos harían falta dos millones de soldados para aniquilar a los 50 millones de habitantes de Vietnam», clamaba la propaganda polpotiana. El Gobierno de Hanoi, conocedor de los excesos revolucionarios que se estaban cometiendo al otro lado de la frontera y temeroso de que semejante descontrol

terminase afectándole, envió un ejército para invadir Camboya y poner fin a la tiranía del Angkar. La operación fue muy rápida. Los camboyanos, que apenas podían mantenerse en pie, no hicieron nada por defender a sus verdugos y abrazaron la invasión vietnamita como una liberación.

Pol Pot, no obstante, seguía teniendo aliados. El primero y más decidido era la China popular, que defendió a los jemeres rojos hasta el último momento. Gracias a los oficios de Pekín y a la miopía de muchos líderes occidentales los jemeres mantuvieron el puesto de representación de Camboya en la ONU

durante quince años. Todo a pesar de que los innumerables crímenes de la camada roja de Kampuchea eran conocidos en todo el mundo. El líder consiguió salvar el pellejo instalándose en Tailandia, donde moriría veinte años más tarde, en 1998, un día después de que sus compañeros, un puñado de guerrilleros jemer que aún combatían desde la jungla al Gobierno provietnamita de Nom Pen, decidiese entregarle a un tribunal internacional para que rindiese cuenta del crimen sin nombre del que era principal responsable.

Hambre y muerte en Etiopía

A principios del mes de septiembre de 1974 una larga etapa de la historia de Etiopía se cerraba. El Negus, rey de reyes, el mismo que había clamado en la Sociedad de Naciones cuatro décadas antes contra la invasión italiana, era depuesto en Addis Abeba. La institución, que había construido la moderna nación etíope y batallado contra el imperialismo fascista en 1935,

que había humillado a Occidente en el campo de batalla y que se vanagloriaba de haber dejado Etiopía fuera de la garra colonialista europea, estaba ya desgastada en los años setenta. Por dentro y por fuera.

En el interior los azotes periódicos de hambre y una modernización frustrada habían puesto al monarca en la cuerda floja en más de una ocasión. Además, y como remate a una situación ya de por si comprometida, el independentismo eritreo reverdecía con la guerrilla del revolucionario Frente de Liberación de Eritrea. En el exterior las ambiciones somalíes, convenientemente

atizadas por Moscú, sobre el desierto del Ogadén pintaban un panorama desolador que dejaba la idea imperial abandonada en la cuneta de la historia.

Al frente de la nueva Etiopía alumbrada a fines de 1974 quedaba una comisión interina, el Derg, formada por militares. La labor primordial del Derg era dirimir la senda política por la que Etiopía habría de transitar en el futuro inmediato. La levantisca Eritrea, el hambre —que llevaba ya miles de víctimas a sus espaldas—, y el conflicto del Ogadén constituían la agenda casi única de este Gobierno provisional atípico, compuesto por más de 100

miembros y presidido por el general Aman Andom. Junto a él se encontraban dos jóvenes capitanes del ejército: Atnafu Abate y Hailé Mengistu.

El Derg estaba dividido entre los que abogaban por un gobierno fuerte que plantase cara tanto a la secesión eritrea como a la infiltración somalí en el Ogadén, y los que optaban por volver a la vía del consenso con Eritrea para centrarse en los problemas reales del país. Andom, de ascendencia eritrea y talante negociador, se inclinaba abiertamente por esta segunda opción a fin de ganar recursos y cortar la sangría de dinero y hombres que la guerrilla del

norte estaba provocando.

La economía etíope estaba paralizada por la guerra, el hambre y un atraso secular. La agricultura, sustento básico de la nación, era muy ineficiente. Estaba en manos de la nobleza allegada al régimen imperial cuyos métodos de producción, reparto de la propiedad y resultados finales eran más propios del feudalismo que de una economía capitalista agraria moderna. Los problemas que afligían a la Etiopía de entonces estaban perfectamente definidos. Tan sólo quedaba por ver, en aquel otoño de 1974, quien era el heredero de la monarquía recién

descompuesta.

En noviembre, apenas dos meses después de la renuncia del Negus, el general Andom fue asesinado en su domicilio de Addis Abeba. Fue el primero en desaparecer de escena. A Andom le sucederían las caídas en desgracia —y en la fosa—, de otros militares de talla y carrera reconocida, y todos pertenecientes al Derg. El nuevo director de operaciones, el timonel que trazaría la derrota de la inmensa nave etíope, era Mengistu, un hombre menudo, tanto que necesitaba ponerse alzas en los zapatos, de piel oscura, rasgos marcados y una ambición de

poder desmedida.

Etiopía poseía, como casi cualquier país africano de la época, una escasa pero muy politizada minoría intelectual. Antiguos estudiantes de las universidades europeas que habían presenciado en primera persona el mayo parisino retornaban a su patria con la idea fija de convertir las recién independizadas naciones africanas en modelos a imitar, en probetas del nuevo socialismo tercermundista que hacía las delicias de los dirigentes del Kremlin.

África, y, en particular, el cuerno del continente, no fue una excepción. Ya en tiempos del Negus esa mermada

intelectualidad constituía a su antojo formaciones revolucionarias. Antes de la ascensión al poder del Derg ya se habían fundado dos partidos de corte marxista: el Partido Revolucionario del Pueblo Etíope (PRPE) y el Movimiento Socialista Panetíope (MEISON). Ambos eran comunistas, pero les separaba su visión de lo que habría de ser Etiopía una vez liberada del yugo capitalista.

El PRPE se inclinaba por la federación con Eritrea donde luchaban por la independencia sus hermanos del Frente de Liberación, cuyos gastos los sufragaba la URSS y la China popular. El MEISON se caracterizaba por un

talante más centralizador. Etiopía era una y debía seguir siéndolo. Mengistu, el nuevo hombre fuerte de la comisión gubernamental no podía consentir que unos advenedizos que además estaban reñidos le hiciesen sombra, de modo que sin despeinarse liquidó a ambos partidos por la vía más directa y expeditiva: asesinando a sus afiliados y simpatizantes.

Primero le tocó el turno al PRPE. Mengistu clamó públicamente contra los enemigos de la revolución y dio paso a una purga salvaje. Con la colaboración del MEISON, que organizó milicias armadas por el Derg. Se clausuraron las

universidades y se dio caza, captura, tortura y muerte a todo disidente catalogado como tal por el Gobierno o por el Movimiento Panetíope.

El MEISON fue el siguiente objetivo de la ira de Mengistu. Comenzó ajusticiando a Atnafu Abate, antiguo correligionario suyo y participante entusiasta en la limpieza del PRPE, para continuar con la persecución sistemática y asesinato de los partidarios y adictos al MEISON. Esta vez, y a falta de las voluntariosas milicias panetíopes, Mengistu se valió de unos escuadrones de la muerte formados por agentes de la Seguridad del Estado.

La arbitrariedad con la que el poder levantaba el dedo acusador se extendía a todas las capas sociales y sensibilidades políticas. Bastaba el simple calificativo de reaccionario, contrarrevolucionario o, simplemente, enemigo del Pueblo para ser ejecutado. La situación llegó, a mediados de 1977, a tal locura homicida que en Occidente algunas asociaciones humanitarias denunciaron los hechos. El secretario mundial de Save the Children clamaba desde Addis Abeba que habían «sido asesinados un millar de niños» mientras «sus cuerpos yacían en las calles presa de las hienas errantes».

Junto al terror generalizado en la

calle, Mengistu llevó a cabo una concienzuda limpieza dentro del Derg. Al Negus, Hailé Selassie, ya le había estrangulado con sus propias manos dos años antes valiéndose con de un cordón de nylon. A esa forma de matar le terminaría cogiendo tanto gusto que pasó a conocerse como la «pajarita de Mengistu». Liberales, tradicionalistas monárquicos, sacerdotes coptos o ex camaradas revolucionarios fueron brutalmente torturados hasta la muerte y tras ello expuestos como guiñapos humanos en las calles de Addis Abeba para edificación y aleccionamiento del paseante. Los servicios secretos del

bloque socialista contribuyeron de manera decisiva a las purgas. Si algún destacado disidente era localizado en Moscú, en Berlín o en Varsovia, la KGB o la Stasi se encargaban de relajarlo a la justicia etíope.

El general Teferi Bante era, a principios de 1977, el único valladar que separa a Mengistu del poder absoluto. Cayó fruto de una conspiración junto al resto de sus fieles, que fueron ametrallados a la entrada del Palacio Real. El asesinato del general Bante supuso el punto de inflexión a partir del cual el régimen personal de Mengistu se hizo incontestable. Fue también el

momento en el que el joven capitán decidió que, para perpetuarse en el poder, tenía que buscar la protección de la URSS.

Por su situación geográfica, Etiopía siempre ha sido un lugar estratégico. La obsesión soviética por contrarrestar la influencia americana en el Índico llevó a Breznev a trazar un meticuloso plan para hacerse con el cuerno de África. Se hizo primero con Somalia donde, gracias a un golpe de Estado, gobernaba Siad Barre, militar de ideas socialistas formado en tiempos de la colonia italiana.

Las ambiciones de Barre pasaban por recuperar la comarca del Ogadén

que, a pesar de estar poblada mayormente por somalíes, pertenecía al reino etíope. Moscú encontró en Barre el perfecto cliente para su política de intervención en esa zona. Los soviéticos llenaron la costa de Somalia de instalaciones militares. En los mejores momentos la URSS llegó a disponer de una base naval y otra de submarinos en el puerto de Berbera, varias plataformas para el lanzamiento de mísiles y una base aérea dotada de una pista para grandes aeronaves. A cambio de estos privilegios el gobierno somalí recibió armas, apoyo logístico y entrenamiento de tropas que luego Barre destinaba a la

guerra del Ogadén contra el Negus.

La llegada de Mengistu a la escena política en 1974 y su posterior afianzamiento en el poder a inicios de 1977 cambió la estrategia del Kremlin en la zona. Somalia era importante, pero Etiopía lo era más. Puestos a construir un bloque de influencia soviética en la entrada del mar Rojo, mejor era centrarlo en torno al país tradicionalmente hegemónico, al corazón político y económico de la región.

Y en ese punto se cruzaron los intereses de Mengistu y Breznev. Tras varios contactos con Moscú, viaje de cortesía al Kremlin incluido, y con Fidel

Castro, a quien recibió en Addis Abeba como a un faraón del antiguo Egipto, soviéticos y cubanos tomaron su decisión irrevocable. En Marzo de 1977 Mengistu recibió el primer envío de carros soviéticos. Acto seguido el líder cubano realizó una tournée diplomática por los países africanos de la órbita moscovita. Se detuvo primero en Argelia, de ahí saltó a Trípoli donde se reunió con Gadafi. Días después, y tras cancelar la visita prevista a Bagdad, Castro se entrevistó con Fattah Ismail, presidente de Yemen y hombre de Moscú al sur de la península arábiga. Dejó Aden, capital de Yemen, apenas

una semana más tarde para verse en persona con Mengistu en Addis Abeba.

¿Para qué tanto ajetreo? La maniobra que llevó a cabo en persona el cubano durante aquella primavera, tenía como único fin preparar el terreno para la ya inevitable traición a Siad Barre. Pero Barre aun concebía una vaga ilusión de contar con su aliado habanero. Castro se encargó, una vez más en persona, de defraudar las esperanzas del líder somalí. Se desplazó desde Etiopía hasta Mogadiscio para dar el aviso a su antiguo patrocinado. «No hay nada que discutir, todo ha sido decidido en Moscú y lo que Moscú decide debe hacerse», le

dijo Castro a Barre.

Mengistu tomó la iniciativa en el Ogadén. Junto al ejército regular etíope combatía un contingente compuesto por 30.000 cubanos enviados desde Angola o recién reclutados en la isla, 4000 soviéticos y 2000 búlgaros, húngaros y alemanes del este. Para asegurar la victoria los soviéticos desplazaron hasta el frente carros blindados, cazas Mig-21 y artillería de largo alcance. Como curiosidad morbosa, el militar al mando del numeroso contingente expedicionario cubano fue el general Arnaldo Ochoa, un hijo más del Saturno revolucionario que terminaría con el

tiempo siendo devorado por su padre.

La guerra del Ogadén fue muy sangrienta. Los bombardeos cubano-soviéticos sobre las ciudades del norte de Somalia provocaron el exilio masivo de, aproximadamente, un millón de personas. A pesar de todo Barre se amarró al cargo atrincherándose tras las fronteras de Somalia. El único vencedor de la contienda fue Mengistu y su delirio. Ocupó el Ogadén, terminó de consolidarse en el poder y obtuvo una ventaja comparativa sobre otras potencias de la zona que bien explican lo que vendría después.

Aunque la ONU las unió en 1950,

Etiopía y Eritrea siempre fueron dos países distintos. La primera es cristiana, mientras que la segunda es musulmana. Etiopía fue siempre independiente, Eritrea, por el contrario, albergó una colonia italiana durante medio siglo. Los etíopes de las tierras altas hablan amhárico mientras que los eritreos se entienden en árabe. Un matrimonio a la fuerza en un lugar tan pobre no podía durar demasiado. Los eritreos luchaban por su independencia y los etíopes trataban de impedirla en una guerra larga y tediosa a la que Mengistu quería poner final cuanto antes.

Contaba, además, con ayuda

financiera y material militar de primera proporcionado por sus socios. Desoyó las demandas de autonomía de los eritreos, arguyendo que la rebelión de Eritrea era un caso de secesionismo pequeño burgués sin posible cabida en la nueva Etiopía socialista.

La ofensiva, que dio comienzo en 1977, dejó la región convertida en un erial plagado de fosas comunes. Para ello contó, una vez más, con la inestimable colaboración de sus nuevos amigos de La Habana y Moscú. Fidel Castro, que no mucho tiempo antes había mostrado abiertamente su simpatía por el Frente de Liberación de Eritrea,

cambió de bando y se hizo portavoz de la sagrada unidad de Etiopía.

El apoyo cubano se cifró en más de 6000 soldados bien entrenados, tanques y cazas. Ni Castro ni la prensa cubana se esforzaron en ocultar la intervención. El diario Granma transcribía, en abril de 1978, un discurso de líder máximo: «El personal militar cubano estará en Etiopía el tiempo que acuerden los gobiernos de Etiopía y Cuba para apoyar al pueblo etíope contra cualquier agresión». Poco importaba que fuesen los propios etíopes los que estaban agrediendo a sus vecinos.

Breznev ordenó que se instalase una

base naval de apoyo en la costa eritrea y que acudiese un pequeño contingente de apoyo. La suerte de Eritrea estaba echada pero a diferencia de la campaña del Ogadén el combinado etiope-cubano-soviético hubo de hacer frente a guerrillas de organización caótica dispuestas en pequeños y ágiles cuerpos de combate que conocían a la perfección cada palmo de tierra, cada risco y cada cueva.

Soviéticos y cubanos no escatimaron fuerzas para rendir a los indómitos guerrilleros eritreos. Hicieron uso sistemático del arsenal químico más sofisticado de la época. Bombardeos

con napalm, gaseado de la población civil con agente nervioso y empleo de defoliantes. El ejército de Mengistu, más tosco en sus métodos pero no menos letal, sembró de minas gran parte del país y arrasó sin contemplaciones pueblos y aldeas. Con objeto de debilitar a las guerrillas movilizó a la fuerza grandes contingentes de población rural que, abandonados en mitad del desierto, perecían de inanición. La tropa enviada desde Addis Abeba llegó a contar con 120.000 efectivos. Se especializó en el pillaje, saqueo y desmoralización de la población civil. Desde los aviones de

combate los pilotos cubanos disparaban a los camellos, base de la economía de gran parte de Eritrea, mientras los soldados del Gobierno entraban a saco en las aldeas fusilando a los hombres y violando a las mujeres.

A pesar de la potencia de fuego desplegada por el eje URSS-Cuba y del compromiso asesino de Mengistu no se consiguió ni conquistar ni pacificar Eritrea. Las guerrillas consiguieron sobrevivir. La URSS, sin embargo, no entendió el mensaje y poco después se enfangó en una campaña parecida en Afganistán.

Mientras los soldados etíopes

arrasaban Eritrea con absoluta impunidad, Mengistu se concentró en convertir Etiopía en un país socialista pleno. Apenas cuatro meses después del destronamiento del Negus nacionalizó la banca y los seguros. Poco después arremetió contra la propiedad. Prohibió por ley la posesión de tierras y limitó la propiedad inmobiliaria a una casa por familia. Cualquiera que poseía, ya fuese por herencia, ya por adquisición, más de un inmueble fue automáticamente expropiado por el Estado.

Todo esto se decretó en 1975, justo antes de la feroz campaña de represión política y de las guerras del Ogadén y

Eritrea. Conflictos armados aparte, la descomposición de la sociedad rural etíope, sostén de la economía nacional, tiene su origen aquí, en los decretos del 75. El tradicional reparto de la tierra en Etiopía se organizaba alrededor de dos regímenes de tenencia: el Rist centrado en torno a los clanes familiares y el Gult, tierras de concesión estatal, es decir, imperial. El Rist formaba la columna vertebral del campo etíope. La proscripción de la propiedad rústica dejó a esta masa inmensa de campesinos al albur de las decisiones gubernamentales. Peor aun fue la expropiación de las tierras regidas por

el Gult. Millones de campesinos y sus numerosas familias pasaron a depender del Estado que, al menos sobre el papel, se hacía cargo de los latifundios expropiados a los terratenientes. La nacionalización del Gult provocó un colosal éxodo de hambrientos desposeídos de lo único que tenían: su fuerza de trabajo.

El compromiso de Mengistu era convertir Etiopía en una república popular. Pero no hay república popular que se precie sin Partido único. Creó entonces el Partido de los Trabajadores de Etiopía (PTE) a imagen y semejanza del PCUS. La nueva Etiopía exigía una

población ciegamente fiel a los dictados del Partido, que reorganizaría el país a placer partiendo de cero. Se adoptó una insólita política de traslado masivo y forzoso de población. La idea era llevar campesinos de unas regiones a otras, de lugares donde el brazo armado del Partido no llegaba a otras más fácilmente controlables. Básicamente del norte al sur. De las resecas tierras bajas colindantes con el Sahara sudanés al vergel de la Etiopía central y meridional.

La campaña de reasentamiento forzoso se bautizó con el nombre de «Bego Teseno» (Coerción por el bien

del prójimo). El traslado masivo de cientos de miles de personas coincidió con el agravamiento de una sequía que había comenzado en 1982. Las sequías en Etiopía son cíclicas. De un modo u otro la población, especialmente la del norte del país, ha aprendido a vivir con ellas y organizarse para pasar la calamidad lo mejor posible. La de 1982 sorprendió a Etiopía en plena labor de ingeniería social cuyos efectos, los de la sequía y los de la ingeniería, fueron devastadores.

La población campesina estaba fuertemente depauperada por las nacionalizaciones del año 75. Muchos

habían dejado sus aldeas en busca de trabajo. Otros, los más afortunados, explotaban pequeñas parcelas de autosubsistencia pero se veían en la obligación de pagar impuestos al Gobierno. Para colmo de males la economía estaba ya en 1980 completamente colectivizada, por lo que el Estado se transformó en el único demandante de los excedentes agrícolas. Los precios eran fijados desde un gabinete ministerial y, por descontado, no se correspondían con los del mercado. El campesino pagaba más por la semillas en el mercado negro de lo que recibía del Estado por el producto

final. Muchas familias campesinas hubieron de vender su magro patrimonio, que las más de la veces se limitaba a una choza, dos corderos y una vaca esquelética para hacer frente al ávido afán recaudador del Gobierno. Las granjas estatales que sustituyeron a los latifundios fracasaron casi desde el primer día. A su mala gestión interna se sumó el hecho de que muchos etíopes, en especial de etnias conflictivas como los oromo, fueron forzados a trabajar en ellas en condiciones de esclavitud.

El panorama era tan desolador que sólo cabía la vuelta atrás. Pero no, Mengistu concibió un plan alternativo.

¿Para que avergonzarse y ocultar la tragedia que padecía su pueblo cuando podía aprovecharla en beneficio propio? A fin de cuentas, en el pasado tanto Lenin como Stalin habían puesto las hambrunas a su servicio. En el otoño de 1984 cuando los efectos de la sequía combinados con los traslados de población alcanzaban su punto álgido de desesperación y muerte la noticia saltó a los medios occidentales.

El mensaje que el Gobierno etíope trasladó al mundo era que la sequía de aquel año era especialmente severa y se había juntado con una pronunciada caída del precio del café en el mercado

internacional. Ni palabra de las colectivizaciones ni de las deportaciones masivas. Durante días los informativos bombardearon a la opinión pública occidental con imágenes que escandalizaban por su crudeza. Niños literalmente muertos de hambre devorados por los mosquitos, mujeres con los pechos secos intentando en vano alimentar a su bebé muerto, pilas de cadáveres hacinadas en medio de ningún sitio…

La reacción occidental fue inmediata y generosa. ONG's, gobiernos, parroquias de barrio y asociaciones de vecinos se volcaron con el drama

etíope. Hasta las estrellas de la canción entonaron para el mundo entero su conocido y architarareado *We are the world, we are the children*. Los ciudadanos de Europa y Norteamérica se volcaron y toneladas de ayuda humanitaria comenzaron a afluir para paliar la gran hambruna de los ochenta.

Es curioso. Cuando Mengistu aniquiló a la oposición en una purga digna de los mejores tiempos del estalinismo nadie hizo nada. Cuando los somalíes de Ogadén capitularon ante la maquinaria bélica cubano-soviética nadie hizo nada. Cuando Eritrea fue masacrada de modo inmisericorde por

tropas del Gobierno apoyadas por La Habana y Moscú nadie hizo nada. Cuando se comenzó a movilizar forzosamente a la población con objeto de controlarla mejor nadie hizo nada. Cuando se colectivizó la producción agrícola en granjas estatales que se valían de mano de obra esclava nadie hizo nada. En 1984 cuando se recogió la cosecha de diez largos años de despropósito, guerra y experimento socialista, Occidente al fin hizo algo: regaló dinero, alimentos y medicinas al causante de todos los males.

Esos millones de dólares en ayuda humanitaria volaron de las bondadosas

manos de otros tantos millones de occidentales a las de Mengistu que lo recibió como un agasajo, una donación desinteresada a la que no tardó en dar un nefasto uso. Organizaciones internacionales como Médicos sin Fronteras, que no se tragaron el bulo y decidieron no ir a Etiopía, fueron declaradas non gratas por el Gobierno de Mengistu. La administración Reagan, que clamó en el desierto al considerar la petición de ayuda cursada por el régimen etíope como un ardid para captar fondos, fue tachada de capitalista infame, de reaccionaria y de enemiga de la humanidad.

Dos años después de la hambruna que costó la vida a más de medio millón de personas Mengistu se atrevía aún a dirigirse al mundo en estos términos al hablar de sus traslados de población: «El campesino ha de cambiar su vida y su pensamiento y abrir un nuevo capítulo en el establecimiento de una sociedad moderna en las zonas rurales y ayudar a la edificación del socialismo».

La socialización continuó durante toda aquella década hasta el práctico colapso de la economía etíope. En 1987 se desencadenó una nueva hambruna que, conforme a los pasos del consabido vals macabro, fue primero ocultada y

después aprovechada por el Gobierno. De nuevo la ayuda internacional fue desviada hacia el Ejército y la nomenclatura del Partido. La trampa humanitaria volvía de nuevo a ponerse en marcha… y a funcionar. Como galardón y justa recompensa la Federación Sindical Mundial, compuesta por sindicatos de toda Europa, otorgó a Mengistu en 1988 la medalla de oro de la Federación por «su contribución a la lucha por la paz y la seguridad de los pueblos».

El ocaso de su régimen, que languideció hasta 1991, fue de la mano con la desintegración de la Unión

Soviética. La llegada de Gorbachov y el rearme moral de Occidente patrocinado desde la Casa Blanca hicieron que la URSS alejase sus miras del continente africano. Sin el apoyo gratuito de cubanos y soviéticos la guerra en Eritrea se reactivó. Todo el espacio ganado en la campaña genocida del 77 fue poco a poco perdiéndose entre la ineptitud de los mandos etíopes y el empuje de la guerrilla. En 1988 el renovado Frente Popular de Liberación de Eritrea se apoderó de la ciudad de Afabet y destruyó tres divisiones enteras del ejército de Mengistu. En 1990, lidiando ya con la subversión interna, los

rebeldes conquistaron el estratégico puerto de Masava.

Al año siguiente la movilización fue completa, se cerraron los colegios e institutos para que hasta los niños acudiesen al frente a defender el régimen de Mengistu. No funcionó. El país, tras 17 años de locura colectivista, estaba exhausto, famélico y arruinado. En febrero cayeron Gondar y Gojam las últimas ciudades eritreas en poder del Gobierno y el 28 de mayo Mengistu, asediado dentro y fuera de la capital, puso tierra de por medio. Solicitó a su amigo Robert Mugabe asilo político y se exilió en Zimbabwe. Días después

comenzó la ingente tarea de reconstrucción de Etiopía. Su fugaz pasada por el comunismo había salido muy cara al país: millón y medio de muertos, varios millones de desplazados, dos devastadoras guerras y la ruina más absoluta ruina que un país pueda imaginar. Tras la pesadilla, todos los grupos étnicos y políticos se reunieron en Addis Abeba para constituir un primer Gobierno provisional hasta la convocatoria de elecciones libres. El 28 de mayo, día de la huída de Mengistu, pasó a ser y sigue siendo la fiesta nacional de Etiopía.

Epílogo
Lenin o Stalin, ¿quién fue peor de los dos?

EN cierta ocasión, durante una entrevista, me preguntaron quién, en mi opinión, era el peor de los tiranos del siglo XX. Contesté Lenin sin dudarlo ni un segundo. Al cabo de unos días comenzaron a llegarme correos electrónicos de lectores, en los que me recriminaban haber escogido al ruso y no a otro. Argumentaban, no sin parte de

razón, que Stalin, Hitler o Pol Pot mataron a más gente. Uno incluso me acusaba de no haber incluido a Franco en la tripleta porque, según el individuo en cuestión, era el tirano que nos toca más de cerca y el «peor de la Historia de España». En fin, hay gente para todo.

La razón por la que elegí a Lenin no se debió tanto al número de víctimas que su Gobierno se cobró —que fueron unas cuantas— como al régimen infame y criminal que diseñó e implantó por la fuerza sin escatimar crueldad. Un sistema que pervivió setenta años y condenó a la esclavitud a varias generaciones de seres humanos; primero

rusos, luego de todas partes del mundo. Me refiero, naturalmente, al comunismo soviético, la mayor máquina de picar carne que ha conocido la especie humana en su toda la Historia.

Los izquierdistas, sabedores de que demasiadas cosas fallaron en aquel experimento sangriento, reducen el error al cuarto de siglo que gobernó Iósif Stalin, de ahí que se refieran con tanta pasión condenatoria al estalinismo, dejando el término «leninismo» —no digamos ya «comunismo»— para denominar a una noble ideología que aspiraba a emancipar a la clase trabajadora y a hacer del mundo un lugar

mejor. El comunismo llegó, efectivamente, a su máxima expresión práctica durante los años de Stalin. Fue entonces cuando todo el marxismo teórico se pudo aplicar sin cortapisas en el mayor país de la Tierra tomando a sus habitantes como rehenes dentro de un tubo de ensayo. Pero Stalin, la gallina, no hubiese podido reinar sin Lenin, el huevo.

Aquí es donde empieza un fértil debate historiográfico que viene arrastrándose desde hace más de medio siglo. ¿Fue Stalin la evolución lógica del régimen instituido por Lenin o un imprevisto accidente que arruinó la

Revolución de Octubre? Aunque la visión que predomina es esta última, creo que es al contrario. Me explico.

Empecemos por el encumbramiento del ogro. Aunque Lenin se sabía mortalmente enfermo dispuso de tiempo suficiente para nombrar sucesor. Pudo haber elegido a cualquiera, y candidatos no le faltaban. Al terminar la Guerra Civil, León Trotski o Nikolai Bujarin estaban mejor situados para ser los continuadores de la obra del padre fundador. Trotski tenía a su favor la forja del Ejército Rojo y una impecable formación revolucionaria. A pesar de las diferencias teóricas con el líder, era

hombre de su absoluta confianza y sólo las intrigas de la camarilla de Stalin consiguieron alejarle de Moscú.

Bujarin, por su parte, era un teórico de primera fila muy popular dentro del Partido, hasta el extremo de que su labor había sido reconocida por Lenin en varias ocasiones. «No es sólo el teórico más valioso y destacado del Partido, sino que además es considerado, merecidamente, el preferido de todo el Partido» llegó a decir de él en su testamento.

Pero Lenin escogió a Stalin. Lo hizo libremente y sin presiones. No medió ni un golpe de Estado ni excesivas intrigas

palaciegas que, por lo demás, poca mella hacían en la inquebrantable voluntad de Lenin. De hecho, tanto Trotski como Bujarin mantuvieron más o menos intactas sus esferas de poder al morir Lenin. Pronto caerían en desgracia. Años después ambos fueron liquidados por órdenes directas del georgiano. Trotski en el exilio mexicano a manos de un comunista español que le abrió la cabeza con una piqueta de alpinismo. Bujarin durante la Gran Purga después de enviar una nota manuscrita a Stalin en la que, desconcertado, le preguntaba: «Koba, ¿por qué necesitas que yo muera».

Que Lenin eligiese a Stalin y no a otros no significa nada en principio. Pudo haberse equivocado o haber creído ver en su pupilo cualidades que luego resultó no tener. Hay incluso quien asegura que Lenin, moribundo, pidió que se apartase a Stalin del poder porque era muy brusco. Posible pero improbable. Esa brusquedad es la que le había hecho ascender hasta la cúpula del poder soviético, controlada férreamente por Lenin. En definitiva, el líder apreciaba a Trotski, a Bujarin y a otros miembros del Comité Central, pero su favorito para regir los destinos de la Revolución era Stalin porque de otro

modo le hubiese sacado de la carrera sucesoria mucho antes.

Pero, poniéndonos en la tesis oficial, aún en el caso de que Lenin se hubiese equivocado o hubiera prevenido al Partido de la zafia ambición de Stalin, la herencia que dejó ya venía envenenada. No había otra opción que perpetuar la tiranía bolchevique. Al morir Lenin la URSS ya era una autocracia mucho peor que la de los zares. Los poderes que asumió Stalin eran propios de un déspota oriental. Disponía a placer de la vida de todos y cada uno de los habitantes de la Unión Soviética. Y eso se lo debía exclusivamente a su padre

político.

El terror, por ejemplo, que fue el santo y seña del estalinismo, fue cosa de Lenin, que lo aplicó sin remilgos en vida. Las frases «Debemos derribar cualquier resistencia con tal brutalidad que no se olvide durante décadas», o «cuantos más representantes del clero y la burguesía reaccionaria ejecutemos mejor» no fueron pronunciadas por Stalin, sino por Lenin, cuyo Gobierno de sólo siete años sumó tantos muertos como pudo de la manera más despiadada posible.

Los campos de concentración, expresión más refinada del espíritu

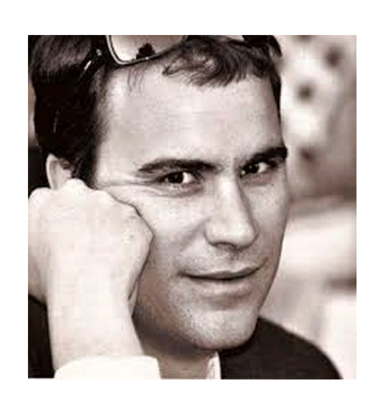
liberticida soviético, fueron creación de Lenin. Su sucesor no hizo más que perfeccionarlos y expandirlos a todos los confines de la URSS mediante una extensa red de campos de trabajo esclavo perfectamente coordinada a la que se dotó de una función económica.

Dentro del Partido, esquilmado por Stalin durante las purgas de los años treinta, los poderes omnímodos otorgados al líder venían de tiempos de Lenin, que evitó en todo momento ostentar más cargos que el de presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Así, la posibilidad de ilegalizar facciones dentro del Partido fue

aprobada a instancias de Lenin, una decisión que permitió a Stalin moldear el PCUS a su antojo eliminando a todos los que podían hacerle sombra. No es casual que la primera purga del Partido fuese llevada a cabo por Lenin tan pronto como en 1921. Stalin patentó el término: «gulag», Lenin la idea.

Lenin, en definitiva, instauró una dictadura personal sin la cual el estalinismo nunca hubiese sido posible. De lo que careció es de tiempo para ejercerla porque murió prematuramente con sólo 53 años. Cuenta Richard Pipes que, siendo Molotov ya muy mayor, le preguntaron quién de los dos —Lenin o

Stalin— había sido más duro. El viejo político, que había servido a ambos, contestó sin dudarlo «Lenin, por supuesto; recuerdo como reprendía a Stalin por ser demasiado blando y liberal». No seré yo quien le lleve la contraria.



FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA. Es periodista e historiador. Ha trabajado como redactor en AtlasTelecinco, como jefe de opinión en *Libertad Digital* y subdirector de Contenidos en LDTV. Actualmente es director de *Negocios.com*. Es socio fundador del

Instituto Juan de Mariana y miembro del Consejo de Redacción de *La Ilustración Liberal*.

Es colaborador regular del diario *La Gaceta,* del semanario *Alba,* de la revista *Xtra,* del suplemento cultural DOCS, de la revista de *Historia de LD*, de los programas 'Dando Caña' de Intereconomía TV y 'Business Connection' de Business TV, así como de los programas radiofónicos 'Es la noche de César' y 'Sin Complejos' de esRadio, 'Los últimos de Filipinas' de Radio Intereconomía y 'A fondo' de Radio Inter.

Es autor de dos biografías sobre los

Reyes Católicos, de una biografía sobre el Che Guevara y de los libros de Historia: *Nosotros los españoles, Historias con vida propia, Treinta siglos no es nada* y *Para habernos matado. Grandes batallas de la Historia de España*.